
Anecdotalario Hondureño

Froylán Turcios

EDICIÓN DE

JOSÉ ANTONIO FUNES

Segunda Edición, agosto 2008

© *Secretaría de Cultura, Artes y Deportes*

© *Banco Central de Honduras*

Tegucigalpa, Honduras

Autoridades Secretaría de Cultura, Artes y Deportes

Rodolfo Pastor Fasquelle, Secretario de Estado

Rebeca Becerra, Directora General del Libro y el Documento

Autoridades Banco Central de Honduras

Edwin Araque

Concejo Editorial

Óscar Acosta

Marcos Carías Zapata

Héctor Leyva

Salvador Madrid

Eduardo Bärh

Rebeca Becerra

Diagramación y Diseño: Doris Estrella Lainez Aguilar

ISBN 978-99926-10-87-9

Editorial Cultura

Impreso en Honduras

AGRADECIMIENTO

En Honduras las impresiones y reimpresiones de libros de diferentes agentes editores (personas y empresas), anualmente se encuentra entre 250 a 350 títulos en diversas áreas del conocimiento: literatura, ciencias sociales, folklore, textos educativos, ciencias jurídicas, entre otras.; produciendo, principalmente las reimpresiones y/o reediciones que en la actualidad la mayoría de las obras de autores hondureños clásicos y claves de la literatura hondureña se encuentren agotados, dificultando los estudios históricos y análisis literarios, y conduciendo a generar su desconocimiento por parte de la ciudadanía hondureña, principalmente de los jóvenes. Según estudios del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe-CERLALC, Honduras y El Salvador son los países de Latinoamérica donde se registran las cifras más bajas en edición y reedición de libros, haciendo énfasis que en Honduras la mayoría son esfuerzos de los mismos autores y autoras. Hasta el momento carecemos de recopilaciones de obras completas de autoras tan importantes como Clementina Suárez, poeta renovadora de la poesía hondureña y premio nacional de literatura, o la obra de Arturo Martínez Galindo y Andrés Morris para ejemplificar entorno a la poesía, el relato y el teatro. Muchas de estas obras en sus primeras ediciones permanecen resguardadas en el Fondo Antiguo Hondureño de la Biblioteca Nacional de Honduras y en la Colección Hondureña de la Biblioteca de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. La Secretaría de Cultura, Artes y Deportes a través de la Dirección General del Libro y el Documento ha adquirido el compromiso de acrecentar la bibliografía nacional por medio de la edición y reedición con fondos asignados a su presupuesto anual como con colaboraciones de instituciones públicas y/o privadas.

Al igual que sus homólogas de América Latina el **Banco Central de Honduras** tiene una vocación cultural institucional y se ha comprometido con el sector cultural en varios proyectos de importancia para el país. Es con el apoyo de su presidente, licenciado **Edwin Araque**, se ha hecho posible la publicación de 5 libros: *Soñaba el abad de San Pedro* de José Cecilio del Valle, *Anecdotario hondureño* de Froylán Turcios, *Lo esencial* de Alfonso Guillén Zelaya, *Panorama de la poesía hondureña* de Oscar Castañeda Batres y *Morazán, el caballero de la revolución* de Baldomero Serrano. Los beneficiarios directos son las y los jóvenes de nuestro país que asisten a las bibliotecas públicas en busca de información sobre nuestra literatura y nuestra historia, los

investigadores e investigadoras, los escritores y escritoras que se encuentran en formación y todos los que comprendemos que la lectura es fundamental para el desarrollo y la formación del individuo.

La Secretaría de Cultura, Artes y Deportes se siente agradecida por este aporte desinteresado porque invertir en la producción bibliográfica fortalece nuestra identidad nacional a través del pensamiento, la investigación y la creación literaria de hombres y mujeres que, con muchas limitaciones no desisten en contribuir al desarrollo del país a través de las letras y la palabra.

INTRODUCCIÓN

En su hermoso libro *Memorias*, Froylán Turcios ya anuncia el *Anecdotario Hondureño* y habla de éste como un libro concluido en París en 1933. Además, señala que esta obra y otras, "de notoria importancia colectiva y de verdadera valía" deberían publicarse "en ediciones empastadas, elegantes y duraderas, en Europa o en los Estados Unidos y en un número que no baje de veinte mil ejemplares cada una. Si así no se hace, y mi adversa suerte me impide editarlos en esa forma -*empeño mi palabra de honor de quemar esos libros*".

Definitivamente, no se ha cumplido la voluntad de nuestro gran escritor. Pasarán muchos años, quizás decenas, antes de que aparezca una edición de no menos de 20,000 ejemplares en Honduras y con el rigor de edición que el poeta exigía. Sin embargo, con el debido perdón de Turcios, algo se ha logrado. Y yo sé que él estaría contento de que este *Anecdotario Hondureño* apareciera por primera vez en forma de libro, ya que la mayoría de estas anécdotas habían sido publicadas en la segunda etapa de la revista *Ariel* entre 1937 y 1944. Es evidente que a Turcios le interesaba difundirlas, y que con esa fama de gran conversador que tenía- las habrá contado de su viva voz más de alguna vez.

Precisamente, el valor fundamental de una anécdota reside en la oralidad y lo que de ésta se desprende: la entonación, los gestos, la fluidez y la imaginación que se le agregue. Pero Turcios ha sabido conjugar sabiamente esa esencia de la oralidad con la destreza de la escritura. Es decir, podemos leer estas anécdotas como si lo estuviéramos escuchando a él. Obviamente, no tuve el privilegio de escuchar a Turcios, pero este *Anecdotario* me permite imaginarlo, y hasta escuchar su voz, con ese encanto de quien no nos permite ni siquiera movernos de la silla antes de acabar una historia.

Pero queda claro que en una anécdota no sólo es importante el cómo se cuenta, sino también lo que se cuenta. Y en este sentido habría que leer la propia valoración del escritor sobre este libro: "Desfilan en sus recuerdos encumbrados personajes de la sociedad y de la política, las más lindas mujeres, los incidentes más curiosos, las fiestas, los amores, los dramas. Todo expresado con esa grave sencillez, con esa gracia serena y reposada con que solían evocar su melancólico pretérito nuestras encantadoras abuelas".

Y así es, ¿quién si no Turcios es la voz más autorizada para entregarnos de primera mano todas esas anécdotas relacionadas con el mundo de la literatura, la política y la historia hondureña? ¿Alguien quiere saber por qué y cómo Juan Ramón Molina se batió en duelo con Enrique Pinel? ¿Alguien quiere saber cómo fueron los últimos días de Ramón Ortega? ¿Quiere conocer algunos detalles de la vida privada de Terencio Sierra o algunas interioridades de la campaña de 1902? Aparecen también en este *Anecdotario* algunos personajes verdaderamente épicos como el tío Miguel de Turcios o un gigante catalán de estómago insaciable, y que después de haber permanecido en una prisión de Sidney y atravesado las Amazonas llegó a instalarse a tierras olanchanas. Tantos y tantos personajes, algunos ingratamente lanzados al olvido, pero que en estas páginas gracias a Turcios- cobran vida y nos muestran cuán fascinante ha sido su paso por la historia hondureña.

JOSÉ ANTONIO FUNES

UN AMARGO FRACASO

¡Tantos cargos o prebendas o subvenciones que yo obtuve para amigos y aun enemigos, con méritos o sin ellos, y no me fue posible conseguir un sueldo mensual de cincuenta dólares para el más ilustre de los poetas que han escrito en castellano!

En 1900 recibí de París una extensa carta de Rubén Darío, en la que, después de hablarme de asuntos de letras y nobles propósitos humanos y de recordarme la remisión que me hiciera a Guatemala de su libro *Los Raros*, con elogiosas líneas autógrafas, descendía a confirmarme sus apremiantes apuros económicos.

-Ud., a pesar de su talento, logra algo me decía. Y es preciso que vea cómo puede aligerarme de estas inquietudes pecuniarias que endurecen la vida. Me conformaría con recibir al fin de cada mes, por algún servicio de pluma a favor de ese gobierno, la mísera cantidad de ciento cincuenta pesos nacionales. Hoy, que la primera dama hondureña es una de mis compatriotas, quizá sea más fácil obtener lo que deseo.

Impresionado por estas palabras de un hombre a quien admiraba desde mi niñez, fui donde doña Carmen de Sierra. La encontré en una de sus horas plácidas, fumando con delicia un grueso puro segoviano y contando a Fausto Dávila y a otros no recuerdo qué sucesos de la hospitalaria tierra en que nació.

-Allí viene Froylán para que nos dé su opinión sobre lo que debo obsequiar mañana a Terencio en su onomástico exclamó- arrojando una gruesa bocanada de humo.

-Lo haré con el mayor gusto, con una condición: de que, si el objeto que le indique deja plenamente satisfecho al general, atenderá una solicitud que voy a hacerle en beneficio del más grande y famoso de sus paisanos.

-Aceptado. Pero ¿quién es ese personaje? ¿Y en qué podré yo servirle? ¿Se trata de Zelaya o de Máximo Jerez?

-Ni por cerca. Zelaya es todopoderoso y todo le sobra. Jerez nada necesita en su tumba. Me refiero a un nicaragüense mayor que todos sus connacionales vivos o muertos.

-Ésta es una adivinanza que no solucionaré. Déjese de preámbulos y concrete el caso claramente.

-Se trata de Rubén Darío.

Y leí el párrafo de su carta arriba inserto.

-Bien. Yo haré que le nombren Cónsul con cien dólares de sueldo mensual... si Terencio queda contento con el regalo que Ud. me dirá. Le adelanto que su inconformidad en todo es una de las especialidades de su carácter.

-Conociéndolo como lo conozco esto para mí es sencillísimo. Tráigame dos billetes de cien pesos.

Al recibirlos le dije:

-Espéreme. Volveré dentro de media hora.

En el establecimiento de Streber compré un magnífico revólver de bolsillo, de dos cañones, calibre 44, expuesto la víspera en una vitrina. Plateado, bello, era una brillante joya para quien tuviera pasión por las armas de fuego.

Con el recibo correspondiente lo entregué a la señora en su caja de terciopelo.

Al abrirla dio un grito de entusiasmo.

-Ciertamente Ud. conoce a Terencio. ¿Dónde halló esta preciosidad?

Y rápidamente corrió al salón en que se hallaba el general, regresando contentísima.

-Dice Terencio que con ninguna otra cosa podría quedar mejor con él. Está encantado. No viene él mismo a repetírselo porque tiene de visita a un diplomático. Me aseguró que Ud. es capaz de adivinarle el pensamiento y que podía contar con los cien dólares mensuales para Rubén.

En el colmo de mi satisfacción escribí a Darío; pero cuando iba para la oficina postal, deseoso de hacer personalmente certificar mi carta, por turno me acompañaron tres sombras: la equívoca incertidumbre, la duda precisa y la absoluta seguridad de que aquella promesa se dispararía en el viento. Y no la envié.

Sí, yo conocía bien a Sierra. Odiaba a los escritores y era tacaño con los dineros nacionales y con los propios hasta la sordidez.

No me equivoqué. De nada sirvió mi tenaz insistencia para lograr aquel sueldo miserable, que hoy devenga cualquier mecanógrafa. Cuando más ponderaba las excelencias del glorioso maestro, las negativas, indecisas primero, fueron acentuándose, desistiendo al fin de mi solicitud cuando iban a volverse categóricas.

Ud., a pesar de su talento, logra algo me decía Rubén.

Algo lograba, en verdad: mensualidades de ciento veinticinco pesos hondureños durante cuatro años de excesivo trabajo, en que, fuera de seis o siete meses, desempeñé el Ministerio de Gobernación, cargo difícilísimo en aquella época en que el *Tamagás de Coray* manejó la República con puño de bronce.

Septiembre, 1937

POR ORDEN DEL TÍO

Un rico hacendado panameño tenía urgente necesidad de ir a Guatemala para el arreglo de un importante negocio; pero se contaban cosas tan siniestras del terrible despotismo de Estrada Cabrera que transcurrían las semanas sin atreverse a emprender el viaje.

Impresionado por la cuantiosa ganancia que veía en perspectiva, pero aún más por el miedo al tirano chapín, soñaba con el oro que entraría en sus arcas; y, más continuamente, que se hallaba agonizando de hambre y de sed en los horrendos subterráneos de la iglesia de San Francisco, o emparedado como el doctor Ruiz, o recibiendo, con una cadena al cuello, una tremenda paliza en un patio de la Penitenciaría. Oyó decir que todos se dedicaban al espionaje en la capital guatemalteca, y que por un chisme se descuartizaba a cualquier inocente. El último sueño, en que se vio en una bartolina colgado de los pies, le tuvo enfermo varios días, haciéndole desistir de sus dorados propósitos económicos en tierras extrañas...

... Pero una carta apremiante de la casa chapina con quien negociaba le hizo recaer en sus antiguas indecisiones; y, tras un breve lapso de inquietudes, pudo más en su ánimo su avidez por el dinero que el pavor que sentía por el funesto calvo quetzalteco.

Hizo su testamento, y después de tomar las medidas que juzgó necesarias y de repetir a su familia todo género de recomendaciones, como si se dirigiera, no al vaporcito de la Pacific Mail sino a la propia barca de Caronte, partió para Guatemala.

A bordo no cruzó palabra con ningún pasajero, y al bajar en el puerto de San José dirigió un expresivo telegrama de saludo al presidente. Satisfecho de sus palabras serviles llegó a Escuintla, donde le entregaron la clásica respuesta circular que le supo a gloria. Y, fortalecido por aquella dosis cordial, ingresó a la metrópoli centroamericana ya cayendo la tarde.

Hospedóse en un hotelucho cercano a la estación y durmió más o menos bien según las ideas optimistas o sombrías que se cruzaron por su cerebro.

A la mañana siguiente vistióse con su mejor traje y salió a la calle buscando la dirección de la casa de su negocio.

Al dar vuelta a la esquina próxima al Pasaje Aycinena se encontró con un señor alto y elegante que le estrechó en sus brazos con expresiones de la mayor amistad.

-¡Qué sorpresa tan grata! ¿Cuándo llegaste? ¿Cómo quedó tu familia?

Aunque el panameño jamás había visto antes a aquel sujeto, creyó conveniente corresponder a su insólita cordialidad, presintiendo un grave peligro.

-Llegué anoche y mi familia no tiene novedad. ¿Y la tuya está bien?

-Sí, por suerte. ¿Vas a permanecer mucho tiempo aquí?

-No lo sé todavía, probablemente dos semanas.

-Entremos a esta cantina. Deseo tomar una copa a tu salud.

-Con el mayor gusto.

Colocáronse junto a una mesa y el istmeño vio que su pseudo-amigo hacía una extraña seña al cantinero y que luego se levantó para hablar en secreto con él.

-¿Qué tomas? le preguntó, sentándose de nuevo.

-Un coñac.

-¡Un par de dobles cinco estrellas! ordenó con énfasis el chapín.

Repitieron, y nuestro hombre, enternecido por la generosidad de su acompañante, pidió por su cuenta dos cocteles London. Estaban excelentes, con su gorda cereza escarlata en el fondo, y tomaron dos más. Ya en este punto sintióse el panameño otra vez atacado por su antiguo terror y todo lo vio color de sangre. De pronto oyó estas preguntas:

-¿Qué te parece Guatemala? ¿Qué opinión tienes de Estrada Cabrera?

-Este país es el más bello de América y su actual mandatario es el primer estadista del mundo contestó temblando.

Y, no contento con lo dicho, soltó la lengua para hacer del infame tiranuelo el panegírico más empalagoso y ruin.

Contempláballo ahora su interlocutor con torva mirada y con una sonrisa despectiva e impertinente que le produjo insoportable malestar. El estómago le dio un vuelco cuando el otro le invitó a pasar a uno de los gabinetes reservados.

Apenas tomaron asiento, con las cortinas corridas, acercó el chapín, con aire lúgubre y misterioso, su rostro al del panameño, hablándole en voz tan baja que apenas se oía:

-Voy a hacerte una pequeña confidencia que quizás pueda interesarte...

-¿De qué se trata? interrumpió el infeliz dando un salto.

-Sosiégate, no pierdas la calma, no vale la pena...

Y, tras un corto silencio, y de mirarle con equívoca expresión, añadió, marcando irónicamente las sílabas:

-Estás envenenado.

Los ojos del mísero giraron en sus órbitas y de su garganta salió un sordo ronquido.

-Sí, yo te acabo de envenenar, y vas a morir dentro de pocos minutos como un perro con rabia; pero no te preocupes porque ha sido *por orden del tío* *.

Sintiendo fuego en las entrañas y frío en los pies, el panameño se estiró en su silla, lanzando un estertor.

-¡Ah, qué hombre éste tan inconforme! Ya se está poniendo lívido... No te inquietes; vuelvo a decirte que no debes intranquilizarte... porque todo obedece *a órdenes del tío*...

Al fin, viéndole inmóvil, y con todas las apariencias de un cadáver, el guasón se alejó de allí riendo a carcajadas...

San José de Costa Rica, 1937.

* Así llamaban a Estrada Cabrera en Guatemala.

UN BASTÓN PRESIDENCIAL Y UN PRONÓSTICO DE PROWE

Fui muchas veces a visitar al general Domingo Vásquez cuando en 1909 regresó a Tegucigalpa herido de muerte. Recibíame con expresiones afectuosas, contándome interesantísimos episodios de su singular existencia. Al retirarme, viéndole fatigado, rogábame que volviera pronto a verle, que le dedicara una hora todos los días.

Una tarde me dijo:

-Voy a hacerle un obsequio que seguramente apreciará Ud. en todo su valor. Es un precioso bastón presidencial, relacionado con Ud. cuando se hallaba en la infancia. Su padre, en un viaje que hizo a los Estados Unidos, trajo para Ud., cuando fuera bachiller, un finísimo bastón de marfil con pomo de oro, en el que se leen dos líneas cariñosas debajo de su nombre. En 1882 su padre obsequió con él al doctor Marco Aurelio Soto; éste se lo regaló a Bográn, Bográn a Leiva y Leiva a mí. Cuatro presidentes lo han usado y se halla tan límpido como si nunca hubiera salido de su caja. Vuelve a su poder intacto y ojalá se convirtiera para Ud. en un venturoso talismán.

Llamó en seguida a su sobrino Fernando:

-Tráeme el bastón de marfil.

-Tío, lo regalé hace un mes.

Contrariado, guardó silencio un instante. Yo procuré cambiar el giro de su pensamiento, leyéndole un corto artículo de un periódico peruano en que se recordaba, con frases ponderativas, su heroica hazaña de 1879. Otra vez, en un descanso de su grave dolencia, hizo melancólicas remembranzas de su rápida excursión por Palestina.

-Ahora me duele no haber prolongado mi viaje en aquella tierra de las maravillas... Escribí allá unas cuantas cartas que fueron publicadas en un diario salvadoreño.

-Las conozco y tienen mucho mérito humano y literario. Si Ud. me las facilitara las editaría en un folleto ahora mismo.

-No valen la pena. Ya se han perdido. Yo no las tengo. Sí volvería a leerlas con gusto por los estados de alma que ellas representan... Qué no diera por volver a contemplar

sólo un instante las montañas de Samaria, el lago de Genezaret, el sitio en que se alzaron los muros de Jericó...

-Cuando recupere su salud quizá podrá Ud. volver.

Me miró pensativamente, sonriendo como con lástima de sí mismo.

-Ya sólo tengo treinta y tres días de vida. Cuando desembarqué en Amapala tuve una agradable sorpresa al encontrarme con mi viejo amigo, el sabio médico germano Herman Prowe. ¿Ud. le conoce?

-Mucho. Somos muy buenos amigos y hasta colegas en el uso y abuso de la pluma.

-Bien. Yo le pedí que me hiciera un minucioso examen, pues necesitaba, apremiantemente, conocer la fecha, más o menos exacta, en que moriré. Me atendió en el acto; y después de agotar los detalles del caso, quedóse paseando por la habitación con aspecto meditabundo.

-Dime la verdad le dije. Bien sabes que nada me atemoriza.

-Oye, pues: si observas, íntegramente, el régimen que voy a prescribirte, podrás vivir cinco o seis meses. Pero, consuélate, si este dictamen te atormenta, sabiendo que yo partiré para el eterno viaje algunas semanas antes que tú.

Relaté al doctor Gustavo A. Walther, médico de cabecera de Vásquez, esta conversación, y soltó una burlona carcajada.

-Sólo Dios sabe la fecha en que moriremos. Y son locos o necios los médicos que hacen esos vaticinios.

-Prácticamente le sobra a Ud. razón... Pero hay otras cosas, de un orden fuera de toda lógica, que están por encima de los acontecimientos normales. Ya lo verá Ud.

Prowe se suicidó en Amapala poco tiempo antes de la muerte de Vásquez, acaecida con una diferencia insignificante- en el término fijado por el sabio alemán.

San José de Costa Rica, 1937.

CINCO MIL ONZAS ESPAÑOLAS

Si alguien que nada haya tenido que ver en este asunto se diera en él por aludido, ruégole disculparme, recordando que, entre la Verdad y la Leyenda, en ocasiones, hay un espacio tan pequeño que por él apenas podría pasar una hebra de pelo. F. T.

I. Un día hace ya tantos años recibí en Tegucigalpa la visita del italiano don José Divanna, de quien tuve siempre el mejor concepto por su vida de honorabilidad y de trabajo.

Vengo -me dijo- a proponerle un magnífico negocio que nos sacará para siempre del abismo de los apuros económicos.

Y, en cuanto se hubo sentado, me hizo el singular relato siguiente:

Cuando fui a Juticalpa, en agosto de 1888, llevé una carta de recomendación de una señora importante de la capital para su tía Mercedes, a quien la entregué en el preciso momento en que toda su familia se trasladaba a su hacienda Las Blancas. Algún especial elogio de mi pobre persona contendría cuando, con las más honrosas palabras, me entregó la llave de su casa, recomendándome tener abiertas las puertas interiores para que las habitaciones se ventilaran, después de señalarme el cuarto que yo debía ocupar.

"Recorrí aquella noche la ciudad, alumbrada apenas por uno que otro mortecino farol, y poco antes de las diez pensé en dormir, tras una molesta jornada de catorce leguas sobre una mala bestia. Por la temperatura sofocante dispuse colgar mi hamaca entre dos pilares del corredor.

"No tardé en sumergirme en el más profundo de los sueños, del que de improviso desperté sobresaltado, con un largo escalofrío, en el momento en que sonaban las doce en la iglesia vecina. La noche era ya más clara y las sombras de los árboles del patio se movían ligeramente en la penumbra. De aquella indecisa claridad vi surgir un hombre vestido de negro, sin sombrero y con un pañuelo blanco en el cuello, más bien bajo que alto, ni grueso ni flaco, como de sesenta y cinco años, que caminaba sin ruido hacia el interior de la casa. Al pasar junto a mí levantó una mano como llamándome y yo caminé tras él sin el menor miedo. Recorrimos varias estancias en las que, por la ventana

externa y postigos de fuera, entraba una vaga luz y al llegar a cierto sitio se detuvo, señalando el suelo con su índice y desapareciendo súbitamente. Le declaro que entonces sí sentí un intenso pavor, que heló mi sangre, saliendo a la calle más que de prisa. Fui a esperar el día lejos de aquel lugar, regresando poco después a Tegucigalpa. He guardado tan grave secreto durante más de tres lustros, temeroso de que me sobrevenga una desgracia si lo publico, y, también de que se me tenga por ser embustero. Yo le juro por ese Cristo que nos está mirando (el Crucifijo de mi familia) que es absolutamente cierto todo lo que acabo de decirle; que no fue un sueño, ni una alucinación producida por el alcohol, ni un mental desequilibrio.

"Ahora bien: yo estoy en una situación pecuniaria difícilísima y arriesgándome a todo, lo excito a que procedamos, sin demora, a sacar ese entierro, que se halla en un punto que sólo yo conozco, y el cual dividiremos por mitad. Partamos mañana mismo para Juticalpa y dentro de pocos días verá Ud. plenamente confirmadas mis palabras. ¿Qué me contesta? ¿Por qué se calla? ¿O cree usted que soy un farsante?"

Impresionado por aquel relato misterioso, con mirajes a lo Desconocido, tardé un minuto en responderle.

No, amigo Divanna, le tengo a Ud. por un hombre sincero, exento de toda falsedad. Y en prueba de que acepto como ciertas sus extraordinarias afirmaciones, voy, a mi vez, a detallarle algunos antecedentes sobre el particular, que usted seguramente ignora. Existe una leyenda relativa a un tesoro oculto en nuestra casa.

"Cuéntase que mi abuelo, Dionisio Canelas, cuyos restos reposan en la iglesia de Juticalpa la sombra que se le apareció en su época rico ganadero y poderoso terrateniente, siguiendo la antigua costumbre de esconder bajo tierra los grandes caudales, enterró en su casa en un cofre de hierro o en una amplia vasija de barro, se supone, unos ochenta mil pesos oro en onzas españolas, incluyendo, además, en ellos, todas las alhajas de este metal que poseía su familia. Basábase esta creencia en que muchas personas vieron que mi abuelo recibió dicha cantidad en aquellas monedas, que jamás circularon por ninguna parte, y que procedían de un fuerte negocio de oro en polvo y ganado hecho en Trujillo.

Así sucedió que cada vez que la casa quedaba desierta, por las temporadas de la familia en el campo, gentes infelices, ávidas de aquel fantástico tesoro, introducíanse en ella en las medianoches, saltando las tapias, haciendo en los patios profundas excavaciones, sobre todo alrededor del centenario tamarindo, en la despensa, en la cocina y en una ocasión, en los cuartos, cuyas puertas abrieron con ganzúas".

¿Sabía Ud. esto, don José?

Lo ignoraba por completo. Jamás he tenido conversación alguna con nadie sobre el particular.

Bien. Ahora le diré que le espero mañana, a esta misma hora, para darle una contestación categórica. Voy a meditarla con toda la seriedad que merece.

II. Cuando referí a mi hermana el diálogo anterior, escuché de su boca estas definitivas palabras:

No he creído, en absoluto, como nadie antes lo creyó en nuestra familia, que nuestro abuelo dejara ninguna cantidad enterrada. La dolencia que lo condujo al sepulcro fue larga y durante ella conservó siempre su juicio claro y sereno. ¿Cómo iba a dejar perdido inútilmente ese tesoro del que no habló nunca? Ni su esposa, ni sus hijos dieron jamás crédito a esa fábula.

¿Y cómo te explicas la visión que tuvo Divanna? ¿O crees que él se obstina en darle una forma real a un sueño quimérico?

Sobre esto me abstendré de contestarte. Sí creo que es sincero en lo que relata. De todos modos, si el caso del entierro fuera cierto, alguna íntima y poderosísima razón tendría nuestro abuelo para dejar perdido ese dinero.

¿Y si de ello se arrepintió y por eso condujo a Divanna al lugar en que lo ocultara?

Así será, tal vez. Pero lo mejor es dejar las cosas como están.

III. Dije a don José que yo no iría a Olancho; pero que si deseaba por su cuenta sacar el entierro, lo facultaba para ello. Que le entregaría un permiso legal; dividiendo su valor con mi familia, como me lo propusiera.

Negóse rotundamente ignoro aún por qué a lanzarse solo en aquella aventura.

IV. La casa fue vendida en una de nuestras crisis pecuniarias en 1905 al general Manuel Bonilla, quien la compró, por la mitad de su valor, para obsequiarla al colegio La Fraternidad, según me dijo varias veces, a mí y a otros de sus amigos.

Cuanto tuvieron la noticia del propósito de venta nos recordaban el tesoro que guardaba, probablemente veinte veces mayor que la cantidad ofrecida por el inmueble.

V. No volví a oír hablar del entierro hasta en 1917, en que tuve por huésped a mi tía Antonia Zelaya, hija natural de mi citado abuelo. Quien dos noches después de su llegada, aprovechando una hora en que mi hermana y yo podíamos escucharla sin testigos, nos explicó el motivo de su viaje.

Era preciso que yo viniera a verlos, pues por escrito lo que voy a decirles perdería interés. Hay una muchacha en Juticalpa (dijo el nombre y señas personales, que en este instante no recuerdo), algo visionaria y epiléptica, que aseguró hace un mes a su confesor haber visto, una noche en que se introdujo a la casa que fue de ustedes, y cuyo portón encontró abierto, a mi padre Dionisio Canelas (los detalles que de él da son exactos), paseándose en el corredor, y que le indicó el sitio en que se hallaba el entierro.

¿En el extremo sur del último cuarto?

No. En el umbral de la puerta que comunica la sala con el primer dormitorio, a dos metros de profundidad. El cura, según lo que ella me refirió en el mayor secreto, le ordenó comunicar personalmente lo que viera a los nietos legítimos del difunto; y como por su infelicidad y falta de recursos no pudo hacer el viaje, vengo yo en su nombre a rogarles que, previo permiso de los actuales dueños de la casa, procedan ustedes, sin pérdida de tiempo, a practicar una excavación, con la certeza de que obtendrán el mejor resultado.

Mi hermana, con las frases que menos pudieran contrariarla, le manifestó su opinión.

Pero nada se pierde con intentar algo. ¿Qué puede costar un hoyo de poco más de dos varas y rellenarlo después? Con doce pesos se arregla todo. Froylán perdería sólo dos semanas en hacer un viaje a Juticalpa.

Yo le ofrecí cien pesos para que ella actuara directamente, sin que nosotros reclamáramos nada del tesoro, que le pertenecería por entero. Mas todo fue inútil, pues, como Divanna, se negó de ello.

Entonces envié a Olancho a mi hermano Gustavo para que acometiera la empresa. Le di una buena mula y tres águilas norteamericanas de veinte dólares.

A los diez días le vi volver con la cara compungida.

¡A su gran flauta! exclamó. Vas a disgustarte conmigo; pero así como puedo romperme la crisma con el más valiente, mi temor a los difuntos es invencible. No cumplí, ni en mínima parte, las instrucciones que me diste porque los insomnios, pensando en ellas, me pusieron de correr. Obsesionado por ese infausto entierro se clavó en mi cráneo la idea de que, si no lo hallaba, me iba a poner en ridículo, y si (lo que era peor aún para mí) lo encontraba, a los dos meses yo sería el enterrado, como sucede siempre con estos casos. Por todas sus fases era esto para mí un mal negocio; y aquí me tienes con noventa leguas inútiles sobre las espaldas y con sesenta dólares perdidos.

VI. Un estimable señor, lleno de hijos y de deudas, realizó la aventura; y, en una madrugada, un vecino del colegio La Fraternidad le vio salir, una y otra vez, del recinto del plantel, por la única puerta que da a la calle, agobiado bajo el peso de un saco de cuero. Y, por más esfuerzos que hizo para borrar las huellas de la excavación, ésta fue notoria para todos los que quisieron comprobarla.

Cambió, al tipo más alto, en Trujillo y otros puertos de la Costa Norte, las gruesas onzas de oro con la efigie de los monarcas hispanos; y, después de pagar a sus acreedores, fue a establecerse en Tegucigalpa, en donde compró una casa, actuando luego en diversos negocios.

Mi hermana obstinóse en no creer en la *historia* de aquella leyenda. Pero una tarde en que la menor de las niñas del afortunado caballero estuvo casualmente en nuestra casa, le llamó la atención una preciosa cadenita que pendía de su cuello y que terminaba con un menudo corazón de oro, en el que vio grabadas una R y una T, apenas visibles. Al retenerlo en sus manos su memoria se iluminó: aquellas delicadas joyas de pálido oro del Guayape fueron suyas, las llevó sobre su pecho, de los cinco a los nueve años... Sí,

fueron suyas: un regalo materno en el día de San Rafael, con sus iniciales entrelazadas; obra de un artífice olanchano, anónimo por su humilde modestia: Marcos Meradal.

Con la emoción natural del extraño caso preguntó a la niñita:

¿Quién te obsequió con esa cadena tan linda?

Mi papá. La trajo de Juticalpa.

San José de Costa Rica, octubre de 1937.

INCIDENTE OCURRIDO ENTRE FIDEL BULNES Y PLUTARCO BOWEN

I. En una de sus andanzas por Centro América, el general ecuatoriano Plutarco Bowen célebre tirador de rifle y de revólver- conoció al general hondureño Fidel Bulnes, el famoso *Tusa*. Juntos realizaron algunas audaces hazañas, ligándose en estrecha amistad. Jóvenes y temerarios, ávidos de renombre, soñaban con brillantes proezas guerreras que forzarán al Destino a concederles todos sus favores.

Su estrella les separó por mucho tiempo, acercándoles de nuevo, pero ya como adversarios, pues mientras Bowen se unió a las legiones liberales, encabezadas por el doctor Policarpo Bonilla en 1894, Bulnes figuraba entre los jefes del ejército de Vásquez.

Cuando éste abandonó la plaza de Tegucigalpa, tras una heroica defensa, en la noche del 21 de febrero de aquel año, Fidel no pudo seguirle por hallarse enfermo y se asiló en la casa de la señorita Francisca Raquel Reyes. En un cuarto interior pasó la primera semana después de la entrada de las tropas nicaragüenses y hondureñas, oyendo las escandalosas griterías, los continuos disparos y los vivas y muera de costumbre en esta clase de marciales regocijos. Grupos armados, vociferando feroces amenazas, cruzaban los callejones aledaños. Bulnes, empuñando la pistola, oía los siniestros estruendos y las frases de odio y venganza de los vencedores. Su silencioso compañero, como sintiendo el peligro, no se movía de su sitio, dando señales de su presencia, en la semi-obscuridad, sólo por alguno que otro débil resoplido. Era su caballo, al que escondiera en su propia habitación para librarlo de la rapiña de las turbas; magnífico animal, de pelo amarillento, de arrogante estampa árabe, el más bello de cuantos se produjeron en Honduras; regalo de su compadre olanchano Juan Blas Lobo, hombre admirable para transformar, con un sistema de su invención, un potro común en un elegante corcel digno de un príncipe.

II. Cierta mañana se presentó Bowen en casa de las señoritas Reyes.

-Sé que Fidel está escondido allí les dijo, señalándoles la cerrada estancia. Soy su íntimo amigo, mejor diré, su hermano, y deseo verle. Yo obtendré para él todas las garantías y seguridades que quiera, y sobra decir que estando yo de por medio, no corre ningún peligro.

Bulnes oyó la voz de Plutarco y abrió la puerta.

Abrazándose, y tras una corta plática, fuese Bowen a traer un salvoconducto firmado por el doctor Bonilla. Regresó con él poco después; y, desde esa hora pasaba Bowen la mitad de su tiempo acompañando a su amigo. Hizo colocar el caballo en un cobertizo del patio y él mismo lo cuidaba admirado de su belleza.

Bulnes, con el cuarenta y cuatro a la cintura y un puñal tras el chaleco, cruzábase por las calles y plazas, imponiéndose a la soldadesca triunfante. Y hasta llegó a dar vivas a Vásquez y mueras a don Policarpo, en una noche de concierto en el Parque Morazán, bajo la febril acción del coñac y del olor de la pólvora.

Una tarde Bowen le pidió prestado a Bulnes su caballo *para dar unas vueltas por la ciudad*.

-Yo soy como los árabes le dijo Fidel que prestan su mujer antes que su caballo. Pero haré contigo una excepción para demostrarte mi gratitud y mi cariño.

Y él mismo ensilló, con su lujosa montura inglesa recién estrenada, el inquieto animal.

Salió Bowen, de flamante uniforme y espadín reluciente, sobre el noble potro, cuyos férreos cascos llenaron de chispas las piedras de su zaguán.

Y llegó la noche sin que Plutarco regresara. Así pasó el próximo día, y al tercero supo Bulnes que su camarada hizo rumbo hacia Nicaragua.

No lanzó ninguna de sus coléricas intervenciones. Pero al final de la semana siguiente se desmoronaba, al anochecer en León, en casa de un conocido suyo.

Mientras cenaban le preguntó Bulnes si conocía a Plutarco Bowen.

-¿Y quién no le conoce aquí? Precisamente por estas calles pasa todas las tardes, jinete en un precioso caballo peruano. Dice que le importó en Honduras quinientos dólares.

Contestóle entonces Bulnes el motivo de su viaje. Y convinieron en que permanecería oculto hasta el momento en que pudiera enfrentarse con el ecuatoriano.

III. Tras de los estantes de drogas apostóse Fidel en la tarde siguiente, mientras su compañero, en la puerta, avizoraba la calle. Poco duró la incertidumbre.

-Allá viene, general.

Bulnes salió de su escondite, y en el minuto preciso en que pasaba Plutarco frente a la botica, cayó sobre él con la pistola en la diestra, mientras que con la izquierda sujetaba con el freno al animal.

-¡Bájese inmediatamente de mi caballo, ladrón sinvergüenza! gritó con iracunda voz. ¡Bájese, bandido, si no quiere que lo reviente a balazos!

Bowen era tan valeroso como Bulnes; pero la sorpresa y la justicia que al otro le asistía, le desmoralizaron.

Apeóse sin decir una palabra, sin poner mano al revólver que llevaba al cinto, alejándose de allí a grandes pasos, entre las murmuraciones de los transeúntes.

Nota: Bulnes y Bowen murieron a tiros. El primero asesinado por un sirviente de su finca; y el segundo, extraído del territorio mexicano por un grupo de esbirros de Estrada Cabrera, fue fusilado, después de hacerle sufrir atroces tormentos.

San José de Costa Rica, octubre de 1937.

EN LA FUGAZ ADOLESCENCIA

Pasaba con mi fraternal amigo Felipe Zelaya unas vacaciones en su hacienda de San Roque. Teníamos entonces diecisiete años y todo a nuestro alrededor tomaba el matiz de la ilusión.

-Vamos a ir mañana- me dijo una noche- a visitar a dos muchachonas guapísimas que viven casi solas en una llanurita a tres leguas de aquí. (Al pronunciar sus nombres una vaga reminiscencia surgió en mi memoria). Son hermanas y la mayor es mi novia. La más joven es menos apetitosa, pero seguramente más interesante para ti, que vives soñando con ninfas quiméricas, por tu afición a la lectura. Su padre es un viejo terrible que me odia y ha jurado matarme en la hora en que me encuentre rondando por sus predios. Pero tengo noticia cierta de que al amanecer partirá para Juticalpa y nosotros nos aprovecharemos de su ausencia.

A las nueve del siguiente día, tras un rápido viaje, tuvimos a la vista la casa en que moraban las doncellas.

-Hay que aprovechar los instantes- murmuró Felipe. Nada de estúpidas timideces, ni de preámbulos inútiles. Al grano, al grano. Ante la audacia no hay fortaleza que resista.

-¿Hasta dónde piensas llegar? le pregunté socarronamente.

-Hasta donde lo permitan las circunstancias. Yo soy de pocas palabras y en estos casos críticos manejo mejor las manos que la lengua.

Resonaron las herraduras de nuestros caballos sobre las piedras del corredor; y, al traspasar la puerta, de un cuarto nos llegó una voz juvenil invitándonos a sentarnos.

Mientras mirábamos las estampas que exornaban las paredes, oíamos gratos rumores de refajos almidonados y de risas contenidas; y luego las dos hermanas, tímidas y graciosas, nos saludaban con frases cordiales.

Felipe, después de presentarme como el mejor poeta de aquellas regiones, retuvo a la suya, y yo me senté muy cerca de la otra, efectivamente la más bella, que me sonreía como a persona conocida.

-¡Qué agradable sorpresa, Froylán! exclamó. ¿No se acuerda de mí? Estuve varias veces en su casa de Juticalpa hace tres años, cuando fui a pasar con mi tía la fiesta de Concepción. Ud. se mostraba cariñoso conmigo y me regaló dos libros y una cajita de dulces... Y hasta me escribió una carta de amor que me aprendí sílaba por sílaba...

-¡Cómo no he de recordarla siempre! suspiré a su oído. Pero guardé silencio temiendo que me hubiera olvidado. Se ha puesto Ud. preciosa, más de lo que pude imaginar...

Tras una corta plática en voz baja, viendo los avances de mi amigo con su compañera, me atreví a coger en mis brazos a la mía, que se resistió débilmente.

-Hágame unos versos muy bonitos -me rogó con acento infantil, mientras yo oía el latir precipitado de su corazón.

Presintiendo este deseo, escribí la noche anterior un acróstico con su nombre y apellido, que le entregué después de leerlo emocionado, y que la encantó.

-¡Qué lindo! ¿Cómo se le ocurren esas cosas tan primorosas y tan íntimas y suaves?

Y en seguida, apretándose contra mí y acariciando con ternura mi frente:

-¿Me va a querer mucho?

-Hasta la muerte le contesté, oprimiendo su boca con la mía.

Como si la fúnebre palabra atrajera la desventura, una criada entró corriendo con ademanes de espanto:

-¡Niñas! ¡Niñas! -¡Que viene el patrón! Ya se le distingue bien en la sabana.

Un terror súbito se apoderó de las muchachas, que trémulas, se introdujeron en sus cuartos para quitarse sus vestidos nuevos, gritádonos, con angustia, la mayor:

-Váyanse, váyanse de prisa... Viene por el otro lado de la casa y no los verá salir...
Corran, corran, no nos comprometan... Ya les diremos cuándo pueden volver...

Tres minutos después penetrábamos en el monte aledaño, inquietos y felices.

Noviembre de 1937.

MORALITOS

I. Uno de los recuerdos más vivos de mi infancia es el de don José Morales, *Moralitos*, como le llamaban en Juticalpa.

Guatemalteco y licenciado en farmacia, radicóse en Olancho con una esposa adolescente de una hermosura deslumbradora. Refiriéndose a ella el doctor Adolfo Zúñiga, hombre inconforme respecto a mujeres, y muy parco en sus elogios, exclamó un día en mi casa:

La joven más bella en Honduras vive en Juticalpa y se llama Elisa Vega.

Yo hubiera jurado lo mismo. Daba la perfecta idea de un ángel o de una flor. Fue una de mis profundas admiraciones de niño precoz. Cuando la veía pasar quedábame inmóvil, sobrecogido de asombro. Una mañana en que, al obsequiarla con un ramo de rosas, acarició mi cabeza, sentí una emoción tan grande que estuve a punto de llorar.

Don José vivía encantado a los pies de aquella fragante beldad. Oí decir a muchas gentes que nunca vieron otro hombre como aquél rendido de amor. Pero ¿quién no lo habría estado por tan deliciosa criatura?

II. Moralitos tuvo singular semejanza física con el general Emilio Delgado (ambos desaparecidos trágicamente casi al mismo tiempo). De corta estatura, ágil y vigoroso, tenía el bigote y el cabello negrísimos y la piel muy blanca. Gozaba fama de iracundo, de agresivo y valiente; y en verdad que tales adjetivos eran parte esencial de su carácter. Para completarlo habría que añadir que era simpático, inteligente, y generoso como ninguno. Muy popular entre los chicuelos, a quienes regalaba en su farmacia, los domingos, frutas, dulces y refrescos, y entre la pobretería vergonzante que encontró en él un protector y un amparo.

Yo miraba en él un héroe de romance por las leyendas de su vida. En Tegucigalpa ascendió solo, sentado en un trapezio, en un globo aerostático, que después de violentas evoluciones sobre la ciudad, cayó dentro del Río Grande, entonces muy crecido por las incesantes lluvias, entre la Piedra Grande y la Poza del Banco. Envuelto en la pesada amazón de tafetán del aparato, a pesar de su audaz valor no habría podido salvarse si un amigo suyo, don Joaquín Díaz, no se lanzara en su socorro montado en una poderosa

mula. Otra de sus hazañas extraordinarias relacionábase con su linda mujer, que intentó disputarle un conocido diplomático chapín.

En Juticalpa considerábasele como hombre peligroso. Esto siempre es algo muy grave en las ciudades pequeñas. Y, sobre todo, cuando tal juicio, en vez de atenuarse con una posterior conducta irreprochable, se ratifica con actos extremos de gráfica evidencia. Por motivos baladíes dio de bofetadas a varias personas de importancia local, y a un señor Ramón Castán lo pateó en la calle, partiéndole la cara de un navajazo. Sin embargo, por afecto o por miedo, era bien recibido en sociedad y disfrutaba, entre un corto número de amigos, del mejor concepto como ciudadano útil y servicial. Y lo era, indudablemente.

III. En una fiesta de Concepción hallábase una medianoche jugando a los dados con varios ricos gamonales, en la plaza, cerca de la tienda de don Gervasio Gardela. Perdía una suma considerable y una gran nerviosidad notábase en sus ademanes y palabras. Continuó perdiendo y exasperándose cada vez más. Entre el ocioso grupo de los *mirones* estaba un hombre del pueblo, llamado Jesús Ávila, alias *Tuche*, alto y fuerte, y con renombre de valiente en la ciudad. De la mesa se le cayó a don José una moneda de cincuenta centavos. Y este simple hecho insignificante vino a constituir el punto inicial de la tragedia definitiva de su vida. Inclínándose hasta el suelo, metió medio cuerpo debajo de la mesa, buscando el pedazo de plata. No encontrándolo, sin disimular su contrariedad, siguió jugando y perdiendo. Como obsesionado por un fatal impulso intentó, dos o tres veces más, recobrar la pieza perdida, creciendo su irritación en cada inútil esfuerzo.

Tuche, que quizá había ingerido mayor cantidad de *dobles* de aguardiente que de costumbre, exclamó, al ver que Moralitos obstinábase en buscar de nuevo bajo la mesa:

Pero, amigo, ¿qué le importa, después de perder una fortuna, hallar o no hallar una infeliz moneda de cuatro reales? Deje que se pierda, hombre, y no se preocupe más por esa bagatela.

A quien nada le importa es a usted. Métase en lo suyo y déjeme en paz, carajo, gritó Morales, con su tono más insultante.

Y tras la última palabra hiriente desenvainó un puñal, clavándolo en el taburete en que se sentaba.

Guarde su cuchillo, don Josesito, que con él no me asusta -le replicó Tuche con sorna. No me confunda con los infelices a quienes usted afrentó. Yo estoy acostumbrado a vérmelas con hombrones y desprecio a los muñecos de su calibre.

Pasaron muchos segundos sin que Morales contestara, detenido en el umbral de su destino. Tuche, juzgándolo acobardado, continuó con acento burlón:

No sea tan bravo, Moralitas...

Y le puso la mano derecha sobre el hombro. Morales se irguió súbitamente, vibrando de cólera, clavándole hasta el pomo su puñal en el pecho.

Minutos después llegó a su casa. Su mujer, como siempre que regresaba a las madrugadas, esperábalo inquieta. Pidióle una taza de café, y, mientras la bebía, ella le hizo notar una mancha de sangre sobre la camisa.

Acabo de matar a un hombre -dijo.

La joven, llorando, le suplicó que huyera.

Minutos después llegó un amigo suyo, ofreciéndole su compañía y una magnífica mula para atravesar la frontera de Nicaragua.

No, no huiré murmuró con acento sombrío. He cometido un crimen y debo expiarlo en la cárcel.

Todos los razonamientos para convencerlo de que esto era un disparate y que debía huir resultaron vanos. Cuando fue la escolta a prenderlo se entregó sin resistencia.

IV. Yo niño de siete años obtuve un permiso para verle al día siguiente. Estaba en un cuartucho miserable, en una verdadera pocilga con olor a mugre y amoníaco. Su cabeza caía sobre el brazo de un escaño, en la actitud del más profundo abatimiento. No se movió al oír mis pasos y le contemplé con angustia, pensando en los tesoros de amor y

de vida que en un segundo de locura perdió para siempre; evocando a la rubia beldad, cuya peregrina juventud conmovía hasta a los seres más insensibles.

De pronto levantó la frente.

Vea, Lancito, el estado lastimoso en que se halla su amigo.

Y le vi llorar como un niño. Nunca se borró de mi memoria aquella escena.

V. Fue condenado a once años de prisión. Pero como todo el mundo le compadecía y las lágrimas de Elisa ablandaban los corazones, las primeras autoridades departamentales entre ellas el juez de letras, licenciado Félix Cerna, padre del que hoy lleva su nombre le permitieron reconstruir uno de los hórridos cuartos del viejo presidio, con una puerta a la plaza, para que en él viviera. Yo vi varias veces a su bella consorte acompañándole en aquella ergástula. Algún tiempo después se le concedió, bajo palabra de honor de no fugarse, salir, con toda libertad, de las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche. Pasaba en su casa el día entero; y, en ocasiones, montaba a caballo, alejándose de la ciudad; pero jamás el reloj de la iglesia dio la hora convenida sin que él estuviera ya en su encierro.

La vida de nuevo cobró interés ante sus ojos, deslizándose, hasta donde era posible en su situación, suave y agradable para él. Pero esa claridad en su negro destino fue ilusoria. El nuevo juez, licenciado Máximo Gálvez, inmediatamente que tomó posesión de su cargo ordenó que no se le permitiera salir más. Estaba Morales leyendo en su casa una tarde cuando la orden le fue comunicada. Rogó únicamente que le concedieran tres días para arreglar sus asuntos, y los obtuvo.

VI. Nuevamente volvió a suplicarle Elisa que huyera a Nicaragua, a donde ella iría pronto a reunírsele. Pero le replicó, de manera terminante, que jamás lo haría después de empeñar su palabra de no fugarse.

Olvidándose que es propio sólo de varones ingenuos o cándidos poner a prueba el amor de las novias y esposas, o por malsana curiosidad de su carácter inquieto y suspicaz, quiso conocer hasta qué límite llegaba la afección de su compañera. Expúsole que siendo ya imposible que continuaran viéndose, porque no la dejarían llegar al calabozo, era preferible que se retirara a la casa de sus padres, *si ella así lo deseaba*.

Esta fingida o equívoca insinuación fue su total error. Con apasionadas frases la joven se negó a abandonarle. ¡Postrer alegría que el mísero disfrutó sobre la tierra! Pero, creyéndose seguro de aquella gratísima solución, propúsose ratificarla hasta borrar toda duda, y como el párvulo que juega con un tósigo, insistió con energía en el viaje. Ella cedió entonces, sin advertir que por el rostro del desventurado pasó la sombra de la muerte.

VII. Partió Elisa para Cedros y Morales quedó solo en la casa en que fuera tan feliz, y en su último día de relativa libertad. Encerróse en ella durante horas y horas de intensa angustia; y a las siete de la noche, en que su amigo don Tomás Rojas Membreño (a quien debo algunos importantes detalles de este relato) llegó a verle, encontróle de bruces sobre su cama, sollozando inconsolable.

¡Se fue Elisa, Tomás! Se fue, dejándome solo y desesperado. Nunca jamás me pude imaginar que me abandonara en esta horrible desolación.

Vistióse después con el mayor esmero, y tomando de un extremo del cuarto su escopeta, exclamó:

Bien. Yo también me voy. Le digo adiós, querido amigo. Pronto sonarán las ocho y a esa hora debo ya estar en el sitio que me corresponde.

VIII. Cenábamos en mi casa, de la que era huésped el doctor Martín Uclés Soto, quien oyó que le llamaban de la puerta de la sala. Levantóse de la mesa y pocos minutos después, al sentarse de nuevo, dijo con voz conmovida:

Es Moralitos, que quiso despedirse de mí, pues ya no le permitieron salir de la cárcel. Presiento una desgracia. Me ha impresionado mucho su adiós.

Al dejar a Uclés, Morales se dirigió a la tienda de Ramón Castán. Éste, al verlo, tembló de terror.

No tema nada. No vengo a causarle ningún daño.

Luego añadió lentamente:

Le obsequio esta magnífica escopeta, regalo de un condiscípulo guatemalteco que vive en Inglaterra; rogándole, en cambio, que me preste un revólver.

Castán le miró espantado, oyéndole declarar con aplomo:

Vengo a matarme a su casa.

Y, recordando su antigua enemistad, agregó:

Tráigame el revólver. Le daré el tiempo necesario para que se aleje. Así no podrá recaer sobre usted ninguna sospecha.

Temblando le entregó Castán el arma, lanzándose a la calle.

Morales sentóse en una silla, con el espaldar sobre su pecho. Esperó así, uno, dos minutos. Se pegó un tiro en la boca, muriendo instantáneamente.

Noviembre de 1937.

EL MONO Y EL CERDO

En Juticalpa, en el patio de la casa de doña Teresa Pavón viuda de Becerra, engordaba un cerdo de gran tamaño.

Atado con una larga cadena en lo alto del árbol que daba sombra al chiquero, iba y venía un pequeño mono cara blanca, que desprendiéndose ágilmente de las ramas, caía sobre el adormilado puerco; y allí se quedaba horas enteras, rascándole suavemente, despojándole de parásitos y haciéndole toda suerte de caricias. El torpe animal; extendido en un charco de lodo, roncaba beatíficamente con los ojos entrecerrados, meneando el rabo con placer. Cuando las uñas del simio se posaban en los sitios en que las ávidas niguas se introducían, los gruñidos de satisfacción eran más fuertes y hasta se dignaba levantar la cabezota y lamer a su amigo en la espalda en señal de gratitud.

Esta escena repetíase sin cesar y la afección de aquellos seres infelices era objeto de sorpresa y de broma entre los habitantes de la casa. Pero como no hay felicidad que dure ni aun entre los irracionales, la gordura del cerdo llegó a su límite extremo, y en una fría madrugada de diciembre, dos gañanes le ataron con una soga las patas, colgándole cabeza abajo de la más resistente rama.

El mono saltaba de un lado a otro desaforado sin comprender el caso. Pero cuando el cerdo empezó a dar agudos alaridos con el puñal clavado hasta la cruz en el pescuezo, chilló desesperadamente como si fuera a él a quien estuvieran degollando, y hasta intentó varias veces morder a los asesinos. Mientras su compañero se ahogaba en su sangre, entre roncós estertores, él se sacudía en vano sin hallar cómo defenderlo. Recibió al fin varios golpes que moderaron su furia; y así que todo estaba consumado y la víctima quedó inmóvil, acurrucóse a regular altura y desde allí contempló, con los inquietos ojillos coléricos, los detalles de la grosera faena de los destazadores. Cuando ésta concluyó, viéndose libre de enemigos, pudo cautelosamente descender al lugar de la tragedia y extrajo de un pozo purpúreo una de las orejas del muerto. Con ella subió de nuevo a su guarida, gimiendo y suspirando.

Diez días estuvo allí sin moverse, rehusando a gritos todo alimento, sin soltar nunca su presa. Desprendióse sin vida una tarde. Y fue enterrado en el patio, hecho ya un extraño

ovillo peludo, la pequeña cara blanca con un gesto de odio, y apretando en las manos, rígidas contra el pecho, la ensangrentada oreja de su amigo.

Diciembre de 1937

JUAN RAMÓN CAZADOR

Cuando Juan Ramón sufría el tormento de amor por Lolita Inestroza, realizó varias excursiones cinegéticas por los campos aledaños de El Trapiche, hacienda de la familia Zúñiga, distante tres kilómetros de Tegucigalpa, y en la que temporaba aquella hermosa joven.

Para mejor impresionarla, y de acuerdo con su vanidad aparatosa y teatral, vestíase con un traje pintoresco, cuyo modelo encontró en una antigua revista y que Calona reformó, añadiéndole novedosos detalles. Traje de cazador de leones en las selvas asiáticas, con gran número de profundos bolsillos para innumerables objetos, con cuello erguido y amplio cinturón y faja sobre el pecho, semejante al usado por los milites del día, y del mismo kaki gris azulado. Un sombrero de anchas alas y unas altas botas amarillas completaban el extraño indumento. Con un viejo rifle atravesado a la espalda y un zurrón de cuero peludo lleno de cartuchos quedaba completo para marchar con paso de vencedor en busca de sonadas aventuras.

Así le vi en la mañana de un domingo, cuando los tambores y clarines del cuartel San Francisco recorrían alegremente las calles anunciando la parada. Iba seguido por una veintena de muchachos descalzos y aun por varias personas formales.

-¿A dónde te diriges con tan extraordinario traje? le pregunté.

Por ahí no más, por tierras del Hato de Enmedio y Suyapa. Voy a matar algún venado o cerdo montés, pues ya me aburren las comidas de todos los días.

Yo sonreí, pensando que fuera más fácil encontrar a la vuelta de una esquina un cajón de oro en polvo que uno de dichos animales en aquellos sitios. Y que, aunque los hubiera podrían impunemente burlarse de las malas intenciones de mi amigo, que ignoraba el manejo de las armas de fuego y que, disparando de La Leona sobre El Picacho, seguramente sus plomos irían a caer a la carretera de Olancho.

A la mañana siguiente llegó a mi casa a contarme la dificultad en que se había metido.

-Fui hoy llevado a la Dirección de Policía y puesto a la orden de un juez por una cosa absurda que me sucedió ayer.

-¿En la cacería?

-Sí, en la cacería. Después de corretear muchas horas por los montes, bajo un sol africano, sin ver ni un infeliz conejo, cansado y sudando como un negro, me refugié en una especie de enramada llena de fresca sombra, cerca de El Trapiche. Tirado en el suelo soñaba en paisajes fantásticos, en grato reposo, cuando sentí el ruido de una respiración en el fondo del penumbroso lugar. Con el oído alerta miré hacia adentro... Y cuál no sería mi asombro viendo, a pocos pasos de mí, un enorme venado de larga cornamenta, inmóvil sobre un montón de hojarascas. Requerí la escopeta, y, apuntando con el mayor cuidado, disparé...

-¿Y huyó ileso?

-No. El animal mugió con dolor, agitándose en violentas convulsiones. Y al acercarme...

-¿Se escapó?

-¡Qué diablos! Al acercarme dime cuenta que era una vaca y que el tiro le entró por un ojo. Exactamente lo que le acaeció a otro cazador infeliz y cuya aventura leí no recuerdo en qué libro o revista.

Entre mis carcajadas y las suyas continuó:

-Rápidamente me alejé de aquel sitio y no me detuve hasta llegar al puente de El Guanacaste. Creí que nadie se había enterado de mi hazaña; pero me equivoqué. El dueño del semoviente una vaca que producía diez litros de leche diarios reclama por él ochenta pesos que pueden rebajarse a cincuenta y cinco si utiliza la carne. ¿Has visto qué estúpido enredo? Pagué ya una pequeña parte de esta última cantidad, comprometiéndome a hacer efectivo el resto dentro de un mes. Pero ni en esta vida ni en la otra me sacarán un centavo más.

Allí terminaron sus experiencias de cazador. Vendió su flamante traje, con todo y botas y sombrero mexicano, a un vivandero, a quien vi con él, ya desteñido y roto, en varias ocasiones, en el mercado de Los Dolores.

Estuvo por algún tiempo Juan Ramón perseguido por las continuas citaciones del juzgado; pero al fin se resolvió dejarlo en paz ante el público juramento que lanzó de

que sólo muerto volverían a llevarle a aquella oficina pocilga llena de tontos, de tinteros con mugre, de negras telarañas y de legajos de inmundos papeles.

-Dígale a ese juecesito sietemesino le gritó a un polizonte que si continúa molestando al primer poeta de Honduras voy a publicar sobre él y su asqueroso despacho un artículo destilando vitriolo, que lo conducirá a la tumba o al manicomio.

Diciembre de 1937.

UN EPISODIO DRAMÁTICO

La campaña presidencial de 1902 se inició con calma y cultura. Comenzó a envenenarse con las mutuas diatribas de los periódicos. Los insultos soeces multiplicábanse diariamente entre los parciales del general Bonilla y del doctor Arias y luego entre los de ambos y los del doctor Soto. Tales ofensas guardaban proporción exacta con los humillantes elogios y rastreras adulaciones para Sierra, quien, al mismo tiempo que sentíase asqueado por tan cobarde proceder, gozaba con los amargos resquemores que tan viles injurias producían en los tres personajes que intentaban suplantarlo, y de los que moviendo los hilos secretos de un plan maquiavélico- pensó burlarse sangrientamente.

A medida que la lucha se intensificaba mostrando la indiscutible superioridad del general sobre sus adversarios, el presidente Sierra iba enfureciéndose y perdiendo el equilibrio. A todo trance, en sus combinaciones, necesitaba el triunfo de Arias. Un sordo rencor germinó en su ser ante las explosiones de público entusiasmo en pro del caudillo nacional. La antigua emulación militar bajándose a los tenebrosos planos de la envidia que le envenenó tantas noches en la campaña del 94, surgió de nuevo con mayor violencia, armada ahora con el poder supremo. Aunque Bonilla, por petición de Sierra, hacía con éste y los suyos vida de familia, habitando en palacio¹ y comiendo con ellos, por la espalda el presidente le atacaba con saña, zahiriéndole sin piedad. Contenida su exasperación por la presencia del odiado rival, ante quien mostrábase solícito y fraterno, la tempestad amenazaba estallar en breve tiempo.

Llamados por el gobernante el doctor César Bonilla y yo para un asunto urgente, le encontramos rodeado de varias personas entre ellas don Daniel Fortín (p) y don Constantino Fiallos paseándose con rapidez en su dormitorio, en una de sus noches críticas. Oyóse de pronto una gran gritería en el Puente Mallol. Era la manifestación pública bonillista, anunciada para aquella mañana, y que recorría ambas ciudades, portando estandartes y un retrato del caudillo y vivándolo estruendosamente. Detúvose bajo los balcones presidenciales y esto acabó de exacerbar al mandatario. Aunque la

¹ En los bajos del Palacio Viejo, frente al parque La Merced.

parada fue breve, juzgó que con ella se le provocaba, desatándose en hirientes dicterios contra el aborrecido candidato.

-¡Negro bandido! Vive en mi casa, come en mi mesa y me traiciona como un villano...

¡Cobarde y miserable! ¡Canalla hijo de puta! Tiene el alma mil veces más negra que la piel. ¡Le escupiré la cara, pateándole hasta que de rodillas me pida perdón!

Súbitamente, con lento paso, penetró en la estancia el general Bonilla.

-Paseaba por el corredor y oí que pronunciabas mi nombre. Aquí estoy. ¿Qué deseas de mí?

Sierra, pálido como un difunto, estupefacto ante aquella inesperada aparición, inmóvil guardaba silencio.

-Vamos, aquí estoy. ¿Qué murmuras, qué quieres con Manuel Bonilla?

Como picado por una víbora salió Sierra, con uno de sus ímpetus de tigre, con las manos crispadas y el rostro descompuesto.

-¿Qué quiere? rugió, ¿Qué decía de ti? Que eres un traidor, un cobarde, un canalla, un hijo de puta... ¿Qué quiero? Escupirte la cara y patearte como a un perro.

Y, retrocediendo, sacó en un segundo de su vaina el célebre *corvo* que pendía de su cama. Pero al volverse con el brazo en alto, Bonilla le puso su revólver en el pecho.

-¡No, loco malvado! Si te mueves te parto el corazón. El hipócrita, el cobarde, el canalla, el traidor, el hijo de puta eres tú. Valiéndote del poder estás acostumbrado a humillar a los infelices y a calumniar vilmente a los que valen cien veces más que tú. ¡Cumple tus estúpidas amenazas! ¡Patéame, escúpeme la cara!

Su cara terrible daba espanto.

Sierra, paralizado, vibrando de pies a cabeza, movió los ojos, enloquecidos en sus órbitas. De su boca contraída surgió una espuma amarillenta. Su mujer, que acudía en ese instante, le arrastró hacia el cuarto próximo, vacilando como un ebrio y lanzando sordos ronquidos.

Al estruendo de la violenta disputa acudieron, espada en mano, los oficiales de la guardia de honor. Serenamente pasó entre ellos el general Bonilla, con el revólver en la diestra y la cabeza erguida.²

Diciembre de 1937

² Ciñéndome estrictamente a la verdad diré que así como el general Bonilla ratificó para siempre en este supremo lance su fama de valiente entre los valientes, dando la medida de la máxima audacia de que es capaz un hombre, hay que convenir en que Sierra, pasada su crisis epiléptica, pudo, con una palabra, lanzar sobre él su guardia, que le habría hecho pedazos. Nadie podrá creer que se abstuvo de hacerlo por temor a los partidarios del popular candidato, porque, fuera de que éstos estaban desarmados, el presidente, jefe temerario, tenía en palacio y los cuarteles de la capital, más de dos mil hombres escogidos entre las mejores tropas. F. T.

DIAMANTE AZUL EN MI TESORO DE RECUERDOS

Cuando yo había salido apenas de la infancia me llevó mi padre varias veces a su hacienda El Suyate, y en Catacamas nos hospedábamos en casa de un viejo amigo suyo que tenía una hija encantadora.

Era morenita, con unos ojos aterciopelados y una opulenta cabellera negra que llevaba siempre suelta y le caía hasta la cintura. Suave y linda como una flor, movíase con voluptuosa languidez y su voz dulce y cálida impresionaba como una caricia.

Poseía un precioso nombre, único en su gracia simbólica, propio de su ser inocente.

Para mi hermana fue el tipo perfecto de la *María* de Isaac por su género de belleza y por su candoroso espíritu.

Es un ángel, una criatura seductora, digna de un príncipe la oí una vez.

Erraba en el círculo de rosas de su adolescencia y su cariño para mí refulge como un diamante azul en mi tesoro de recuerdos.

...En aquellas noches blancas, en el escaño del corredor adormíame en sus brazos; y bajo las profundas tinieblas de sus cabellos hundía yo con delicia la cara en sus senos olorosos...

...Ha pasado medio siglo sobre aquellas gratísimas horas de ilusión infantil. Y todavía, al evocarlas, veo a la virgen primaveral sonriéndome en un sueño, y siento en mis labios el sabor de su boca y en lo más íntimo de mi corazón su perfume ambarino.

Enero de 1938.

DÓLARES Y SANGRE

Cuando una compañía yanqui explotaba en 1891 los pródigos *placeres* de El Rusio, llegó a Juticalpa uno de sus agentes, conduciendo treinta y cinco mil dólares en billetes para gastos de la empresa.

El néctar blanco de la caña le supo a gloria, perturbando luego su razón y haciéndole salir de la ciudad en una medianoche muy oscura, en busca de sus compatriotas güirises. No de otro modo se explica que en la mitad del camino se cayera de la mula y que, al siguiente día, al recobrar el juicio dentro de un zanjón, se encontrara sin la pequeña valija en que llevaba el dinero. Desesperado repasó cinco veces inútilmente la ruta recorrida; hizo después fijar avisos en la plaza de Juticalpa, ofreciendo dos mil dólares al que devolviera íntegro el objeto extraviado.

Sucedió que al amanecer de aquella noche fatídica para el infeliz gringo, una mujer ya anciana que iba por aquellos lugares vio una correa en un claro del camino, y al tirar de ella apareció un paquete de cuero negro con cerradura metálica. Lo puso en sus alforjas, y ya de nuevo en su casa, sin decir a nadie una palabra, envió llamar a su hijo, hombre muy listo, y recatándose, en un cuarto cerrado, de la demás familia, le habló con gran misterio del hallazgo.

Guardale dijo el hombre el más absoluto silencio sobre este asunto. Parece que a un forastero se le perdió un saco con una fuerte suma, y si llegara a saberse que encontraste éste, que no contiene más que papeles inútiles, que yo voy a quemar, te meterían a la cárcel por ladrona.

La humilde mujer, de una ignorancia y sencillez infantiles, y para quien el hijo era un dios de sabiduría, atemorizada escondió en lo íntimo de su ser aquel secreto.

Pasadas varias semanas de estériles pesquisas, el yanqui se pegó un balazo; concurriendo únicamente a su entierro los cuatro reos que entre risas y maldiciones le llevaron en hombros.

El dueño de los rollos de billetes realizó excelentes negocios. Gordo, guasón y optimista, durante algún tiempo disfrutó de espléndidas ganancias y al morir dejó a los suyos una fortuna considerable.

Su anciana madre se dio cuenta al fin de la verdad. Y entre rezos y lágrimas de angustia se extinguió poco a poco; no sin antes confesar a su mejor amiga su inconsciente delito.

Enero de 1938.

EL GENERAL RUIZ SANDOVAL

I. En meses de amargo ostracismo vivieron juntos en San Salvador los generales Manuel Bonilla y Ruiz Sandoval, mexicano de dramática historia. La pecunia escaseaba en los bolsillos de ambos y un día faltó en absoluto en los del hondureño; pero con la ayuda de su compañero pudo salir adelante. Una imprevista circunstancia les separó, interrumpiendo sus relaciones.

II. En una medianoche de 1905 llegó al Hotel Progreso de Tegucigalpa, jinete en espléndida mula, un huésped con procedencia de Ocotlán. Era un hombre pequeño y cetrino, enjuto y grave, de avanzada edad, pero algo ágil y aún con aspecto y palabras de personaje singular. Salinas lo alojó en la mejor habitación del segundo piso². Y cuando le pidió su nombre, le tomó de un brazo y con acento confidencial y aire de misterio, le dijo:

-Tengo una razón de estricta delicadeza para ocultar mi personalidad. Sé que no hay aquí mucha exigencia de parte de la policía para estos requisitos. Ruégole, pues, tenerme como Juan... Zaragoza, y, esto último, en honor de la heroica ciudad en que Ud. nació, y ... guárdeme el secreto.

² El Hotel Progreso, del español Manuel Salinas, ocupaba entonces la casa que es hoy de la familia Agurcia, al este de la ciudad. (F. T.)

Así se hizo. Y pasó el primer mes y luego el segundo, sin que abonara un centavo al hotel. Veía correr el tiempo encerrado en su cuarto, fumando, leyendo o escribiendo: allí se hacía servir las comidas, siempre con extras de los mejores vinos, puros habanos y latas de ultramar. De las diez a las doce de la noche salía a pasearse por la ancha acera de la vecina iglesia, frente al Parque Morazán, en donde le vi muchas veces caminando con metódica circunspección, los brazos a la espalda, distraído y meditabundo.

Forzado por las continuas instancias de su mujer, Salinas, a quien el desconocido infundía invencible respeto, rayano en miedo, se atrevió, con ayuda de seis *dobles* de coñac, a presentarle, tras algunos tartamudeos y circunloquios, la cuenta, que arrojaba la cantidad de quinientos veinte pesos.

Al enterarse de lo que se trataba, el hombre, dando un gruñido, cogió por el cuello a su acreedor, y apretándole la nuez con el índice, le condujo hasta la puerta.

-Vea, mentecato, Ud. ignora con quién está tratando. Le prohíbo en absoluto pasarme ninguna cuenta. Y le doy solemnemente mi palabra de honor de que no saldré de su casa sin pagarle lo que le deba.

Bajó Manuel la escalera con las piernas y las mandíbulas temblorosas y sólo después de su séptimo trago pudo comunicar a su cónyuge el extraño percance.

-Eres un cobarde exclamó airada la mujer. Dame el papel y veré si conmigo hace lo mismo.

Llegó, efectivamente, hasta el umbral de la estancia del ogro, pero al verle de pie junto a la ventana, limpiando un revólver, retrocedió de puntillas, huyendo rápidamente entre las risas burlonas del marido.

Transcurrieron dos meses más en la misma situación. Otro intento de cobranza fracasó en forma aún más aparatosa que la anterior. Entonces resolvieron Salinas y su mujer dar por cancelada la cuenta de mil y pico de pesos de aquel peligroso sujeto si abandonaba el hotel.

Para acometer la formidable empresa de comunicar al interesado aquella suprema decisión, tuvo Manuel que apurar medio litro de whisky. Llegó frente al enemigo más muerto que vivo y con grandes esfuerzos pudo desatar la lengua...

-¡Silencio, majadero! rugió el mexicano. Si no se encontrara Ud. borracho, aquí mismo le convertiría en mísero cadáver. Sepa al fin quien soy: el general Ruiz Sandoval, que le ratifica su palabra de no salir de su establecimiento, aunque en él tenga que permanecer veinte años, óigalo bien, veinte o treinta años, sino después de cancelar su deuda. Retírese al instante si en algo aprecia su vida y haga su testamento antes de volver a fastidiarme.

Estuvo Salinas varias semanas como idiota del susto. Pero cuando la cuenta de su amigo pasó de mil quinientos pesos, acudió a su gran amigo el presidente Bonilla, para suplicarle que ordenara su inmediata salida del hotel.

El general se hallaba con un ataque de la enfermedad que le llevó ocho años después a la tumba. Rio regocijado con los ingeniosos desplantes de Juan Zaragoza; pero cuando supo que éste era Ruiz Sandoval llegó al extremo su sorpresa.

-¿Pero cómo diablos ha estado este hombre seis meses en Tegucigalpa, a cuatro cuadras de aquí, sin que yo lo supiera? Es un valiente militar, un gran corazón, un magnífico amigo. Vaya en el acto a traérmelo. Dígale que acabo de saber su llegada y que no voy a buscarle porque estoy en cama.

Dos horas permanecieron en amena charla los dos viejos amigos.

Tres días después, Ruiz Sandoval pidió su cuenta a Salinas. Sin revisarla le dijo:

-Aquí tiene los mil quinientos cincuenta pesos que le adeudo. Y estos cien más para propinas de los criados que me han servido.

Esa misma noche partió para Amapala, en donde tomó el vapor que le condujo al teatro de su última aventura.

Enero de 1938.

UN MINISTRO DE VERDAD

El único Ministro que ha actuado en Honduras con poder efectivo fue el general Salomón Ordóñez, en el primer gobierno de Manuel Bonilla.

Debe recordarse que éste le debía en gran parte la Presidencia, pues sin la oportuna eficacia de su resuelta cooperación en Amapala, su triunfo, a pesar de todas las probabilidades del derecho y la justicia, hubiera sido quizá problemático.

Bonilla le pagó ampliamente su eficaz ayuda en los inciertos días de prueba. Al asumir el Mando Supremo le nombró su Ministro General, con facultades extraordinarias, sin las restricciones que sujetaron a Rosa en la época de Soto.

Ordóñez sí fue Ministro omnipotente en los meses de 1903 en que desempeñó el Ministerio General y después en la extensa esfera del Ministerio de Gobernación.

Viviendo con el Presidente en el segundo piso del Palacio Viejo, dormían en la misma estancia, y todas las cosas del servicio personal eran de uso común entre los dos. El Mandatario le entregó la administración de su casa y Ordóñez tenía las llaves de todos los muebles. Con él era preciso entenderse en los menudos asuntos domésticos relacionados con el gobernante y lo que hacía era acatado sin réplica por éste.

Pero de tan pequeñas cosas ascendía su fuerza a las de mayor trascendencia en el gobierno de la República. Hasta para acordar un gasto de dos pesos o proceder al nombramiento de un conserje consultaban al Jefe sus Secretarios de Estado, como en todos los tiempos antiguos, modernos y contemporáneos. Ordóñez sólo acudía en consulta en los casos que juzgaba de verdadera importancia. En los de segundo orden él resolvía, según su criterio o su capricho, o dejaba a mi arbitrio (yo era el Subsecretario) su despacho. Frecuentemente, por sus ausencias de la capital o por enfermedad, no iba a la oficina y yo me entendía directamente con el general Bonilla.

Una mañana le daba yo cuenta de varias solicitudes en el pequeño cuarto en que tenía su escritorio, contiguo al pasillo en que reposaba Ordóñez en una hamaca.

Acepte al coronel tal su renuncia de la Gobernación Política de... y nombre en su lugar al Lcdo. X me dijo el Presidente.

Pasado un rato, cuando ya me retiraba, me llamó Ordóñez.

No ponga ese acuerdo. A la tarde bajaré al Ministerio.

A los tres días me preguntó el gobernante:

¿Se olvidó de hacer el nombramiento de Gobernador de...?

El Ministro se negó a firmarlo.

Pujó dos veces arrugando el entrecejo:

¡Qué viejo más zángano!

Y nada más.

En otra ocasión fui llamado con un ayudante.

Se queja el Secretario de Guerra de que nunca le contesta el Ministro de Gobernación los oficios que le dirige para impresiones en la tipografía nacional y otras menudencias del servicio público.

Ciertamente, nunca se contestan esas notas.

¿Y por qué no se contestan?

Por especial prohibición del general Ordóñez.

En ese instante llegaba éste.

Lo que dice Turcios es exacto. No me da la gana de contestarle nada, ni el saludo, a ese ministrejo... Todas sus notas van a dar, sin abrir, al canasto de la basura.

Otros pujidos presidenciales.

¡Qué viejo más rechingado éste!

Y me recomendó atender aquellas excitativas, firmando yo la correspondencia con el Ministro de Guerra.

Y, como estos incidentes, podría contar cien más.

Nunca he visto a dos hombres tratarse con tanto cariño y confianza. Pero como todo en este mundo es inestable, una ráfaga inesperada del destino enfrió años después aquel pacto fraternal.

Febrero de 1938.

UN VIAJE CÓMICO DRAMÁTICO

Juticalpa, en los meses de vacaciones, fue aquel en que tuve como compañeros a don Pablo Ayes (p), ya mayor de sesenta años, y a Guillermo Osorio, joven vivaz y guasón, que veía la vida por su lado risueño.

En Río Abajo fue la primera estación para limpiarse la garganta con dos tragos blancos de la mejor caña y llenar de lo mismo dos viejas cantimploras panzudas. Comenzaron entonces a charlar sin descanso y a reírse a carcajadas por cualquier simpleza, felices de ir por aquellas cuestas pedregosas en sus mansas bestias, deteniéndose metódicamente cada hora para repetir la dosis del veneno diabólico. Por exceso en sus gracejadas metieron en un diálogo violento que estuvo a punto de concluir a puñetazos; pero mi cordial intervención calmó sus ímpetus, reconciliándose con un fuerte abrazo, tan estrecho y aparatoso que ambos vinieron a tierra rodando por el polvo. Mas pronto levantáronse, sacudiéndose mutuamente; y el más fuerte ayudó al otro a recuperar su posición en su montura.

En Guaimaca pernoctamos en la casa del maestro de escuela, buen hombre, descalzo y con corbata, quien nos atendió con su mejor voluntad. Y allí comenzaron los extraordinarios sucesos de esta narración. Pues a medianoche oímos en la vecindad unos gritos estridentes y angustiosos que a los tres nos alarmaron.

-Están degollando un chanco —exclamó don Pablo, incorporándose en el pizarrón en que reposaba.

-Más parece el aullido de un coyote, dije yo, no del todo despierto.

-¡Nada de eso! -gritó Guillermo, saltando de la hamaca. Yo soy médico, porque gané dos cursos de medicina, y sé de lo que se trata. Nada de cerdos, ni coyotes, ni gatos en salmuera. El escándalo es de una mujer en los retortijones del parto y deber es auxiliarla.

-¡Hum! -murmuró don Pablo. Este no es medio médico sino medio loco o loco y medio...

Y ambos celebraron la chanza con una doble gárgara.

Viéndole dispuesto a partir nos ofrecimos para ayudarlo. Rechazó a don Pablo porque le temblaban las manos, y yo le acompañé.

II. Pronto dimos con la casa, que tenía por el interior de la puerta entornada. Saltamos el cerco del patio. Penetrando en una habitación rústica, en que hombres y mujeres iban de un lado para otro en continuo sobresalto, y que apenas se fijaron en nosotros.

-Se muere Paulina -gemía la comadrona, preparando una cataplasma. Otra mujer lloraba en otro extremo de la cama, en que se debatía pataleando una fornida moza. Deshecha en sollozos y lamentos. Soy médico y vengo a asistir a la enferma -vociferó Guillermo levantando los brazos. Acerquen las luces para que pueda examinarla.

Y luego añadió con voz imperativa:

-¡Sujétenla! El caso es grave. El niño seguramente viene en mala posición y hay que extraerlo para evitar una desgracia.

Y arremangóse como para entrar en combate... La parturienta multiplicaba sus alaridos, inmovilizada por los puños de sus familiares.

La difícil faena terminó con el mejor éxito. Ahora la muchacha descansaba en un desmayo y a sus terribles gritos sucedían los chillidos de rata del crío.

-Éste sí que canta como una grillera -exclamó Guillermo, limpiándose las manos en el pañolón de una vieja..., y a los acordes de aquella música abandonamos el sitio entre las bendiciones de la selecta concurrencia.

II. En la madrugada íbamos ya en camino: los dos compadres adelante recetándose continuos *apentas*, y yo, que odiaba a muerte el guaro y sus afines, un poco atrás con el estómago vacío.

Comimos yucas asadas y chicharrones calientes en un rancho, más allá de las llanuras antes de la cuesta de El Salto, y a mediodía atravesamos Campamento, deteniéndonos en el paso de El Guayape a las tres de la tarde. Y allí fueron nuestros apuros. Porque el río estaba *por los montes*, crecido hasta parecer un mar, y arrastrando árboles y animales muertos. Y para mayor dificultad, se venía sobre nosotros uno de esos formidables aguaceros en que todo se vuelve ruido, sombra y desconcierto. Mojados y taciturnos

tuvimos que retroceder en silencio hasta La Lima, en donde nos refugiamos en una casuca con techo de paja. Colgamos adentro nuestras húmedas hamacas y dando las buenas noches al dueño, que se estiraba en un tapesco, nos sumergimos en un profundo letargo. Por excepción no hubo bromas ni risotadas entre mis alegres compañeros, en quienes el más lúgubre mal humor había hecho presa.

La tempestad arreciaba por instantes: los truenos hacían retemblar la mísera vivienda y por entre las anchas aberturas de las paredes penetraba la luz de los relámpagos.

Caía el agua a torrentes, y el huracán aullando en los pinares, azotaba con tal fuerza la choza, que empezábamos a temer una catástrofe.

Gruesos goterones caían sobre nosotros y los crujidos de las maderas volvíanse cada vez más alarmantes.

El hombre del tapesco, asustado, rezaba en voz alta.

-Esta es nuestra última noche, Froylancito -tartamudeaba don Pablo. Guillermo interrumpía sus ronquidos para maldecir su suerte.

-Venirse ahora el fin del mundo con este diluvio decía- cuando mañana, siete de diciembre, víspera de la *función*, tengo una cita, a las doce de la noche, en un solar, con una guapísima trigueña, en Juticalpa... -Con el diablo más apestoso y carnudo va a ser su cita -replicábale don Pablo, lanzando un lúgubre quejido. Súbitamente se desprendió una pared, y el vendaval, penetrando con toda su violencia, hizo bambolear el rancho.

-A ¡su gran p..! -gritó Guillermo, dando un salto de acróbata y corriendo el monte, en donde ya don Pablo le esperaba con las alforjas en la mano.

Les seguí en el acto con tal suerte que, en el minuto mismo en que ponía el pie fuera, la casuca se vino abajo con grandísimo estruendo. A duras penas pudo salir su dueño de entre los escombros, con dos heridas en la cabeza y un brazo quebrado.

Cuatro horas permanecimos en la oscuridad bajo aquel espantoso chubasco, metidos en el fango y calados hasta los huesos.

III. Al fin tomamos la resolución de intentar el paso del río, que hayamos, como era natural, aún más crecido en el día anterior. El *canoero* se negó a transportarnos, rehusando veinte pesos que le ofrecimos. Todos los platanales de las riberas veíanse inundados y la creciente continuaba descendiendo por los sitios llanos con sordo rumor. A las cinco la intensidad de la tormenta había pasado. Sólo quedaba una lluvia menuda. El sol iba apareciendo y ocultándose entre plomizos nubarrones y todo parecía envuelto en una densa penumbra. Inmóviles sobre nuestras cabalgaduras mirábamos indecisos un grupo de hombres que cogidos de las manos, lanzábanse al agua. Entre ellos veíase una mujer, sostenida de los sobacos por dos gañanes.

-¡Adentro, pues! -exclamó de súbito Guillermo acordándose de su cita y apeándose de la mula.

-Nos vamos a ahogar -replicó don Pablo. ¡Pero qué se ha de hacer!

Y se bajó a su vez.

Yo vacilaba seguro de morir en aquella aventura. Pero oyendo las risas de la campesina entre los nadadores y mirando a mis amigos precipitarse en la corriente, pensé en mis anteriores proezas en aquel mismo río y en el mismo caballo, y quitándome rápidamente la ropa, me lancé a mi vez en las amarillentas aguas. ¿Cuánto tiempo fui arrastrado con furiosa rapidez? A larga distancia miraba las cabezas de mis compañeros y apenas oía sus gritos.

De improviso sentí, como a veinte metros de la margen deseada, que el animal tocaba tierra, ya con las ancas descubiertas. Creí que el río era de poca profundidad de allí hasta la salida y me deslicé de la montura. Caminé arreando el caballo y con el agua hasta el pecho, un corto trayecto para hundirme de pronto en un lodazal movedizo del que con violentos esfuerzos pude salir. Caí de nuevo, volviendo con dificultad a la superficie. Y luchando de este modo se me fueron los pies en una especie de tremedal más profundo, del que ya no puede librarme

...Recobré el conocimiento bajo el ramaje de una ceiba, con la ayuda de Guillermo, que me sacó del río casi ahogado.

Perdí en el trance la ropa y todo cuanto llevaba encima. Llegué desnudo a El Rincón, en donde tuve que guardar cama sin estar enfermo, mientras la noble señorita Francisca Zelaya me preparaba una chaqueta y unos pantalones con los que, en la noche siguiente, llegué a Juticalpa.

Marzo de 1938.

CUATRO PALABRAS AUDACES PONEN FIN A UNA FIESTA PALACIEGA

Aquel día hallábase el presidente Sierra en una de las raras fechas felices de su calendario. Por humanidad, y entre manifestaciones estruendosas, pasó en el Congreso no recuerdo qué iniciativa suya que juzgaba de gran trascendencia en el futuro del país. Para celebrar el acontecimiento invitó a los diputados y algunos de sus amigos a tomar con él y a sus ministros una copa de champaña.

En el pasillo que servía de comedor a la familia presidencial reinaba el más desbordante entusiasmo. La servidumbre iba de un lado para otro con bandejas de aceitunas, frutas frescas, galletas, sandwichs, copas de coñac cinco estrellas, y toda clase de exquisitos vinos: porto, vermouth, jerez, moscatel. Las risas y las conversaciones formaban un solo rumor de colmena.

De pronto callaron todos, pues comenzaba a circular el champaña.

De pie, de frac y con una copa en la mano, Sierra pronunció un corto brindis patriótico, que al punto fue contestado por varios palaciegos con frases de la más espesa adulación. Íbase ya por la tercera ronda, y nadie pensaba en discursos, cuando alguien golpeó la mesa, reclamando silencio...

Era el talentoso licenciado Manuel Membreño, quien con impasible dureza de expresión en el semblante, y con voz aguda y un tanto agresiva, dijo más o menos lo siguiente:

-General Sierra: -Estamos festejando aquí una de las innúmeras farsas con que el poder público procura engañar al pueblo. Somos todos actores en un sainete ridículo que alguna vez debiera avergonzarnos. Ni usted, ni los diputados que servilmente curvan de miedo en su presencia el espinazo, ni ningún hondureño creen que se realizará lo que decretó el Congreso por orden suya. Juro que no lo creen, como yo no lo creo; y, sin embargo todos nos prestamos a tomar un papel en esta comedia grotesca. Usted está acostumbrado a la frase melosa de los turiferarios, y, por lo mismo mis francas palabras deben estar resonando en sus oídos como la expresión de la más audaz intemperancia o como las desacordes vociferaciones de un demente. Pero es preciso que las oiga entre la consternación de los pusilánimes y el secreto aplauso de los hombres íntegros, para que usted no se imagine que todo el pueblo hondureño es una manada de asnos rebuznando al compás de los embustes oficiales.

Un rayo cayendo sobre la regocijada concurrencia no habría producido la sorpresa y el espanto que causaron aquellas inesperadas expresiones. Todos miráronse con las caras alargadas. Concentrando después su atención en el gobernante. Éste hallábase como el que ha recibido un balazo y no sabe en qué sitio. Sus amarillentos ojos movíanse rápidamente como los del tigre próximo a saltar. Así pasó medio minuto en que no se oyó el vuelo de una mosca. Ni por un millón de dólares habría ninguno querido estar en la piel del licenciado Membreño.

-Vea, pariente, -exclamó al fin el temible jefe con vos resonante, rompiendo el dramático silencio -usted mismo lo ha dicho: es irresponsable de las graves ofensas que gratuitamente ha proferido contra mí. Por su boca habló algún malévolo espíritu que el demonio del alcohol puso en su lengua. Rotundamente se equivoca al juzgar farsantes a los ciudadanos que con la mayor energía trabajamos por el progreso y la gloria de Honduras. Usted no es más que un...

En ese instante se sintió cariñosamente cogido por un brazo. Su hija Brígida, enterada por algún amigo de lo que pasaba, le habló en voz baja... Tras de una corta vacilación, dejando la copa intacta sobre la mesa, hizo un saludo y desapareció por la puerta que se abría a sus espaldas.

Cada cual buscó su sombrero, y entre el ruido de los que se marchaban, oyóse un grito del presidente:

-¡Detengan en la guardia al señor Membreño!

A éste se le habían evaporado los traidores tragos y pálido y nervioso explicaba su actitud a los que partían. Al oír aquella orden acercóse a mí -y aunque no nos hablábamos hacía muchos años, por motivos que no es del caso explicar-, me pidió que interviniera en su favor. Así lo hice en el acto con doña Carmen, quien me facultó para que dijera al jefe de la guardia que le dejara salir. Entre tanto Sierra, aunque calmado con amenas pláticas de sus más íntimos cortesanos, y con fricciones de agua de Colonia en la cabeza, paseábase en camisa con el puro en la boca, bufando a lo largo de la estancia.

Marzo de 1938.

MI TÍO MIGUEL

I. Fue el último de los hijos de mis abuelos maternos, muy mimado por sufrir, desde su infancia, de una grave enfermedad del corazón. Su médico aconsejó no contrariarlo, evitándole la menor violencia, que podría herirlo de muerte en un segundo. Así creció, entre inquietudes y cuidados, dejándole hacer siempre su capricho, sin oponer ningún obstáculo a su voluntad. Por lo mismo actuó como un pequeño déspota en el círculo de su hogar, y su naturaleza impetuosa se precipitó, como un potro salvaje, en siniestros abismos.

II. Cuando comenzaron sus extravíos alcohólicos no contaba aún catorce años. Al verlo ebrio, su padre montó en cólera y, olvidándose del consejo del galeno, le atizó una violenta paliza, que tuvo su repetición en los días sucesivos, sin ninguna enmienda. En esa edad en que todos los hombres son tímidos e ingenuos, huraños ante las mujeres e irresolutos frente a la Vida, Miguel Canelas era un varón excepcional. Guapo, de mediana estatura, ágil y fuerte, de tez morena y de negros ojos audaces, de profusos cabellos castaños, de sedoso bigote y prematura barba que dejaba crecer con burlona insolencia. Temible por la drasticidad de su temperamento agresivo y sensual, y por su amorosa prestancia, antes de llegar a los tres lustros había realizado proezas temerarias. Las mozas le adoraban y los padres le temían, haciendo a su paso la señal de la cruz como si fuese el demonio.

En cantinas y fiestas de los suburbios de Juticalpa, en súbitas pendencias propias de estos sitios, Miguel arremetía contra los más valientes, haciéndoles morder el polvo. De estos combates salió muchas veces ensangrentado, pero después de dejar medio muertos a sus adversarios. Tales actos de su imperativa virilidad, y su genial aptitud con la pistola y la escopeta, le conquistaron la admiración de sus coterráneos.

¡Vida fugaz de sorprendente intensidad! En su corto lapso de veinte años resumió más hondas emociones gratas o adversas- fuera de las normas comunes, que la inmensa mayoría de sus semejantes en sus inacabables existencias incoloras. Sintetizó todo el dinamismo de múltiples almas vigorosas y su insólita vitalidad tenía fatalmente que culminar en el horror de la tragedia.

III. Frente a su casa vivía una blanca doncella que suspiraba por él. Para librarla de su perdición, mi abuela le confinó en su hacienda de Las Blancas. Y cuando por algún motivo ineludible Miguel tenía que ir a Juticalpa, su madre escribía antes a la madre de la joven:

Eloísa, esconde tu polla porque mi pollo está para venir.

Con estas constantes precauciones pudo aquella precoz doña Inés, contra su íntima voluntad, escapar del ardiente don Juan.

Apasionóse luego de una hermosa muchacha, hermana del que fue arzobispo de Honduras, José María Martínez y Cabañas. Correspondido con creces, familiares y amigos de ambos opusieron al matrimonio. Aun más de parte de la casa de la novia por la vida de dipsómano y jugador incorregible que mi tío llevaba. Lo que le indujo una noche a presentarse en el hogar de los Martínez, arremetiendo, armado de un chicote, contra los cuatro hermanos, y amenazando de matarlos a todos si continuaban oponiéndose a su boda.

Hubo poco después pláticas entre ambas familias, de las que resultó el inevitable enlace, entre los malos augurios de unos y otros.

Un día, en vísperas de aquel acontecimiento, llegó a la casa de mi abuela Micaelita Martínez, hermana de la novia. Celebraba en aquella fecha sus doce años y era lindísima, esbelta, seductora, del color de los lirios. En un momento en que pasó Miguel junto a ella, su madre le dijo, tomando con suavidad entre sus manos la sonrosada carita de la virgen:

-Mira, Miguel ¡qué primorosa y espléndida criatura! Ésta sí que es de todo mi gusto. ¿Por qué no la esperas?

-Sí, mamá. Micaelita es una flor preciosa. Pero a la que adoro es a la otra.

Aquel matrimonio fue muy desventurado. De su completo fracaso ¿cuál de los dos tuvo más culpa? Sólo Dios lo supo. De él nacieron dos niños: Dionisio, que sólo vivió diez años, y Laura primera esposa del licenciado José Blas Henríquez muerta en plena juventud.

IV. Alejábase Miguel de Juticalpa, en sus reyertas conyugales, pasando temporadas en las haciendas de sus padres. En una de éstas, San Pedro, a pocas leguas de Catacamas, descansaba de sus íntimas tormentas, cuando llegó una tarde, jinete en poderosa mula ocoteña, Fidel Bulnes, en busca de mi abuelo, que poco antes saliera de excursión por las llanuras. Fidel Bulnes, que fue el célebre *Tusa*, en el esplendor de su potencia física y de su fama de desalmado y temerario, temido hasta por los más feroces bandoleros, gallo invencible en las peleas de Olancho.

Le recibió Miguel en el patio con frases de entusiasmo por la admirable estampa de su cabalgadura.

-Me gusta más la mula que su dueño le dijo.

Bulnes, al oírlo, resopló con fuerza, y, sin contestarle, entró en la casa, haciendo sonar sobre el piso de piedra las estrellas de plata de sus grandes espuelas.

V. Esperó dos horas, roncando en una hamaca. Levantóse de pronto, con largos bostezos, desperezándose.

-¡Me aburro! ¡Me aburro! exclamó.

-Si quieres distraerte murmuró Miguel mientras regresa mi padre jugaremos a los dados.

Sorprendido Bulnes, le miró sonriendo.

-¿Con que te gusta el chivo? ¿Cuánto tienes para jugar?

-Cien pesos y algo más.

Abriendo el cajón de un armario, extrajo un pesado paquete.

Fidel sacó de las pistoleras de su montura otro semejante. Sentados frente a frente ante la mesa de la sala, comenzó la partida.

-De prisa daremos fin a este combate, señor Tusa, porque mi padre vendrá pronto y si me encuentra con el cuchumbo en la mano me destaza.

Tiró los dados ante los cuarenta duros que puso Bulnes en un solo montón, y echando un par de treses, rió con picardía.

Carraspeó el otro irritado, colocando sesenta pesos en tres grupos de a veinte.

-Paro, pinta y por si son.

Miguel volvió a reír con impertinencia, haciendo rodar los cubos de hueso por toda la amplitud de la carpeta.

-¡Cenas! gritó, lanzando una carcajada.

Perdido todo el dinero, Fidel, ya iracundo, perdió también la cabeza.

-Hombre, Miguel, ¿no me habrás echado la negra?

Por toda contestación recibió una tremenda bofetada.

Bulnes, que poseía la fuerza de un toro, como un toro se arrojó sobre él. Lucharon ferozmente, arrojando por el suelo la mesa, rompiendo las sillas y todo lo que alcanzaba su contacto. Al estruendo de la lucha acudieron los mozos de la hacienda, y entre blasfemias, rugidos, puntapiés y puñetazos, tras una ardua batalla, lograron separarlos cubiertos de sangre en el preciso instante en que llegaba mi abuelo. Quien, al enterarse del caso, se disgustó mucho.

Conversando con él en el corredor, media hora después, exclamó Bulnes:

-Si no fuera hijo tuyo mañana lo enterrarían.

Mi abuelo le miró socarrón.

-Confiesa que no pudiste vencerlo; que tú, gallo altanero, te encontraste con un pollo de raza. Por lo demás, en lo sucedido sólo tú tienes la culpa. ¿Cómo se te ocurre jugar chivo en mi casa, que no es un estanco y con un muchacho de diez y siete años? ¿Y por qué lo insultaste calumniándolo en una forma tan ruin? Te aconsejo que te marches. La ira enloquece a Miguel y temo una desgracia. No olvides que donde pone el ojo va el tiro y ya viste hasta dónde llegan su fuerza y su valor.

Fidel no se hizo repetir la insinuación y, tres horas más tarde, las herraduras de su mula sacaban, en la obscura noche, amarillentas chispas de las piedras en las calles de Catacamas*.

VI. Contaré otros episodios de este personaje de novela de Dumas, que llenó, ya muerto, de extrañas fantasías los sueños de mi infancia.

Jugador de todos los juegos, fumador de tabaco y de opio, bebedor de toda clase de alcoholes, enamorado, celoso y pendenciero, poeta en sus horas serenas, pródigo y burlón, insuperable tirador, impulsivo y valiente hasta la temeridad, en el corto lapso de su vida actuó en audaces aventuras dignas de grabarse en un volumen de heroicos romances.

En las formidables crecientes de octubre atravesaba a nado el caudaloso Guayape, ancho de medio kilómetro entonces, y nido de voraces caimanes. En la margen de este río se dio un balazo en el pecho. Mi abuelo, que por allí pasó casualmente, le condujo a Las Blancas moribundo. Mucho tiempo estuvo en el umbral del *más allá*. Se salvó gracias a su vigorosa naturaleza y a la fraternal asistencia del doctor Cornelio Moncada.

En varias ocasiones llegó a Las Blancas sujetando entre sus férreos puños grandes serpientes que capturaba en las montañas.

Domaba los potros chúcaros, lanzándolos en vertiginosas carreras, que a veces terminaban en el fondo de un barranco o en choque mortal contra algún árbol del monte.

Soñando con David, y en espera de Goliath, distraíase en los extensos valles manejando su honda, cargada con voluminosas y redondas piedras que caían con estrépito a larga distancia en la espesura de los montes, destrozando las altas ramazones.

* Entre los papeles de mi abuelo Dionisio Canelas se encontró esta anécdota, que me confirmó el general Fidel Bulnes, en enero de 1911, en El Ocotal, Nicaragua.

Cierto día en que un conocido suyo Agustín Vargas- conversaba con un amigo en una calle de Juticalpa, apretando entre los dientes un panzudo puro copaneco, a doce pasos, desde una ventana se lo arrancó Miguel de un tiro magistral. Había antes ganado innumerables apuestas, introduciendo a regular distancia los plomos de su pistola en la boca de una botella o clavando su puñal a venticinco metros sobre un círculo de cartón del tamaño de un plato común.

VII. Sus gallos retintos, o negros, o amarillos, o blancos eran célebres en toda la comarca por el increíble número de sus *alzos* (victorias). Los cuidaba como si fueran parte de su misma persona, mezclando en sus comidas picaduras de chiles bravos y cáusticas mostazas para extremar su natural fiereza. Al agua que bebían en vísperas de las peleas agregaba una corta dosis de guaro o coñac, con ciertos polvos afrodisíacos, exasperando su abstención genésica y su ardor asesino. Levantábase aleteando sonoramente sobre las galleras. Con los picos afilados y las patas pétreas vibraban de ciego coraje, el ojo encendido a la vista de otros gallos, esponjándose insinuantes y amorosos cuando alguna gorda gallina se les acercaba picoteando.

Días de escenas pintorescas eran los domingos en que Miguel se presentaba con sus famosos gallos en la cancha de Juticalpa. Los viejos galleros iban de un lado a otro discutiendo, comparando, exponiendo motivos, fijando condiciones, procurando cada uno llevar la ventaja sobre el contrario.

Amarrada su tropa en estacas fijas en el suelo, mi tío esperaba propuestas de los dueños de gallos de mejor aspecto. Acercábanse, colocando a los bellos animales frente a sus adversarios y, tras de algunos minutos de acalorada discusión, concertaban las peleas. Salían entonces a relucir, de sus descoloridos estuches, las curvas y agudas navajas. Probaban escrupulosamente su filo y su punta, asentándolas despacio sobre un suave trozo de cuero, como si realizaran un sagrado rito; y, reteniendo con fuerza el ave iracunda en sus brazos, el ennavajador comenzaba su faena. Ceñía la calza rodeando el espolón, fijando, después de un lento examen visual, la cuchilla en el sitio matemático, y arrollaba con vigor sobre su base la cuerda fina y resistente. En cada vuelta el ojo experto ratificaba la exactitud del arma en la precisa dirección de la espuela. Concluida la difícil y primordial tarea, presenciada, con religioso silencio, por los grupos de tahures, ponía sobre la navaja la gruesa vaina que anudaba con doble hilo, soltando el animal sobre la arena.

Así jugó Miguel su arrogante gallo negro de metálico pico, garra de águila y ojo sangriento. Que mostraba sobre la altanera testa un moño fúnebre y en la arqueada cola tres largas plumas retintas. Era su favorito y por sus combates se contaban sus *alzos*. Diez tenía, saliendo siempre ileso.

El último domingo de Ramos que él pasó en la tierra presentóse en la cancha con este gallo soberbio.

-Juro que no traeré hoy ningún otro gritó al entrar. Éste matará a todos los que se le pongan delante.

Santiago Zelaya, señor de Lepaguare, le enfrentó su formidable giro de piernas escamosas, taimado y traicionero en su ataque, comprado en Nicaragua a precio de oro. Era más alto y de mayor volumen que el de Miguel, pero éste le advirtió:

-Sostengo lo dicho. Aunque tu jolote tiene doble tamaño, mi negro lo destrozará a su gusto como lo verás. Aunque lo probable es que lo descabece en el primer arranque.

Convenidas las apuestas crecidísimas entraron ambos en el redondel con los animales ennavajados. Ya en el centro pusieron en cuclillas, posición clásica, y retirando las vainas de los aceros, después de los furiosos picotazos de ley con que se excita el coraje de los combatientes, situaron a éstos a la distancia de dos metros. Ambos permanecieron inmóviles, observándose y midiéndose. Pasó un minuto. Circulando el patio había como doscientos hombres que apenas respiraban, tal era el silencio. En una ancha mesa, junto a los bancos altos de los concurrentes, hacinábanse los paquetes de plata en bruto de las apuestas.

El gallo nicaragüense avanzó un paso, retrocediendo rápidamente. Y, casi en el mismo segundo, con un vertiginoso salto, precipitóse sobre su rival, que evitó el encuentro con la fugacidad del relámpago. Cuando el giro tocó el suelo ya el negro estaba en el aire. Cayó partiendo de una puñalada el cuello de su enemigo. Después se paró sobre el vencido, que aún se estremecía, y cantó con ronco acento.

VIII. Su proeza máxima, que evidenció su nombre de valiente entre los más osados, fue en una clara tarde de la fiesta de Concepción, en la plaza de Juticalpa. Manifestó que haría resplandecer sus veinte años en un acto de suprema audacia. Y un jueves, en que

los claros repiques de las campanas vibraban en el ambiente y en el coso veíanse los cornúpetos más temidos de Cayo Blanco los bravísimos toros de Matute, que entraban en la ciudad seguidos de una ruidosa multitud, al compás de los clarinetes y pistones, coronados de flores silvestres él subió a uno de los palcos, sentándose junto a una sonrosada mozuela, vestido con esmero y sin la menor señal de alcohol en su persona.

Se jugaron sin novedad las tres primeras bestias. Fueron montadas, toreadas y puyadas, según la costumbre, más o menos bien. De pronto el alcalde, desde los altos del cabildo, habló con fuerte voz:

-Comunico a la concurrencia que para el último toro no se encuentra jinete ni toreador. Los que desempeñaron estas arriesgadas faenas con los tres anteriores se niegan rotundamente, a pesar de la extraordinaria paga ofrecida, a enfrentarse con el cuarto. Se trata, es verdad, del famoso toro negro de la vega del Guayape, el más temible de los que se han jugado en esta plaza, y que el año anterior mató, como todos recordarán , a Marcos Juanes e Hipólito Maradiaga. La corrida de hoy concluyó. Pero, para que se den cuenta, una vez más, de la ferocidad del toro que infunde tal terror, vamos a soltarle un rato. De seguro que nadie querrá, ni aun para ganarse diez onzas, ponerse a diez varas de sus cuernos.

Al sonar una diana de clarines abrióse la puerta del coso, y un magnífico toro, dando rápidos saltos, recorrió en un minuto la plaza, yendo a colocarse en su parte céntrica, con la altanera testa levantada, la cola tendida, arrancando las menudas yerbas con los recios cascos entre torbellinos de polvo. ¡Estupenda fiera de arrogantísima figura, de cuernos afilados y de llameantes ojos! Frenética por los gritos y los petardos y las piedras que le arrojaban desde las barreras, su furor llegó al colmo con los ensordecedores ruidos de las bombas y cohetes, de los triquitraques y los escarbaniguas que le chamuscaban los jarretes.

Súbitamente hízose un profundísimo silencio. Un hombre había saltado a la arena y con una capa roja en el brazo derecho avanzó audazmente hacia el toro. En tal instante el más ligero rumor habríase oído en el amplio recinto repleto de gente. Luego mil voces de asombro y de admiración oyéronse por todas partes. Sonaba y resonaba un solo nombre, y se repetía sin cesar entre los gritos y exclamaciones de sorpresa y horror:

-¡Miguel! ¡Miguel! ¡Miguel!

Como embriagado por aquel coro resonante avanzó impávido hasta colocarse frente al bruto, provocándole con rápidas voces, y con los airosos movimientos del trapo escarlata. El animal parecía tener miedo del hombre y retrocedió unos pasos. Acosóle hasta llevarlo a pocos metros del palco del que antes bajara y en el que la linda mozuela temblaba de espanto. Hubo algunos segundos en que todo fue pavoroso terror y confusión en la multitud, y en los que, tras la terrible acometida, se vio a Miguel surgir de una nube de polvo. Tan violento fue aquel arranque salvaje que, fallándole las patas delanteras, rodó el toro por el suelo. Instantáneamente se levantó, recibiendo el joven con una carcajada y con la capa al aire. Durante un minuto la rabiosa bestia le atacó sin descanso con tremenda furia, pero él esperaba las innumerables cornadas con increíble agilidad. Como postrar alarde de su desprecio ante el peligro, le arrojó de pronto la capa, que, ensartándose en los cuernos, fue a cubrir la cabeza de la fiera, que se agitó enloquecida dando vertiginosas vueltas y rugiendo iracunda. Con sereno paso subió Miguel a su palco entre un sonoro estruendo de vivas y de aplausos.

IX. Y en otra tarde alegre de diciembre, de toros y de músicas, haziado de los efímeros paraísos artificiales el alcohol, el opio, el juego en que derrochó una fortuna- con el último bostezo en los brazos de una bella mujer, libertó su espíritu con medio vaso de láudano.

Hiciéronse veo en la penumbra de mis primeros recuerdos la escena patética, los rostros lívidos de la madre y de la esposa sobrehumanos esfuerzos para despertarle. Pero de aquel sueño no volvió nunca más...

Le rememoro en este instante en que termino la evocación en las distancias remotas del pretérito- de su paso fugaz por el mundo, desnudo sobre su lecho, hermoso efebo digno del mármol, con la boca violácea, las manos inertes, vidriosos los ojos imperativos...

Marzo de 1938.

SEIS HORAS DE GRATA COMPAÑÍA

Viaje por demás divertido fue el que hice, en febrero de 1918, en compañía del general Rafael López Gutiérrez y señora.

Al arribar a San Lorenzo, procedente de la isla Exposición, en donde pasaba yo una temporada con mi familia, me encontré con ellos, esperando el automóvil que los conduciría a Tegucigalpa. El que yo pedí y pagué llegó primero y ocurrióseme ofrecerlo a doña Anita; pero a esa hora fui en vano de un lado a otro buscándola. Ella y el general habían desaparecido, y mi sorpresa fue grande cuando, al abrir la portezuela de mi carro para acomodar la valija, los vi dentro de él dispuestos a partir. Y mayor fue mi asombro al verme amablemente invitado a que les acompañase.

Desatendiendo las señas que me hacía el *chauffeur* para que yo explicara el error en que se hallaban, entré en el auto. Íbamos los tres muy incómodos entre un montón de paquetes y de alforjas. Pero aquello no valía nada, o era soportable, oyendo la alegre charla de la hermosa dama, que no se imaginaba el brillante papel que le deparó el destino veinte meses después.

En los alrededores de Pespire detuvimos nuestra marcha para recoger en una casita un jolote cebado que ella compró dos días antes, y, desde ese momento, el automóvil se paraba, por su orden, cada media hora. Apeábase con rapidez juvenil, sin oír las protestas de su marido, en las aldeas de tránsito; y regresaba con un queso, una sarta de chorizos, un pato, un gallo, dos gallinas guineas, etc. La última parada se hizo en El Sauce, en donde recibió, de manos de una comadre, una gran jícara de mantequilla fresca; y en donde estuvo a punto de sumar a sus compras un ovejo y un cerdito de horno.

Ya no los molestaré más exclamó satisfecha. Necesitaba comprar todo esto porque en el campo los precios no llegan a la mitad de los del mercado de Tegucigalpa.

Sería muy difícil explicar cómo hicimos aquellas postreras nueve leguas. Don Rafael el futuro Presidente de la República llevaba en las piernas el pavo y yo el pato, a quienes teníamos que sujetar con fuerza para que no se pelearan. El gallo, en los brazos de doña Anita, hacía continuos esfuerzos por encaramarse en una gallina o para picotear el moco

del jolote; y, literalmente prensados en los asientos y con las piernas metidas entre las maletas, ansiábamos el término del molestísimo viaje.

A las cuatro de la tarde corríamos por la Calle Real de Comayagüela en lucha tenaz con los volátiles, que obedeciendo a un legítimo instinto, intentaron recobrar su libertad. Una de las guineas la consiguió, arrojándose con gran alharaca del vehículo y desapareciendo velozmente tras de una esquina. A pesar de que la señora lo tenía cogido del pescuezo, el gallo, como el de San Pedro, cantó tres veces saludando a la capital.

Abril de 1938.

PASAJEROS DE CARONTE

Don Juan Robledo*, aparatoso gamonal de Juticalpa, tuvo una juventud aventurera y llena de peligros, por excesiva afición a las hembras que constituyeron el supremo imán de su voluntad.

¡Moriré con una de ellas en mis brazos! gritaba en sus exaltaciones lúbricas entornando los ojos y haciendo chasquear la lengua.

Pero, pasados los cincuenta y cinco años puso freno a su lascivia. Fuera de su cónyuge sólo conservó la más apetitosa de sus queridas, guapísima mujer de violento carácter, a quien confinó a una de sus haciendas a regular distancia de la ciudad.

La esposa de Robledo señora de alto rango, vástago de una antigua familia acaudalada vivía ardiendo en celos y despecho por la vituperable conducta de su consorte. Por centenares contábanse los escandalosos altercados que ponían en movimiento las lenguas del vecindario, y en los que, tras la confusión de las acres palabras, oíanse los ruidos de los golpes y los sollozos de la pobre mujer.

Cosa semejante pasaba en la hacienda, pues Carmen era también susceptible y celosa, y correspondía con creces al odio que le profesaba su rival. Sólo que, fuerte moza aún no llegada a la treintena, castigaba a su amante, rechazando vigorosamente sus lujuriosas acometidas o sus cóleras súbitas en las crisis de sus continuas reyertas. Dos meses hacía que de manera rotunda se negaba a satisfacer los insaciables apetitos genésicos de su amo y señor, cuando éste llegó de improviso una noche a la hacienda, tras una riña borrascosa con su mujer. Iba encendido de sexualidad, ávido de sentir el íntimo olor del gratísimo cuerpo de su querida, de fundirla en su carne, devorándola con sus besos. Pero desde el primer ímpetu fue repelido con tal fiereza que comprendió que nada obtendría con humillaciones y ruegos.

* Suprimo los verdaderos nombres en este episodio auténtico por consideración a los descendientes de las tres personas que en él figuran (F.T.)

Trabóse un diálogo iracundo en el que Carmen llegó a enrostrarle su ruin avaricia que casi la tenía sumida en la miseria. Como si los insultos exacerbaban el ardor de su virilidad lanzóse el hombre sobre ella resuelto a obtener a viva fuerza lo que de grado se le negaba. Sobrevino una lucha de varios minutos en la que Robledo quedó tirado por tierra, en medio del cuarto, con dos profundos mordiscos en la cara. Rugiendo y chorreando sangre llegó hasta el caballo que piafaba en el corredor; tomó de su montura un pesado paquete de cien pesos, con el que hizo blanco, con tal fuerza, en la mujer, que ésta rodó por tierra sin un grito. Montó después partiendo a galope por el camino de Juticalpa, en el instante mismo en que se desataba una furiosa tormenta.

Corrió enloquecido, calado hasta los tuétanos, en la noche más negra que el carbón, sujetando a duras penas al indómito bruto, frenético entre los ruidos pavorosos de la borrasca. De pronto un salto súbito le precipitó en un abismo.

Entre tanto, en la hacienda, rodeada de la servidumbre, Carmen agonizaba. Recibió el golpe fulminante en pleno pecho y ella misma se hirió con un puñal en un acceso de locura. Vociferaba cosas horribles de su condenación, de sus horrendos pecados y pedía a gritos un confesor. A sus angustiosos lamentos contestaban los llantos de sus criadas y los agudos aullidos de los perros. Todos los animales caseros y de la sabana próxima agitáronse lúgubrementes en algazara nunca oída, entre el espantoso estruendo del agua, de los truenos y del huracán, entre la negrura de la medianoche, sólo interrumpida por el fulgor de los relámpagos.

Callóse al fin la moribunda con los ojos agrandados por el terror... Un formidable retumbo resonó por el lado de las montañas... De un salto rodó Carmen de la cama al suelo, y cuando los presentes, dominando su pánico, la recogieron, era un cadáver.

Aquel insólito acontecimiento único en la nómina de nuestros dramas regionales fue comentado de diversos modos en la ciudad.

Como se encontró al dos veces don Juan aplastado bajo su caballo con la señal de la cruz en la diestra ya rígida, y como su querida clamaba por un confesor en su agonía, las personas piadosas estuvieron de acuerdo al pensar que los dos pecadores que llegaron a su trágico tránsito en el mismo minuto...

¿Obtuvieron el divino perdón?preguntará el lector.

No. Se libraron del infierno, siendo únicamente condenados a arder, durante un siglo, en el purgatorio.

Otras gentes, más rígidas en su piedad, opinaron que cayeron juntos en el profundo averno.

Y todas las mujeres, con las manos en el rosario, terminaban persignándose con horror al evocar en las noches oscuras tan siniestro recuerdo.

Abril de 1938.

ENRIQUE PINEL

Enrique Pinel hizo sus estudios en Guatemala y regresó a Honduras en 1890.

Yo le conocí el 94, y cuando fundé mi revista *El Pensamiento*, puse su nombre con el de Lucila Gamero, entre sus redactores.

Era entonces un gallardo mozo alto, blanco, fuerte, simpático. Firmábase *Pop*, cojeaba a lo Byron, y fue el mejor cronista de su tiempo en Honduras.

No poseía una erudición considerable; pero nada ignoraba dentro del trabajo a que dedicó sus aptitudes.

No he conocido en mi patria otro escritor tan exento como él de envidias, egoísmos y otras ruines pasiones; tan entusiasta por las obras ajenas; tan claro y tan leal en sus amistades.

Espíritu apasionado y generoso, prodigaba sus aplausos y sus elogios a los méritos sobresalientes, y hasta a las mediocridades en su noble afán de estímulo y ayuda.

La mala suerte obstinóse en golpearle sin descanso: pero él sonreía, con la placidez del epicúreo, ante la hostilidad de las cosas.

Fue víctima del craso medio en que se moviera su acción. De ahí que le destrozara la vida el ilusorio veneno que mató a Poe, y que, en ocasiones, se perdiera su voluntad por escabrosos caminos. Pero sobre sus errores (¿quién no los tuvo?), resplandecía su voluntad, su optimismo, su anhelo de servir a los demás, de darse por entero a los amigos.

Fuera de los buenos libros y de la profunda afección de su hermana, todas sus alegrías últimas tuvieron sedimentos amargos, y más de una vez sembrando ideales cosechó ingratitudes.

Tenía más años que yo y sus experiencias aclararon muchas de mis incertidumbres juveniles. Fue un compañero de pluma de quien no recibí decepciones, siempre vigilante en mis actividades políticas y literarias con fraternal solicitud, siempre dispuesto a romper lanzas con mis adversarios.

Un día de su año postrero me hizo una confidencia y una súplica.

-Eres el amigo que más quiero y estimo y por eso te abriré mi corazón, presa de un terrible presentimiento que me desespera: el de que voy a ser enterrado vivo. Es seguro que falleceré pronto de una muerte súbita, y así el peligro es mayor. Prométeme que no seré inhumado antes de las veinticuatro horas reglamentarias, y que en el momento de colocar mi féretro en la fosa, lo abrirás para cerciorarte plenamente de que mi cuerpo está sufriendo el proceso de la descomposición.

-Tranquilízate- le dije. Lo haré como lo deseas.

Meses después concurría a su entierro en un ardoroso mediodía. Ya para depositar el ataúd en su nicho, levanté la tapa y me incliné sobre su cadáver. Pero no sentí ningún mal olor...

Hice entonces detener la faena de los albañiles para consultar con los médicos allí presentes, a quienes comuniqué mis dudas en relación con mi promesa; pero, después de apoyar la cara contra el cuerpo rígido, me aseguraron que empezaba a descomponerse.

Abril de 1938.

PESADILLA DANTESCA

Tengo grabados en mi memoria los detalles de la visita que hice en Comayagua a mi infeliz amigo, el exquisito poeta Ramón Ortega, previa a la moción que presenté y triunfó en el Congreso para que se destinaran dos mil quinientos dólares a su curación en un sanatorio de los Estados Unidos.

La vieja casa que le servía de albergue era una sola pieza, excesivamente grande y con el piso en plena ruina. Al entrar, en un anochecer del final de diciembre de 1921, vi a Orteguita en un rincón, sentado frente a una mesa, comiéndose un huevo en su cáscara, a la luz de una vela.

-Está cenando- oí que murmuraban en la penumbra.

Pedí que no le interrumpieran. Yo esperaba a que terminara de comer. Ya en un escaño, la sórdida lobrete de aquella vivienda se impuso en mi espíritu. En la semi-obscuridad erraban como fantasmas dos o tres míseras ancianas, altas, amarillas, escuálidas; y el viento, penetrando por las oquedades de las paredes y del tejado, producía un ruido lúgubre. Sentíase allí una humedad extraña, una atmósfera de necrópolis, un fúnebre silencio.

Los minutos me parecían interminables...

En la mesa, el *ausente* amigo continuaba metiendo trocitos de tortilla en el huevo, con una lentitud parsimoniosa, como si se tratara de un rito solemne. A veces llevábase el cascarón a la boca, aspirándolo con la delicia con que un dipsómano apura una copa de coñac. Y vuelta a los pedacitos de tortilla y a los ademanes y gestos circunspectos. Su sombra encogíase y alargábase en la pared al compás de los movimientos. Y las decrepitas mujeres se esfumaban y reaparecían, acercándose y alejándose, como si no tocaran el suelo con los pies.

De pronto mis ojos se encontraron con otros ojos que me examinaban fijamente, con una expresión equívoca de sorpresa y de espanto. Brillaban como los de los gatos, en una cara inmóvil de blancura sepulcral, que surgía de un lecho a pocos pasos de mí...

Recordé entonces lo que me contaran del desventurado padre Ortega, víctima de la demencia y parálisis desde su juventud...

Mirando a Orteguita hundir por la centésima vez su tortilla en el claro cascarón; con el ánimo turbado en aquel ambiente de angustia; con un vago malestar físico producido por la mirada cada vez más espectral del miserable paralítico, por las sombras errantes de las pobres mujeres y el rumor del viento en la desapacible estancia... me levanté sin el menor ruido para escapar de aquella pesadilla.

Pero, cuando me encaminaba hacia la puerta, Ramón saltó de su taburete y corriendo me dio alcance, abrazándome entre expresiones de excusa por su tardanza en atenderme y haciendo rápidas reminiscencias de nuestra amistad: todo con palabras precisas de la más perfecta lógica.

De improviso, y mientras era yo de nuevo atraído por los inquietantes ojos del sacerdote demente, la razón del desventurado poeta se apagó como una luz en un abismo, prorrumpiendo en una risa semejante a un sollozo, que heló mi sangre y retuvo mi alma en un círculo oscuro de piedad y de horror.

Mayo de 1938.

TRINA GARDELA

I. Con frecuencia sufro en mis insomnios la amargura de un adverso recuerdo que me produce siempre un vago dolor. Más que una remembranza es un remordimiento.

Haré aquí una breve historia. En mi adolescencia fui tres veces a pasar en Catacamas la alegre fiesta de San Francisco, invitado por Trina Gardela, viuda de Salazar, íntima amiga de mi familia, y cuya residencia hallábase en la plaza, frente a la iglesia.

Todo lo que pudiera decir de la cariñosa acogida que encontré en su hogar sería pálido. Fui en él tratado como un príncipe cuando en la aurora de mis quince años cantaban en mi corazón los ruiseñores de los primeros sueños.

II. Escribo ahora con esa emoción melancólica que producen las cosas intensas y extintas para siempre.

Catacamas posee una topografía encantadora y es como una de esas mozas fragantes que sólo tienen de feo su nombre. Sus brisas, sus aguas y su clima edénico son inolvidables. Yo he sentido en todo tiempo por esa ciudad de mi región maternal un singular afecto. Jovenzuelo imaginativo y precoz, veía en el remoto horizonte sus azules montañas con un anhelo sin nombre, con recónditas ternuras esfumadas en la indecisión de los instintos. En el campo y en la ciudad florecían, apenas púberes, las dos lindas novias que iluminaron mi extraño mundo de quimera y voluptuosidad. ¡Musas de ilusión y candor de mis versos de fuegos sensuales! Una era morena y en la paz del monte exhalaba su tierna fragancia; la otra rubia, con bucles de oro claro y boca encendida en la blancura de jazmines de su rostro. ¡Vírgenes del retablo de mis adoraciones! En mis noches, ávido de fundirlas en mi carne, debatíame en sufrimientos amorosos, soñando que llegaban a mis brazos desnudas y balsámicas, enardecíendome con sus caricias sobre un tálamo de violetas... y con la luz del alba huían quejándose con lentos suspiros. Misterioso amor de mi sangre, que me atormentaba con una sed perenne de absoluta posesión de dos deliciosas adolescentes, que unidas surgían fugaces en mis poemas y enlazadas a mi cuerpo reposaban sobre mi pecho... Nunca me fue posible separarlas en mis deseos y ternuras. Fue un caso insólito, único en mi vida. Eran amigas. Las eles de sus nombres me hacían, ignoro por qué, el efecto del roce de los pistilos de los lirios.

En esos viajes a Catacamas deteníame en el camino para respirar un día el mismo aire que la ingenua morenita, mitad de mi extraño amor. Los grandes ojos oscuros y aterciopelados, radiantes como dos estrellas, posábanse en mí con lánguidas suavidades, y las manos inocentes se estremecían entre mis manos como dos claras tórtolas. Y yo partía al galope de mi caballo hacia la ciudad, llevando fraternos saludos para la otra mocita, en cuya expresión, no obstante, creía entrever la oculta inquietud de unos tímidos celos.

¡Qué delirio de supremo egoísmo, imposible entre los más supremos imposibles! ¡Ser único dueño de aquellas dos candidas adolescentes; vivir con ellas entre las florestas de una ignota montaña! ¿Qué pensarían si conocieran mi secreta intención? Yo abrigaba la certidumbre de que las dos me amaban; pero no hubiera sido feliz con una sola. A ambas las deseaba con igual intensidad; y presentía que, ya en posesión de una de las dos, la otra, ya perdida para mí, iba a parecerme la más bella y apetecible.

III. Trina Gardela decía mi hermana- es una de las mujeres más simpáticas, ingeniosas y agradables de Honduras.

Y así era, en efecto. Hablaba en forma tan gráfica y precisa, poseía tan picante gracia para el relato o la réplica salpicada de fino sarcasmo, o de broma sana, o de burla de buena ley, que, de haber nacido en un ambiente civilizado, su claro talento se hubiera impuesto en los salones. Reíase cuando yo le explicaba que, por un error de la suerte, vino al mundo en Olancho, cuando toda su estructura mental, y aun su forma física, eran propias de una marquesa de la época de Luis XIV.

-¡Qué bribón éste! exclamaba, con su gran acento. ¡Cómo se burla de mí!

Pero no me burlaba. Era notoria su superioridad al medio en que le tocó moverse y actuar; y del desequilibrio entre ambas cosas surgió el drama que la destrozó para siempre.

En aquella casa en que escuchaba en las madrugadas sonar el río entre los peñascos y el viento en los vecinos montes, el tiempo deslizábase para mí con la fugacidad de las nubes en los firmamentos.

Tenía yo allí, además del imán de aquellos bucles dorados, un amigo de más edad que yo, que, aunque incapaz de orientarse en el universo de mis fantasías, era lo suficientemente comprensivo para servirme de compañero en mis andanzas amorosas. A él me confiaba en parte; y, como perfecto camarada, me traicionó en mi ausencia; quedándose, al cabo de muchos años en que yo iba por otras sendas ilusorias, con una de las dos mitades de mi pasión; cayendo la otra mitad, al cabo de un largo lapso, en poder de un excelente señor, afable y provecto.

IV. Las más duras experiencias y las más tenaces pesadumbres encerraron en su estrecho círculo de tormento a mi querida y vieja amiga Trina Gardela; convirtiéndola, día por día, en una sombra de su sombra. En 1903 la vi en Tegucigalpa con la razón extraviada, errando al acaso por las calles, silenciosa y pálida. Yo la conduje dos veces a mi casa, pero ella, sin reconocermme, rehuía toda demostración de cariño, alejándose de los que se interesaban por ella.

V. Y después en Juticalpa, en la tarde del 4 de febrero de 1904, mientras yo gozaba de una de las horas de mayor felicidad que he conocido; cuando Annabel, por vez primera, me confesó su amor, oí un tiro de revólver que atrajo a la calle próxima a un grupo de transeúntes.

-¿Qué ocurre? pregunté.

-Que doña Trina Gardela acaba de suicidarse.

Y aquí surge la fría obscuridad de mi remordimiento. Dominado por la emoción embriagadora rebotante en mi alma, *no me moví* del sitio en que la suprema ventura me volviera insensible para todo otro sentimiento que le fuera extraño.

¡Pobre amiga! Si pudiera leer estas líneas, con su claridad espiritual y la sutil inteligencia con que en tantas ocasiones la vi discurrir, exclamaría:

-Borra de tu memoria ese recuerdo ingrato. Hiciste bien en no correr hacia el lugar en que mi cuerpo, dos veces sin alma, se hallaba inmóvil en un charco de sangre. ¿Para qué mirar un espectáculo tan triste? El amor te retuvo y bien sabes que *el Amor es más fuerte que la muerte*.

Así me hablaría. Pero aun sabiéndolo, algo acerbo se remueve en mí evocando la clarísima tarde, ya tan remota, en que, como un augurio funesto, aquel pistoletazo entenebreció con una grave pena mi dicha fugaz.

Junio de 1938.

UN ROJO PUNTO FINAL

I. Yo tuve un amigo, gallardo militar, valiente y simpático, que me demostraba una gran afección y con quien me placía discutir sobre los esenciales problemas de nuestra patria. Sin poseer en absoluto una brillante inteligencia, pronunciábase en ocasiones con cierta lógica, y sus juicios eran acertados en la mayoría de los casos. Gustábanle las lecturas de los gloriosos acontecimientos guerreros y yo le presté más de cien libros relacionados con las grandes tragedias de la Historia.

Durante un año recibí en Tegucigalpa diariamente sus visitas y así pude conocerle mejor que cualquiera otro de mis camaradas. Contóme en ellas los sucesos más importantes de su vida, entre los que hacía figurar, no sin un tácito remordimiento, la ejecución que él ordenó y presencié, de dos infelices soldados, en un instante de contrariedad y de cólera.

Transcurrido aquel tiempo, empecé a notar un extraño cambio en sus relaciones conmigo; y todos sus defectos, que hasta entonces me ocultara, fueron apareciendo, uno por uno, en la superficie de su yo. Su antigua cordialidad transformábase; sin motivo, en una actitud obscura y hostil que culminaba en bromas de mal género y en vulgares gracejadas. Y sus embustes y vanidades superlativos, y su absurda ambición de predominio político, y su odio feroz contra algunos de sus enemigos o adversarios, mostráronse a mis ojos en toda su plenitud. Especialmente hacía blanco de sus dicterios a un distinguido hondureño, de historia sin mácula, a quien yo quiero como a un hermano, y de cuya acción destacada en la vida de la República mostrábase celoso.

Una tarde, cansado ya de su vocabulario de cuartel y de sus insultos y amenazas contra su *enemigo*, le dije con sorna:

Haces muy mal en difamar a X por detrás. Esto no es propio de caballeros. Si te crees tan valeroso y tu rencor hacia él es tan profundo ¿por qué no le gritas todas tus injurias frente a frente?

¿Crees que por miedo no lo hago? A ese carajo lo pateo cuando se me antoje.

Ignoro lo que pasa en tu interior. Pero de lo que sí estoy seguro es de que nunca te atreverás a provocarle cara a cara. Vive a treinta pasos de aquí. Ve a repetirle lo que me

has dicho acerca de él. Ahí tienes un gallo digno de tu fuerza. No irás porque sabes bien que con X en medio minuto te juegas la vida. Ahora tengo que pedirte un favor; que si persistes en tus diatribas contra él no vuelvas a mi casa.

Al oír esto cogió violentamente su sombrero y se fue, y no le vi más durante algunos meses.

II. Cuando menos lo esperaba llegó a mi librería, llevando al crédito una considerable cantidad de volúmenes. Reanudáronse así nuestras pláticas, que otra vez él hizo degenerar en guasas y chistes de la más insoportable necesidad. En vano le llamé sobre esto la atención, expresándole mi repugnancia por sus desplantes de payaso. Continuó fastidiándome con sus sandeces hasta que me vi obligado a rehuir su presencia.

Herido por ello, una mañana en que crucé por la calle en que él charlaba en una esquina con un grupo de vagos, exclamó al verme, con un tono agresivo:

¡Miren al poeta! Lleva hoy la mano con una mancha de tinta.

Síle repliqué. Pero no la llevo, como tú, siempre manchada de sangre...

Y esta última palabra que lo enmudeció, haciéndole palidecer, fue el punto final de nuestra amistad.

Mayo de 1938.

EL DOCTOR LAPLACE

I. ¿Por qué extraño azar del Destino llegó a Juticalpa el doctor Enrique Laplace? Lo veo, en la luz del recuerdo, pasar por las calles de mi nativa ciudad, correctamente vestido de lino blanco, con su paso ligero y su aire plácido. Era pequeño y fino, la tez sanguínea, las manos como de mujer, la cabeza cubierta por los algodones de la senectud. Pero ágil aún de miembros, de palabra y de espíritu. Veíase en él, al instante, al caballero pulcro y distinguido, limpio de indumentaria, de pensamiento y de acción.

Ejercía la medicina por voluntad, es decir por vocación imperativa, sin los malhumores comunes a casi todos los galenos; siempre dispuesto a acudir en el acto, y sin regaños, a donde se le necesitara, cerca o lejos, de noche o de día. Cuando no estaba en la ciudad, iba por algún camino, al trote de un mal rocín, y tras un Sancho rústico, llamado con apremio de las vecinas aldeas. Prodigaba su ciencia como un grato deber, sin propósitos utilitarios, cobrando precios ínfimos por sus curaciones.

Atraído por su sencillez y simpatía, por el prestigio de su origen en la gloriosa tierra de Francia que yo tanto admiraba, iba a verle con frecuencia, charlando con él sobre asuntos que no eran propios de mi edad. Yo era entonces un niño, y le sorprendían mis audaces preguntas, a las que daba respuestas indecisas en su incompleto castellano.

¿No cree Ud., doctor, que las turbas de la gran Revolución de 1789 más tenían de tigres que de seres humanos? ¿A qué piensa Ud. que se debiera apartándonos de las conocidas hipótesis históricas tan extrema crueldad?

Él se rascaba el marfil de la coronilla y me miraba confuso.

Voy a refrescar la memoria con algunas lecturas de aquella época...

¿Se burlan los médicos, en su interior, de la mayoría de los enfermos? continuaba yo, cambiando el giro de mis interrogaciones. Porque ustedes bien saben que la medicina fuera de los pocos medicamentos matemáticamente eficaces para determinadas dolencias es una ciencia abstracta, en la que se camina en las tinieblas. Una ciencia de perpetuos ensayos, en que todo es problemático e inseguro. Cada enfermo es un organismo de experiencias que, cuando no obtienen éxito favorable, producen la muerte.

Sí, en verdad, *mon cher petit ami*. Rectificando su último concepto, pues esas experiencias, cuando no dan buen resultado, no matan al enfermo en la generalidad de los casos, sino que le dejan como antes del tratamiento. Entre cien podrán morir cinco por errores de diagnóstico.

Pero como yo veía claramente que no le gustaban tales tópicos, echaba por otros rumbos mis pláticas que, casi siempre, como los ríos en el mar, desembocan en el campo florido de las letras francesas. Él aclaró muchas de mis dudas acerca de obras y autores a las que no hallé solución en la *Enciclopedia* de Mellado, mi gran libro de consultas en aquel tiempo. Sus estudios clásicos permitíanle ahondar con brillo en cualquier tema literario, artístico o científico.

II. Una noche, después de las once, mi tía hermana de mi madre fue acometida de un mal repentino, y me enviaron a buscar al doctor que, si no me falla la memoria, vivía en la casa o cerca de la casa de Marcos Mercadal. Atendíome sin demora, y mejorada la enferma, quise acompañarlo de regreso.

Al pasar junto a un montón de piedras y ladrillos hacinados en medio de la plaza, oímos en la obscuridad el *¿quién vive?* del centinela del presidio (era tiempo de revueltas). Yo contesté en seguida; pero la pregunta se repitió y de nada sirvieron mis respuestas a gritos.

¡Atrás! ¡Atrás! aullaba el soldado.

Busqué al doctor, a tientas en la sombra, inútilmente. Me pareció verle cruzar, ver blanquear su traje, por el atrio de la iglesia. Conservo de aquel instante la vaguedad de un sueño.

III. Cierta obscura mañana el doctor (¿sería de la familia del célebre marqués de Laplace, astrónomo y matemático que fue Ministro del Interior de la Revolución?) no pudo levantarse de su lecho. Envío un recado a su mejor amiga, la virtuosa dama norteamericana Juana Scudery de Matute, *la niña Juanita*, como la llamaban los pobres de los barrios a quienes prodigaba sus beneficios.

Voy a suplicarle un especialísimo favor, el último le dijo. Estoy herido de un terrible mal, que ya padecí antes, y que, a mi edad, no podré resistir. Óigame bien, amiga

querida: si se me deja en paz, sólo dándome un vaso de agua con azúcar cada tres horas, me iré extinguiendo lentamente sin el menor dolor, terminando todo dentro de cinco o seis días. Cualquier alimento sólido, por escaso o ligero que parezca, me produciría un daño tremendo, haciéndome morir entre atroces sufrimientos. Le ruego por lo que más ame evitármelos, impidiendo que se me obligue a comer absolutamente nada.

Así lo hizo aquella piadosa señora. Cuidó del enfermo día y noche, teniéndolo en perfecta limpieza, rodeado de las cosas que le eran más caras: los retratos de su familia, los libros y las flores; endulzando su agonía con pláticas amables y fraternales, fortaleciendo su espíritu con oportunas lecturas religiosas. Suavemente, sin una queja, iba descendiendo hacia la morada postrera, sin la más leve amargura, con serena conformidad, con la placidez de un niño.

IV. Pero de improviso apareció en Juticalpa un señor Nehring, amigo suyo, que al enterarse de lo que pasaba irrumpió como una tromba en la estancia del moribundo, seguido de una sirvienta con una bandeja.

No, no, no, mi excelente señor Laplace exclamó con fuerte voz (era un hombretón fornido y colorado). Yo no permitiré de ninguna manera que una persona de sus méritos fallezca de hambre. Esto es un suicidio. Déjese de ayunos y caprichos: con una sustanciosa alimentación Ud. estará bueno dentro de cuatro días.

El pobre enfermo dormitaba, y, al darse cuenta del propósito de Nehring intentó explicarle el caso; pero el otro, dogmático e ignaro, obstinado en su idea, no le escuchaba. Entonces se interpuso la niña Juanita con toda su energía anglosajona, aunque con mesuradas palabras que trocáronse al fin en frases violentas; todo lo cual sólo sirvió para exacerbar al intruso, quien, tomando en sus potentes brazos el mísero cuerpo del anciano, a pesar de sus lamentables protestas, y aun de sus gemidos y sus lágrimas, lo obligó a viva fuerza, a comer cuanto le llevara.

No tuvo plena conciencia de su incalificable abuso, de su odiosa y cobarde acción, sino horas después, cuando su infeliz víctima empezó a llorar amargamente, destrozado por agudísimos dolores. Falleció debatiéndose en la más espantosa desesperación, calcinado por la fiebre y gimiendo como el ser más digno de lástima...

V. Ya muerto, uno de sus pies surgía de la sábana: un pie pálido y bello como el de una niña, límpido y como tallado en mármol...

...Y su tumba se ha perdido entre mil tumbas anónimas, en un antiguo camposanto hondureño, a millares de leguas de la región de ultramar en que abrió los ojos a la luz de la vida.

Mayo de 1938.

LLUVIA FRÍA EN LOS INFIERNOS

1. En febrero de 1918 cuando temporaba con mi familia en la isla de Exposición- hice un viaje a Tegucigalpa. Llegué de noche a San Lorenzo, absteniéndome de continuar la marcha, fatigado por el terrible calor.

Después de larga plática, al aire libre, con una familia amiga que allí pernoctaba, me invitó el doctor Delio de Morales a dormir en su cuarto, amplio y mejor ventilado que el que me destinaron en el incómodo hotel; poniendo a mis órdenes la nevera rebosante de finos refrescos, entre ellos el gratísimo ginger-ale escocés.

Despertáronme unas lastimeras quejumbres como de un hombre en agonía, provenientes de un sitio cercano, y me incorporé para vestirme y ver de lo que se trataba. Pero Morales, dando vueltas en su lecho, me excitó para que no me moviera.

-No haga caso, no vale la pena de molestarse. Es un beodo que toda la noche ha fastidiado al vecindario con sus clamores, pidiendo guaro. Se aleja y vuelve, golpeándonos las puertas e impidiéndonos dormir.

Volví a acostarme y reinó el silencio. Como en una pesadilla escuché, algunas horas después, un prolongado gemido y confusas palabras angustiosas...

-¡Por el amor de Dios no me dejen morir de sed! Siento que arden mis entrañas. ¡Tengan piedad! Denme una gota de agua.

¡Me muero! ¡Me muero!

Rápidamente llegué a la puerta y la abrí. En la penumbra del amanecer vi a un hombre tirado en el suelo.

-¡Socorro señor! ¡Un trago de agua!

Y me tendía las manos temblorosas.

Cogí de la nevera un ginger-ale tan frío como el mismo hielo.

-Abra la boca le dije.

Y derramé en ella, lentamente, hasta la última gota.

-¡Otro! ¡Otro! gritó.

Repetí la operación.

-¡Otro! ¡Otro! ¡Otro, por misericordia!

Con el sorbo final exhaló un lento suspiro de suprema satisfacción.

-¡Qué felicidad, Dios mío! exclamó. ¡Qué placer tan grande! Gracias, gracias.

II. La primera visita que recibí al regresar de Panamá, dos meses después, fue la de Gonzalo Díaz, que fue director de la Banda de los Supremos Poderes.

-Vengo a expresarle mi más honda gratitud por el acto de caridad que tuvo conmigo. De las nueve de la noche a las cinco de la mañana me arrastré por el polvo, como un perro envenenado en San Lorenzo, mendigando un trago de agua, para aplacar la horrenda, la espantosa sed que me calcinaba. Ya se imagina ocho horas de crisis ardiente de una goma en aquella temperatura infernal. Me sentía ya morir cuando acudió Ud. en mi auxilio. ¡Qué inmensa, qué inexpresable delicia me produjeron aquellos ginger-ales helados! Todavía me estremezco recordándolos. ¡Créame que ni la posesión de la mujer que más he amado me causó un placer tan intenso!

Junio de 1938.

UN CASO SINGULAR

Una piadosa dama del antiguo Olancho vivía en su hacienda, a pocas leguas de Juticalpa, rodeada de sus hermanos y sobrinos. Los rezos, los quehaceres domésticos, las cortas excursiones por los caseríos vecinos para socorrer, con alguna dádiva, a los enfermos menesterosos, constituían su incolora existencia. Rica, y gozando de una salud perfecta, sentíase como ninguna venturosa. Soltera por su voluntad, por repugnancia instintiva hacia los hombres, a quienes medía por la estatura moral de sus dos cuñados (gracias a Dios ya fantasmas, como ella decía), que hicieron desgraciadísimas a sus dos hermanas menores, llegó a los setenta años con el espíritu vivaz y todavía hermosa con su tez sonrosada y sus cabellos blancos.

-Completaré los noventa repetía en sus onomásticos. Certidumbre que me produce un constante placer. La vida es muy agradable y mi destino seguramente no pudo ser más feliz.

A pesar de la certeza, en un amanecer de julio despertóse con un gran grito y un terrible dolor en los oídos. Acudieron en el acto sus familiares y la encontraron agonizando.

-Siento que voy a morir murmuró con voz débil. Tiéndanme sobre un petate en el piso de la sala, entre cuatro candelas de sebo, y que mi ataúd sea de los más humildes.

Con estas palabras expiró y poco después yacía, con un Cristo entre las manos, en el suelo de la estancia rústica, en la forma expresada.

A mediodía la hacienda estaba llena de gente de los lugares cercanos, y cerca de la difunta iban sentándose las rezadoras y algunos gamonales de la ciudad.

Las quejas y lamentos de costumbre fuéronse extinguendo, y, de pronto, reinó por doquiera un grave silencio. La intensa claridad de aquel día tórrido inundaba la mortuoria habitación, y a lo lejos oíanse los relinchos de los potros y los gritos de los alcaravanes. Una gallina picoteaba alrededor del cadáver. Iba y venía por todos lados, como atraída por algo invisible. Varios de los presentes la miraron de improviso acercarse, con el cuello adelgazado y el ojo ávido, a la cabeza de la muerta, y lanzar un veloz picotazo a uno de sus oídos, corriendo después rápidamente hacia el patio con largo y ondulante ciempiés en el pico.

Instantáneamente la difunta se estremeció, lanzando un prolongado suspiro y moviendo uno de sus brazos. Mudadas de asombro, de espanto y alegría, las hermanas y amigas la transportaron a su lecho, en donde la friccionaron y atendieron con la mayor solicitud.

Transcurridas tres horas pudo balbucir:

-Ya les decía que con la ayuda de Dios llegaré a los noventa años.

Y no se equivocó. Pues continuando en sus sencillas costumbres, sin emociones de ninguna índole, y entre el sol y el aire de los campos, su vida estuvo a punto de completar el siglo.

Junio de 1938.

COMENSALES ALEGRES

I. En los primeros meses de la Administración Sierra éramos comensales, en las habitaciones que alquilaba doña Delfina Brán, en el piso bajo de la que se llamó después Casa Quemada de los Díaz, José Antonio Domínguez, Timoteo Miralda, Calixto Marín, Rosendo Santacruz*, Alfredo Quiñónez, Eduardo Guillén y yo.

La comida que aquella buena mujer nos daba por un módico precio era como la del mal hotel que había entonces en Tegucigalpa. Nuestros estómagos, por lo demás, en aquella época hubieran digerido lingotes de plomo o cualquier cosa semejante, y nuestro excelente apetito disimulaba los raros animalillos de diversas formas que con frecuencia veíamos en la sopa.

Tienen algunos carita de gentedecía, muy serio, Santacruz.

Así, nunca nos preocupó el ingrato aspecto de aquella vieja señorita, mustia, flaca y amarillenta, con una tos crónica que la escapaba de ahogar, y con el cuello envuelto, como el de Marat, en una serie de pañuelos grasosos.

Los temas de nuestros ágapes eran dignos, por su importancia y variedad, del lápiz de un taquígrafo. Literatura, política, filosofía, milicia, actuaciones sociales, bromas, anécdotas, cuentos picantes, críticas, epigramas: todo desfilaba en nuestros juveniles diálogos entre risas y réplicas agudas.

Múltiples incidentes acuden a la punta de mi pluma evocando aquellas alegres comidas, a las que iban de vez en cuando, únicamente como números de *causerie*, Juan Ramón Molina, Enrique Pinel, Fernando Somoza Vivas, Simón Díaz y otros.

En breves términos relataré cuatro *percances*, dándole a este vocablo una acepción de anécdota menuda.

* Hombre de talento, espíritu dinámico y generoso. Fue cobardemente asesinado por los esbirros de Estrada Cabrera.

II. Simón Díaz, alto, seco, pálido, era de un carácter burlón y agresivo, que se producía en chistes equívocos y frases cáusticas, subrayados con una perenne sonrisa impertinente. Volvíase insoportable cuando los alcoholes le quemaban el cerebro.

Blanco de sus sátiras hizo a Molina, quien, en su estado normal, soportaba con mansedumbre las sandeces y malas expresiones, callando o discutiendo sin llegar a encolerizarse. Juzgando cobardía tal pasividad, Simón multiplicaba sus ataques, llevándolos hasta la insolencia.

¿Qué hay de nuevo, Molineja?exclamaba al verle. ¿Has tenido noticias del Ñato? Dicen que en Chinandega le ganaron al chivo hasta sus barbas de Noel.

Deja en paz a mi padre y modera tu lengua. De repente vas a pasar un mal rato conmigo.

¡Jajá! ¡Jajá! ¡Qué Molineja este tan guasón! ¡Y qué levita verde más arriscada la que lleva! De las que se usaban en Guatemala en tiempos de Arce. ¿Quiere vendérmela barata, casi regalada, se entiende, para el Judas del lunes de Pascua?

Y continuaba, sin parar la hebra, en sus necesidades.

Pero un día... llegó Molina con medio litro de whisky entre pecho y espalda, amén de algunas otras gárgaras extraídas de la dulce caña. A las primeras interrogaciones de Simón le contestó con tan formidable puñetazo en la cara que lo hizo ver un millón de estrellas de colores, arrojándole sobre una mesa en que doña Delfina exhibía una infinidad de frágiles objetos; yendo a caer, a través de un cancel de manta, sobre la misma señora, que venía de la cocina con una bandeja entre las manos.

El desastre fue superlativo. Díaz, chorreando caldo y sangre nasal, sin recoger los anteojos y el sombrero, intentó huir por la puerta de la calle; pero no pudo lograr su propósito sino después de un aparatoso puntapié en las posaderas que le propinó el iracundo Juan Ramón, entre las carcajadas de los comensales.

Nunca le volvimos a ver en aquella tertulia; y nosotros tuvimos que pagar a la señora el valor de dos gallos de porcelana, tres muñecos chinos de loza, dos garrafas, un juego de tacitas japonesas y otras cosas de mayor cuantía, entre ellas el espejo de marco plateado,

histórico en los ancestros de los Brán, y el gran quinqué de doble mecha que alumbraba nuestras cenas.

III. Una noche, mientras estábamos todos a la mesa, oyéronse en el cuarto próximo quejumbrosos gritos y llantos de mujer pidiendo socorro. Repitiéronse con tal fuerza que me levanté de un salto, avanzando por el corredor. Era una reyerta conyugal: la mujer (T. D.) yacía en el suelo gimiendo y el hombre (V. P.), iba a golpearla de nuevo cuando yo me interpose echándole en cara su cobarde proceder. Al oírme, el cónyuge se calmó; pero ella enfurecida como una tigra, al desaparecer tras un biombo, me apostrofó con estas palabras:

¿Por qué se mete en lo que no le importa?

IV. Teniendo que hacer una excursión por Suyapa, en los caballos de San Vicente, Domínguez y yo llegamos en la mañana de un sábado a desayunarnos antes de la hora de costumbre.

Comíamos de prisa nuestras sabrosas embutidas de frijoles con queso, recreándonos con la vista de los panecillos dorados, cuando mi amigo y colega en Apolo, a quien, por su mayor edad trajo primero doña Delfina su taza de café, que acababa de azucarar, empezó a mover la cabeza haciendo gestos. Olía el negro líquido, frunciendo la nariz y las cejas. Tanto repitió aquellos movimientos que fueron advertidos por la flaca mujer.

¿Qué tiene el café? ¿Por qué arruga la cara?

Domínguez, a quien dominaba una timidez inexplicable y que era capaz de comerse un sapo frito antes que se atreviera a protestar, se sintió con valor aquella vez y tartamudeando murmuró:

Este café... tiene un olor... *sui generis*... Un olor... a... betún.

Y, asombrado él mismo de su audacia, guardó silencio.

¿Qué disparate está diciendo? ¿De dónde se le ocurre semejante simpleza? ¿No tendrá Ud. la nariz llena de aceite?

Tomó, al decirle esto, la taza, y con ella salió al patio, vaciándola sobre las piedras; volviendo poco después con otra llena y con la cara placentera y sonriente.

¡Qué Domínguez más melindroso! exclamó con regocijo. Lo que pasa es que yo, por esta tos pertinaz, tengo la costumbre de tomar siempre Emulsión de Scott al acostarme, y anoche se me olvidó lavar la cucharita que uso, endulzando con ella su café. Así lo he hecho otras veces, con Ud. nada más por el especial cariño que le tengo, y hasta hoy se viene respingando. ¡Qué hombres tan desgraciados hay en el mundo! ¡Tome su café y déjese de embustes!

V. Ya habíamos terminado de comer aquella noche. Guillén se retiró temprano, anunciándonos que asistiría a un baile.

Cuando a las nueve y media íbamos a salir, empezó a caer uno de esos furiosos aguaceros con retumbantes truenos que convierten las calles en verdaderos ríos.

Una hora después la tempestad continuaba como en sus primeros momentos. Abrióse de pronto la puerta de la calle y penetró en la habitación un hombre cubierto de fango de la cabeza a los pies, en el que identificamos al infeliz Carlos G. Sánchez, joven simpático y de superior inteligencia, que en un tiempo, cuando su padre era poderoso, figuraba entre nuestra mejor sociedad. Sus versos aparecían con elogios en los diarios locales. La dipsomanía lo hundió en la más degradante miseria, y en esa hora hallábase tan borracho que, al intentar sentarse en la silla que le ofrecimos, cayó al suelo, inmovilizándose allí como un muerto.

Estábamos compadeciéndole con frases que tenían la piedad de las oraciones fúnebres, cuando una idea extravagante cruzó por mi mente:

¿Y si le acostáramos en la cama de Eduardo?

Como, con frecuencia, los pensamientos irreflexivos y absurdos, por su misma irregularidad, contagian las voluntades, al oír mis palabras todos se levantaron con unánime asentimiento. Tomamos al beodo de los brazos y de las piernas, con el cuidado que guardaríamos a una doncella, y en silenciosa procesión le condujimos por el oscuro corredor hasta el cuarto que en aquella casa ocupaba Guillén. Metimos las manos por la ventana entreabierta y fácilmente le dimos vuelta a la llave.

Acomodamos al poeta Sánchez por algo éramos sus compañeros de sueños y de ilusiones en el blando lecho, arropándole con solicitud y cubriéndole la cabeza con un gorro de terciopelo que colgaba de un clavo.

Íbamos ya cerca de la esquina próxima y aún oíamos sus sonoros ronquidos.

Julio de 1938.

UNA BROMA PELIGROSA

En septiembre de 1895, el general Terencio Sierra que cuatro años después fue Presidente de Honduras- desempeñaba una misión diplomática en Costa Rica. Hospedábase en los altos del Hotel Imperial de Benedictis, al que concurría la más selecta sociedad de San José.

Entre los más asiduos clientes del bar figuraba el escritor X, quien con sus ingeniosas ocurrencias ponía su grano de mostaza en los aperitivos.

Cierta mañana ya porque su repertorio epigramático inofensivo se le hubiera agotado o porque se propuso asombrar a su auditorio con un chiste peligroso, o por animadversión al terrible militar contó, en tono sarcástico, que don Terencio había sufrido la víspera un ataque de cólera porque el sastre a quien encargó un traje de frac le llevó el chaleco sin mangas.

Todos los presentes soltaron una carcajada, y su eco aún no se había extinguido cuando ya un camarero relataba a Sierra la mofa absurda de que se le hacía objeto. Salió éste del canapé en que reposaba y en treinta segundos llegó a la cantina. Revolvió los ojos buscando a su ofensor, con los puños crispados y la expresión iracunda, y las risas desaparecieron al instante.

¿... Pero qué instinto súbito advirtió a X y le hizo salir corriendo de aquel sitio?

Mientras el *tamagás de Coray* permaneció en San José no volvió el guasón a poner los pies en el Hotel Imperial, ni en lugar alguno en que pudiera encontrarse con su fiera estampa.

Julio de 1938.

UN SEVERO CENSOR

El doctor Fausto Dávila era uno de los amigos íntimos del presidente Bertrand. Visitábalo todas las mañanas con la mayor confianza, bromeando, como tenía por costumbre, a propósito de cualquier incidente, con aquella gracia peculiar que constituyó el mejor distintivo de su carácter.

En los días de 1915, en que Membreño se hizo cargo del Poder, le dijo Dávila al general Fernando Quintanilla a la sazón director general de Policía- *que juzgaba indecoroso para el señor Bertrand continuar habitando en la casa presidencial durante el tiempo en que no era más que un simple ciudadano; y que era al doctor Membreño a quien correspondía residir en ella.*

Quintanilla puso en conocimiento de Bertrand aquellas palabras. Y, en la mañana próxima, al entrar Fausto al salón en que se hallaba el ex y futuro Presidente, éste le preguntó:

-¿Es cierto que usted me critica porque, siendo yo un simple ciudadano, continúo viviendo en esta casa, y que por ello juzga indecorosa mi conducta?

-Es cierto contestó Dávila, sin inmutarse. Me incomoda que una persona de mi más alto aprecio y cariño como usted, se exponga a la censura pública por ese motivo.

-Pues debe usted saber le replicó Bertrand que si yo no cambié de domicilio ha sido únicamente por las reiteradas súplicas del doctor Membreño; y que veo con desprecio las sátiras y vulgares chismes con que, por esto, o por cualquiera otra causa, puedan hacerme objeto los payasos.

Huelga decir que ésta última frase dio fin a la amistad entre ambos personajes.

Julio de 1938.

DUELO ENTRE JUAN RAMÓN MOLINA Y ENRIQUE PINEL

Visitando una mañana de 1899 Juan Ramón Molina y Enrique Pinel al administrador de rentas de Tegucigalpa, Felipe Molina Larios, en su despacho de Comayagüela, fueron obsequiados por éste con numerosas dobles *gárgaras* de un excelente guaro de Cantarranas que, en vasijas de barro, estuvo enterrado cinco lustros.

Ya bajo la acción del *blanco néctar de los sueños negros*, metieronse los visitantes entre los peligrosos vericuetos de una acaloradísima discusión sobre... tópicos literarios, que fue degenerando en violentos insultos personales.

Molina Larios intervino repetidas veces, rogándoles poner fin a sus mutuas diatribas, pero inútilmente, pues las réplicas continuaban cada vez más ofensivas. Por lo que, fastidiado porque no le atendían, gritó, señalándoles en un extremo de la sala un montón de viejos revólveres decomisados por los inspectores:

-Ya que no quieren atender mis razones, cojan dos pistolas y vayan a darse de balazos a las faldas de Sipile.

Rápidamente siguieron el consejo, saliendo de prisa hacia el lugar indicado, mientras el administrador desternillábase de risa, sabiendo que los referidos revólveres carecían de cartuchos.

En el trayecto guardaron silencio los dos adversarios, aunque sin dejar de lanzarse coléricas miradas; y, ya en el sitio, exclamó Juan Ramón con voz teatral.

-¡Vas a pagar con la vida tus injurias! Y, tras de estas palabras, sonó un disparo que hizo blanco en el vientre de Enrique, quien intentó contestar; pero el gato de su pistola, al caer, sólo produjo un ruido seco. Rodó luego de espaldas, y Molina acudió a levantarlo; pero creyendo Pinel que iba de nuevo a agredirlo, le descargó un bastonazo en la cabeza que lo hizo rodar por tierra.

Así las cosas, llegó un grupo de polizontes que los llevaron al hospital. Por ser leve la lesión de Molina, le condujeron a la policía, mientras los cirujanos se prepararon a operar a Enrique, cuya herida revestía suma gravedad.

Yo fui uno de los que presenciaron la feliz operación que, con la mayor habilidad, llevó a término el doctor Jenaro Muñoz Hernández, si no falla en esto mi memoria.

Las declaraciones de los duelistas y de Molina Larios, coincidieron en que todo fue obra de una panzona vasija de aguardiente de Cantarranas, y de haberse quedado un cartucho, el único entre varias docenas de revólveres inútiles, el que, al azar, tomara Juan Ramón. Por lo que poco trabajo dio al juzgado respectivo el sangriento suceso.

Julio de 1938.

UNA OFENSA SIN PERDÓN

Don Francisco Barahona y su hermano Manuel las dos grandes figuras de la heroica revolución de Olancho, muertos trágicamente tratábanse con la confianza más absoluta. Su mutua afección hacíales inseparables. Manuel llegaba a casa de su hermano mayor como a su propia casa. Acostábase a leer o a dormir la siesta en la hamaca del corredor, jugando otras veces con su sobrina de pocos años, y, con frecuencia, comía allí por las tardes.

Don Francisco estaba casado con mí tía-abuela materna, Nicolasa Valenzuela, mujer de carácter audaz (hermana de María Antonia Valenzuela, dama de notable ingenio, que hizo representar en Juticalpa dramas y comedias, que escribía versos, y que fue la más ferviente impulsadora del movimiento revolucionario contra el despotismo de Medinón). Cierta día se le perdió una onza de oro que usaba como mascota, lo que le produjo gran contrariedad. Después de buscarla en vano por todas partes, le dijo a su marido:

Yo creo que tu hermano se cogió mi moneda.

¡Cómo! ¿Estás loca? ¿Calificas a Manuel de ladrón? ¿A que no te atreves a repetirlo en su presencia?

Sí lo repetiré en su presencia.

¡Ya lo veremos!

Mientras cenaban llegó Manuel, y don Francisco, después de hacerle sitio en la mesa para que se sentara, le saludó con estas palabras:

¿A que no te imaginas el concepto que tiene de ti Nicolasa?

No. ¿Puede saberse cuál es?

Dice y repite que tú le robaste su mascota de oro.

A la luz del quinqué le vieron palidecer hasta quedarse lívido. Miró a su cuñada fijamente con extraña expresión y, levantándose en silencio, salió de aquella casa para no volver jamás a poner en ella los pies.

Cuando apareció la pieza perdida en el fondo de una cómoda, mi tía-abuela le envió una carta rogándole que olvidara su *estúpida ofensa*; pero él se la devolvió sin abrirla. Y, al encontrarle una mañana en la calle, intentó retenerle. El joven caudillo popular volvió la cabeza como si no la conociera.

No la perdonó ni en el momento de ser fusilado en la plaza de Juticalpa.

Agosto de 1938.

LA TRAGEDIA DEL GENERAL LONGINO SÁNCHEZ

I. No intentaría yo, de ninguna manera, disculpar el cuartelazo del general Longino Sánchez. Pero quien estudie con ecuanimidad, libre de todo prejuicio, la conducta observada por él en los últimos cargos que ejerció, y los antecedentes y circunstancias de tan lamentable suceso, podrá darse cuenta exacta de que ha sido juzgado con excesivo rigor.

En efecto, en el ejercicio de la Gobernación Política y Comandancia de Armas de Tegucigalpa, Sánchez actuó con excepcional espíritu de progreso, manifiesto en obras prácticas de inmediata necesidad. Podría hacer aquí su detallada enumeración; pero lo juzgo innecesario, ya que son notoriamente conocidas.

II. Un círculo de palaciegos empezó a minar en el ánimo del presidente Bográn el aprecio que profesaba a don Longino. Llevábanle todo género de chismes, convenciéndole de que Sánchez creíase más poderoso que el propio gobernante y que conspiraba para suplantarlo.

En lugar de tener con él una explicación franca y definitiva, el mandatario, en sus relaciones con su subalterno, no cambió un ápice; pero un oculto rencor y una mala voluntad contra aquel viejo militar germinaban en su corazón. Convencidos de esto, sus turiferarios declararon a Sánchez una guerra de burlas y epigramas que rayó en la desvergüenza y el insulto. En los corrillos, en los parques, en las oficinas públicas, su nombre era traído y llevado entre risas y comentarios irónicos; distinguiéndose, en el número de sus más tenaces difamadores, los licenciados Rafael Alvarado Guerrero y Simeón Martínez*, Subsecretario de Hacienda.

* Este señor era de un carácter agresivo y mordaz. En una calle de Tegucigalpa, sin mediar ningún antecedente, le lanzó una frase injuriosa a mi padre, quien le contestó con otra más violenta, avanzando hacia él con la intención de abofetearlo, lo que no logró porque su ofensor se introdujo en una tienda. F. T.

Varias veces, al tener noticia de tan violentos ataques, quejóse don Longino a su jefe; pero éste, con sus característicos gestos y ademanes de superior magnanimidad y benevolencia, y con expresiones equívocas, aconsejábale ver con desprecio *aquellos desbordamientos de la juventud*, regocijado en su interior de lo que acontecía.

Culminó la conjuración de ofensivas farsas y calumnias con los graves cargos que, en hojas sueltas anónimas, se hicieron al jefe político y militar; y, sobre todo, con el aparecimiento de *El Tren*, periódico del talentoso escritor José María Aguirre alias *El Gaucho*, fundado, según se dijo, para derribarle de sus empleos, de los que renunció poco después.

Por causas que se ignoran sólo se le aceptó la renuncia de la Gobernación, reteniendo los cuarteles bajo su mando; pero seguro, por las provocaciones cada vez más audaces de sus enemigos, de que era el mismo Bográn quien los azuzaba, y de que pronto se le destituiría de la Comandancia, su espíritu perdió el equilibrio, precipitándole en la siniestra aventura.

Extenuado por un mal terrible (una disentería aguda), sin plan, y acaso sin una finalidad precisa, influido por el mal ejemplo de Carlos Ezeta, obedeciendo a ciegos impulsos de furor y despecho, aunque no ávido de vengarse con la muerte de sus difamadores, su rebelión revistió caracteres absurdos. Más que como veterano de las milicias de Centro América procedió como un militar bisoño desposeído de toda aptitud profesional.

Cuando tomó posesión del Palacio Viejo con una fuerte escolta ¿por qué no capturó a Bográn, sabiendo que se hallaba a cien metros de allí, indefenso, sorprendido y vacilante? Prisionero éste con sus ministros y demás personajes políticos, Sánchez habría actuado luego sobre una base sólida, y su obscura empresa hubiera trascendido por todo el país quizá de modo favorable a sus designios.

Un testigo importante de aquel cruento episodio de nuestros dramáticos anales me aseguró que, de hacerlo así, y de captar sin demora el telégrafo y otros servicios administrativos, hubiera triunfado.

Un oficial pidióle órdenes para capturar al presidente; pero él se las negó. No quiso hacerlo. ¿Por qué? La respuesta constituye uno de los enigmas de nuestra historia **.

Y si Alvarado Guerrero y Martínez cayeron en su poder fue porque, ignorantes de lo que acontecía, llegaron como carneros, aturdidamente, a las garras del lobo. Si Sánchez hubiese entonces sentido sed de sangre habría enterrado, en aquel 8 de noviembre, a todos sus acérrimos enemigos, que con sus ofensas le indujeron a desviarse del camino del honor. Contentóse con fusilar a Martínez, el que más le denigrara. Pudo hacer lo mismo con Alvarado Guerrero, de cuyas bravatas estaba harto; pero le perdonó, poniéndolo en libertad, previa la entrega de quince mil pesos que dijo necesitar para su tropa.

No exigió contribuciones de guerra a los capitalistas, ni saqueó sus almacenes, ni cometió las tropelías acostumbradas por los generalotes de nuestras contiendas fratricidas al posesionarse de una plaza. Dejó que Bográn reuniera un aparatoso ejército, contra el que peleó con bravura durante una semana, en una proporción de uno contra diez, hasta la madrugada en que hizo su salida del cuartel San Francisco a la cabeza de cincuenta hombres.

El tiro de revólver con que puso fin a su vida le redimió en parte de su grave delito. Pero la piedad no se impuso en el corazón de sus vencedores y las turbas desenfrenadas arrastraron su cadáver por las calles de la capital, haciéndole objeto de los más viles ultrajes.

Agosto de 1938.

**. En la *Biografía del general Sánchez*, del doctor Rómulo E. Durón, hemos leído que el jefe rebelde envió a su ayudante Carlos F. Varela a decirle a Bográn que se retirase, pues no quería hacerle daño y sí sólo darle a saber que con los hombres no se juega y si lo había hecho con él no lo hiciera con otro. F. T.

HORRENDO CRIMEN SIN CASTIGO

I. En la noche de marzo de 1903 en que llegó el Ejército Revolucionario de Oriente a la hacienda San Francisco en Choluteca, cometióse un siniestro crimen. Cinco bandoleros que se habían unido a nuestras tropas en la ruta entre Danlí y San Marcos de Colón, asaltaron, en un camino cercano, a una hermosa muchacha y después de saciar en ella sus bestiales deseos, la asesinaron, torturándola de manera infame. Capturados *in fraganti*, fueron conducidos a la mañana siguiente ante el General en Jefe.

Hallábase éste meciéndose en una hamaca pinolera, en la sala del viejo caserón; y, al enterarse del horrendo delito, montó en cólera frenética, levantándose de un salto y apostrofando con frases iracundas a los criminales, alineados en el corredor.

¡Bandidos! ¡Cerdos asquerosos! rugía, con terrible voz. Vais a pagar con una muerte inmediata vuestra negra acción.

Y dirigiéndose al oficial que los conducía, le ordenó:

¡Fusiladlos en el acto por la espalda como traidores a la noble causa que sustentamos en esta cruzada por la justicia y la libertad!

Salió al campo el grupo de soldados con los reos, entre la algazara de la turba que iba a presenciar la ejecución.

Entre tanto, el jefe estiróse de nuevo en la hamaca, presa de la más violenta inquietud. Movía automáticamente los brazos y las piernas, pronunciaba palabras ininteligibles y sus ojos, fijos en el techo, parecía que iban a salirse de sus órbitas.

Yo lo miraba absorto, presintiendo un colapso cerebral.

Corra, corra amigo Turcios, exclamó de pronto. ¡Que no los fusilen! Vamos a imponerles otro castigo. Me horroriza derramar sangre aunque ésta sea de hienas inmundas.

II. Traídos de nuevo al patio, fue hacia ellos con los puños crispados.

¡Canallas! ¡Hijos de once mil putas! les gritó. Vais a pagar muy caras vuestras infamias.
¡Teniente Sánchez, que les den cien palos a cada uno de estos violadores y asesinos!
¡Cien palos alternados con puntapiés!

Docenas de camaradas, comentando con regocijadas burlas aquel cambio de órdenes, cayeron como langostas sobre el vecino cafetal, y, en pocos minutos reunieron varios haces de varas fuertes y flexibles para ejecutar la sentencia.

Paseábase entonces el jefe de uno a otro extremo del corredor, casi corriendo. Veíanlo oficiales y soldados llevarse a cada instante las manos a la cabeza como si mil avispas le picasen el cráneo y su monólogo anterior reanudóse en voz más alta.

No se trata de un monólogo. Está dialogando con su conciencia murmuró tras de mí un irónico amigo.

¡Pobre general! dije yo. ¡Qué mal rato le están haciendo pasar esos villanos!

Ya éstos, boca abajo, iban a ser castigados, cuando se oyeron por tercera vez las órdenes superiores.

¡Encerradlos en ese cuarto junto a la cocina! Los llevaremos amarrados para que los juzguen en el Cuartel de El Aceituno.

Entre murmullos de desaprobación y palabras de protesta fueron conducidos a empujones a su encierro.

Veinte minutos después, por las oquedades de las paredes les vieron sentados en el suelo, jugando a los dados y riéndose cínicamente, entre obscenas exclamaciones evocando su crimen y los gritos, gestos y ademanes del Jefe del Ejército.

¡Viejo gordinflón! decían. Tiene los sesos en mal estado; y más le valiera ponerse en cura que andar encabezando hordas revolucionarias. ¡Y qué cobarde! No tuvo valor para fusilarnos.

Ni siquiera de hacernos pujar con sus varas de café.

¡Jajá! ¡Jajá! ¡Qué desgraciado! ¡Qué generalejo de maroma! Para mandar gente sí que son buenos Corzantes y Salamanca. Hacen peores atrocidades que las que anoche hicimos nosotros; pero al que lleguen a coger imitándolos, seguramente que lo despachan en el acto para el otro barrio con media docena de machetazos y diez plomos en el cuerpo. Esos de verdad que son hombres.

Indignado por la increíble perversidad de aquellos miserables, alguien intentó repetir al general sus expresiones. Pero éste más dormido que despierto apenas le escuchó, contestándole con un sonoro y prolongado ronquido.

Poco después se fugaron los verdugos de la hermosa aldeana.

En 1907, uno de ellos, ostentando altanero una divisa revolucionaria y el grado de coronel, paseábase en arrogante caballo con machete y pistolas al cinto por las calles de Tegucigalpa, dando mueras al partido vencido.

Septiembre de 1938.

JULIÁN VERDAGUER

I. En una noche invernal de 1889, en que mi padre y mis hermanos estábamos reunidos en el corredor de nuestra hacienda Los Terreritos, llegó, pidiendo hospedaje, un hombre musculoso y barbudo, con una gran maleta a las espaldas. Vestía un traje azul de *cuero del diablo*, completando su singular aspecto un enorme sombrero puntiagudo y unas altas botas ferradas.

Dijo, con voz ronca, que sentíase exhausto de hambre y de cansancio. Se le dio de cenar, indicándole el cuarto en que debía dormir.

La cocinera contó, asombrada, una hora después, lo que pensaba del huésped:

-No es un hombre exclamó. Es un tiburón, una ballena, un elefante. Ha devorado toda la despensa y estuvo suspirando por falta de lastre. Sería capaz de tragarse la hacienda entera en poco tiempo. Ahora suenan sus ronquidos por toda la casa.

Al amanecer ya se oía cantar al extranjero, recorriendo los alrededores. Manifestó que le gustaba mucho aquella región y que, si se lo permitían, iba a instalarse allí.

Preguntóle mi padre cuál era su oficio, respondiendo que sabía algo de todo. Se le contrató para cuidar y ordeñar un reducido número de vacas que surtían de leche y queso a la familia y a la servidumbre; comprometiéndose, además, a suministrar la leña y el ocote para la cocina. Cumplió, con exceso, su cometido. Llevaba a pastar las vacas a los sitios más fértiles, conduciéndolas dos veces al día al abrevadero, librándolas de tábanos y parásitos. Derribó docenas de robles, abriendo un claro en los pinares próximos. Rajaba la leña con vigorosa precisión, agrupándola en la galera vecina al corral con sorprendente simetría. En un mes reunió la que se necesitaba para un año. Producía asombro verlo echar por tierra un corpulento pino de treinta metros de altura en pocos minutos. Vibraba de pies a cabeza tras de cada hachazo, que se oía a larga distancia, arrancando innumerables astillas, errantes por algunos segundos en el aire. Bañado en sudor, que corría en claros hilos por el torso desnudo, del espeso bosque de su pelo y de su barba surgían sus ojos y su boca, encendidos por la violenta faena. Era un verdadero coloso, un Hércules rústico, capaz de cargar con un toro sobre sus hombros. Todos salían a verle cuando regresaba a la casa apenas encorvado bajo el peso de un enorme tronco.

II. A las pocas semanas empezó a engordar de manera alarmante. Quizá en los últimos tiempos sufriera continuos ayunos y su extraordinaria naturaleza reponíase en un ambiente propicio. Comer, hartarse, eran términos impropios y débiles en este caso. No comía, devoraba como un auténtico gigante de fábula. Quince tortillas de maíz, diez huevos fritos, un sartén de frijoles, media libra de queso, un trozo de carne salada y un tarro de leche constituían su desayuno. Y, con el añadido de plátanos y yucas, arroz, raspadura, café, etc., eran sus condumios del mediodía y tarde. Esto en su permanencia inicial en la hacienda; ya en el segundo mes sus viandas aumentaron en número y variedad cuando el Goliat se volvió cazador.

En uno de sus festines dijo a mi padre -quien gozara viéndole devorar que lo único que faltaba diariamente a la mesa de su patrón y a la suya, era carne fresca, por lo que deberían resentirse sus organismos; y que esto era más digno de lamentarse por todos los que allí vivían, abundando en aquellas feraces tierras los venados, *quequeos*³, paujiles, conejos, etc.

-A los tigres como yo les hace falta el olor de la sangre afirmó con énfasis. Facilíteme una buena escopeta y no volverán a faltarnos tan excelentes bocados.

Dos días después obtuvo lo que deseaba.

Yo le acompañé en muchas de sus excursiones cinegéticas, siempre coronadas de los éxitos más rotundos. Con mi revólver hacía yo algunas veces blanco en los gordos conejos, en las palomas cenizas o en las veloces gallinas de monte. Pero a mi formidable camarada sólo le gustaban las piezas grandes.

-Las liebres, las aves... sí...son buenas decía con gesto displicente. Lo que a mí me place es la carne de jabalí o de venado. Éstas sí que son gratas al paladar.

³ Cerdos salvajes.

En las noches oscuras iba a apostarse en los abrevaderos más escabrosos que descubrió en las quebradas a fuerza de perseverantes espionajes. Y, con frecuencia, cuando mi padre se levantaba, veía en los amaneceres, tendido en el patio, un magnífico venado con una bala en la frente.

Pero su perfecta satisfacción se exteriorizaba sólo cuando volvía con un cerdo montaraz, que destazaba con minucioso cuidado, escogiendo los pedazos mejores para la familia, como lo hizo siempre con todo lo que cayó bajo sus certeros plomos.

Una sola vez me invitó, cuando aún no apuntaba el alba, a un acecho de venados. Instruyéndome por el camino:

-En el sitio cortaré los ramajes bajo los cuales vamos a escondernos. Echados boca abajo, con el arma lista, no moveremos un dedo. Al parecer, las piezas las dejaremos avanzar hasta el agua, disparando cuando estén bebiendo. Pero no harás fuego sino después de mi detonación sobre alguno de los animales que de un lado para otro salte enloquecido.

Ya ocultos en las ramazones permanecimos como veinte minutos inmóviles. Apretaba contra mi pecho mi rifle nuevo, con el oído alerta. Cuando brilló la primera claridad matinal, sonó estridente un largo y extraño silbido y, tras breves pausas, otro y otro. Con el corazón palpitante, sin respirar apenas, oía salir, bajo las densas ramas que ocultaban al cazador, el prolongado y agudo alarido.

-Es una imitación lúgubre, el llamamiento de la muerte, engañoso, traicionero pensaba.

Pasó otro silencio... Percibió un ligero rumor en la orilla opuesta del manantial, entre las hojascas de la angosta senda, que fue acentuándose poco a poco. Un grupo de esbeltos venados apareció en seguida. Eran cinco: un macho de gran cornamenta y cuatro hembras. Un cervatillo, muy tierno, llegó por último, juntándose a la madre. Tras de una inspección rápida y de algunos movimientos de cabeza, pusiéronse todos a beber. Deseando capturar al crío apunté a la hembra que le lamía la piel. Sonaron los dos tiros con diferencia de unos cuantos segundos. Las víctimas cayeron sobre las piedras. El coloso las condujo a rastras y yo, en los brazos, a la más linda venadita que he visto, resonante el pequeño corazón y temblando toda ella de terror.

La fuerza atlética y el estómago de avestruz del extranjero hiciéronle famoso en diez leguas a la redonda; y de los caseríos y haciendas llegaban gentes a conocerlo. Pero a él disgustábale convertirse en objeto de la curiosidad de los rústicos, guardando silencio ante las preguntas ociosas.

Únicamente en una noche de San Juan, en que desbordaba su salud, y buen humor, junto a la fogata del patio, habló largamente, mientras hacía chisporrotear el tabaco de su vieja pipa.

-Me llamo Julián Verdaguer. Tengo cincuenta años. Nací en una aldea de Cataluña. Muy joven partí como grumete en un antiguo velero que hacía la ruta de Australia. En la pampa argentina fui dueño de una estancia y en Brasil, en Manaos, de un mesón de clientes sin escrúpulos; explotador de salitre en Chile y de caucho en el sur de Colombia. Atravesé las márgenes del Amazonas y conocí el calcinante clima de las Guayanas. Después de treinta años errabundos, prósperos o adversos, pero llenos de grandes y peligrosas aventuras, en las que dejé trozos de piel y litros de sangre y en una el alma entera, estoy aquí, en casa del hombre más generoso que existe, sano y tranquilo en este pródigo rincón de la magnífica tierra olanchana.

Mi fantasía iluminábase con sus exóticos relatos. La personalidad del gigante iba cada hora creciendo ante mis ojos. Inspiró a mis diez años deslumbrados un canto heroico en que le comparaba con uno de los titanes mitológicos, que a puñetazos descuajaba los bosques y abatía las bestias carniceras y que se engullía sin pestañear un venado entero.

-Como las boas del Orinoco terminaba él riendo con su risa resonante y contagiosa.

Verdaguer desapareció un día de la hacienda, sin palabra, y jamás volvimos a tener noticias suyas. En su maleta llevó los cuatrocientos pesos, el reloj, el revólver y otros objetos que mi padre le regalara. Pero, quizá por un olvido, dejó bajo su almohada un pequeño cuaderno en que le vi leer algunas veces. Estaba escrito en catalán y en una letra más indescifrable que el más complicado jeroglífico. Tras detenido examen, encontré, ya en las páginas finales, estas borrosas líneas en español, que pude leer, después de continuos esfuerzos:

"Nadie sabrá jamás quién soy. La bestia feroz que derramó tanta sangre, número sombrío del manicomio y de los presidios de Sydney, seguirá errando por el mundo en busca del olvido. Estas buenas gentes, en cuya casa pasé horas de paz, nunca sospecharán que en el silencio de las noches, el gigante de aspecto sereno y estómago insaciable, lloraba desesperado, viendo surgir en sus insomnios la imagen de la pobre Claudia con el puñal en el cuello y los ojos agonizantes..."

Septiembre de 1938

HERMAN PROWE

¿Herman Prowe? exclamó el Dr. J. H. Arton *, interrumpiendo mi apología. Sí, dice usted bien, es un sabio. Quizá el mayor de cuantos hoy viven en Centro América. No es sólo un gran médico y un insigne cirujano, sino un filósofo, en el sentido esotérico que da Renán a este vocablo, un historiador, un geógrafo, un polígrafo eminente. Conozco trabajos suyos dignos de las medallas de oro de las academias, ensayos profundos sobre toda clase de materias científicas, en nada inferiores a los que leemos con admiración calzando la firma de las más brillantes celebridades europeas. Es, además, hombre aún joven, de grata prestancia, valiente, y, en ocasiones, pródigo de sus riquezas materiales y morales. Pero...

¿Pero? interrogué.

Es loco. Podría probarlo hasta la evidencia con treinta episodios auténticos de su vibrante vida. Le relataré el último, en que él y yo fuimos protagonistas y que dio al traste con nuestra fraternal amistad. Hace hoy precisamente dos años que entró a este salón por esa puerta de la izquierda con cierto aire misterioso, como de revolucionario ruso, que había notado en él en los últimos tiempos. Pensé que iba a desatarse en cáusticos dicterios contra el Nerón guatemalteco Estrada Cabrera que por entonces era el clavo tenaz metido en su cráneo. Pero no. Al cabo de un rato rompió su silencio para decirme:

Necesito, sin pérdida de tiempo, de una intervención quirúrgica, de las más difíciles, para librarme de una muerte segura. Estoy atacado de un mal espantoso (aquí los detalles técnicos de su repentina dolencia). Sólo en ti tengo plena confianza, y te ruego que procedas sin perder un minuto.

Hícele un riguroso examen, y confirmé, punto por punto, su diagnóstico. Le alojé en la mejor habitación de esta casa, sometiéndole a un corto tratamiento, mientras consultaba las obras de eminentes tratadistas antiguos y modernos. Y, asistido por mis ayudantes, practiqué la operación más delicada y perfecta de que pudiera vanagloriarse el más hábil cirujano. Procedí con absoluta conciencia de mi responsabilidad, como si se hubiera tratado de mí mismo o del ser más querido. Tengo la certidumbre de que, de hacerlo ante un grupo de ilustres profesores, habría sido yo objeto de sus más calurosos

parabienes. Quedó completamente curado; y así me lo dijo repetidas veces con sus más vivas expresiones de cariño y gratitud, desde que recobró sus facultades hasta el día en que regresó a su residencia. Huelga decir que no le cobré un céntimo por mi asidua asistencia de cinco semanas en que nada hubo de faltarle. Un mes pasó sin tener noticias tuyas (había partido para la Antigua) cuando una noche apareció ante mí amenazante, vociferando como un demente. Con los brazos en alto y los ojos extraviados gritó, apostrofándome:

¡Hombre vil y perverso! ¡Bandido! ¡Asesino! Practicaste en mí una de las más peligrosas operaciones, no según te lo ordenaban nuestros maestros clásicos, sino de conformidad con el desconocido autor de un texto reciente, al que ninguna atención han prestado los círculos científicos. Quisiste utilizarme como carne anónima para tus experiencias, como si se tratara de un número de hospital, o de un cadáver, guiado por la envidia que me tienes y de que siempre me di cuenta. Jamás te perdonaré tu ruin traición a mi confianza y a mi amistad, y no quiero saber nada más de ti. Sólo por no mancharme con tu sangre miserable no castigo tu infamia pisoteándote como un reptil.

Con el impulso frenético con que le vi entrar desapareció de mi vista y nunca más lo volví a ver.

Septiembre de 1938.

* Notable hombre de ciencia y literato escocés, arquetipo de caballero británico, que vivió y murió en Guatemala, en donde se le recuerda con afectuosa admiración.

LECCIÓN CÍVICA

Cuando el doctor Policarpo Bonilla hallábase engrillado en una oscura celda de la Penitenciaría de Tegucigalpa, promoviósese una plática entre algunos altos palaciegos deseosos de congraciarse aún más con su jefe acerca de la culpabilidad en el delito que se le atribuía y sobre sus méritos y errores políticos y personales.

Pusiéronle de oro y azul en términos procaces; no hubo defecto que no tuviera ni crimen que no fuera capaz de cometer; llegando uno de ellos hasta asegurar que era afeminado y cobarde.

Al oír esto, el Presidente Manuel Bonilla, que se hallaba sentado a poca distancia, examinando unos papeles frente a su escritorio, se levantó con gesto amargo y dirigiéndose al grupo de áulicos, dijo:

No está bien expresarse con tanto encono de un enemigo en desgracia... Yo odio a muerte a Policarpo; pero, conociéndolo mejor que ningún otro declaro que no son ciertos, en su mayor parte, los graves cargos que Uds. lanzan contra él. Sobre todo, el último. ¡Cobarde Policarpo Bonilla! Esto sí que es el colmo. ¡Cobarde, cuando con una sola frase cordial que primero moriría que pronunciar podría obtener en el acto su libertad! No hay ni ha nacido jamás en Honduras un hombre que le supere en valor personal, cívico y colectivo. No, amigos, no hay que abusar de las palabras. Ellas no podrán nunca destruir los hechos notorios e indiscutibles.

Septiembre de 1938.

LA MOSCA DE ORO

Cuando cumplí nueve años me regaló mi tía un valioso alfiler de corbata, una mosca de oro del Guayape muy bonita, fabricada en Europa. Pero a mí nunca me gustaron las moscas, por todo lo malo que de ellas había leído, y, en cambio, me encantaban las águilas, tan ponderadas por los grandes poetas.

Llegó un platero y orífice mexicano a Juticalpa, instalando su taller en un cuarto del primer piso del cabildo.

Yo iba a verle trabajar cuando salía de la escuela. Largas horas pasábame en silencio, mirándole hacer anillos, aretes, collares y pulseras con sorprendente habilidad. A los pocos meses su clientela aumentó de tal modo que se vio obligado a trabajar de noche. Captóse por completo la confianza pública, y hasta de los pueblos vecinos hacíanle encargos, llevándole la plata en abundancia y el oro en trozos y en polvo. Llegó a pie y poco menos que descalzo y luego se le vio los domingos bien vestido pasear por las calles en briosos caballos de su propiedad.

Una tarde me atreví a formularle la pregunta que hacía tiempo sentía temblar en mis labios.

-Dígame, don Rodrigo ¿podría usted transformar una mosca en un águila?

Quedóse perplejo, sin encontrar respuesta.

Entonces saqué de mi bolsillo la cajita con alfiler, explicándole lo que deseaba.

Lo examinó detenidamente, asegurando que el autor de aquella joya era un verdadero maestro.

-Pero con ella le haré, sin que tenga que pagar ni un solo céntimo, un águila mucho más preciosa terminó- guardándola en un angosto estuche de tafilete. Venga por ella el 14 próximo para que pueda lucirla en el ojal de su uniforme en el desfile escolar de las fiestas de la patria.

Tuve que permanecer con mi familia en el campo durante algunos días; pero a las siete de la mañana del 15 de septiembre ya estaba llamando a la puerta del mexicano, ávido de mi alfiler.

-¿Qué haces? me interrogó sarcásticamente un viejo achín español, desde su cajón de baratijas. El desvergonzado ladrón que allí vivía huyó hace una semana con todos los metales que le confiaron y a esta hora debe de hallarse en Nicaragua riéndose de la candidez de los imbéciles.

Y burlándose del salto que di al oír esta última palabra, añadió:

-Yo escuché el ofrecimiento que te hizo. Las moscas vuelan poco, y si te hubieras conformado con la tuya, pronto la encontrarías al perderla. Pero las águilas, sobre todo en estos días en que se conmemora la libertad, se remontan a inmensas alturas y cuando en ellas desaparecen jamás las volvemos a ver.

Octubre de 1938.

TEÓFILO CÁRCAMO

Cuando el general Miguel R. Dávila llegó a Danlí a la cabeza de sus tropas en febrero de 1903, tras un corto tiroteo en las afueras de la población con los soldados de la plaza, éstos se refugiaron con sus jefes en la iglesia, cuyas puertas habían obstruido con gruesos troncos de pino. Cercados, minutos después, hacían nutrido fuego desde las torres sobre sus enemigos, logrando herir a algunos que se aventuraban a sacar el cuerpo al hacer sus disparos.

Más de treinta horas duraba el sitio sin obtenerse ningún resultado, cuando el entonces joven coronel Teófilo Cárcamo, con un valor temerario que asombró a todos, seguido de unos cuantos intrépidos muchachos armados de hachas y machetes, asaltó la puerta mayor del templo, mientras de las esquinas próximas repetíanse rápidamente las descargas sobre las torres. En pocos minutos, y tras las explosiones de las bombas que se arrojaron por las ventanas de la sacristía, la iglesia quedó en nuestro poder.

Jefes y soldados gobiernistas escondieronse detrás de los altares y hasta entre el maderamen del techo; pero descubiertos, fueron tratados sin misericordia y algunos perecieron a machetazos. En el coro perdió la vida uno de aquellos infelices y su sangre formó una ancha franja escarlata desde lo alto de la pared hasta el piso bajo. A duras penas, con la inmediata y activa intervención de Dávila, Cárcamo, Manuel de Adalid y Gamero, y otros, entre los que puedo contarme, se evitó que las turbas furiosas hicieran pedazos al comandante de armas, general Juan P. Urrutia *, y al mayor de plaza, un coronel graciano de apellido Milla, quien recibió tremendos golpes y un balazo en la ingle que no le fue fatal por haberse encontrado con una moneda que dicho militar llevaba en el panatolón.

Cárcamo se mostró en aquella hora tan valiente como generoso. Cuando centenares de hombres, aullando de ira precipitábanse, machete o revólver en mano, sobre los prisioneros, él, como un león entre canes famélicos, los defendió con singular bravura. Cogía a los más feroces de los agresores por las piernas, y levantándolos sobre su cabeza, y después de zarandearlos en el aire, barría con ellos los grupos enloquecidos.

Yo le auguré en aquella ocasión un brillante porvenir en las milicias patrias, si procuraba instruirse y disciplinar la impetuosidad de su naturaleza montaraz. Había en

él, hombre en lo físico de estructura titánica, un extraordinario exceso de potencia muscular y una absoluta ignorancia e incomprensión de los más elementales conocimientos, hasta el extremo de que no podía trazar ni su firma.

Desgraciadamente no procuró nunca instruirse, ni desvistar la aspereza de su carácter; y desviado de su ruta por los alcoholes, de aquel valeroso guerrero sólo quedan las remembranzas de su gallarda juventud.

Octubre de 1938.

* Uno de los jefes militares mejor preparados y de noble espíritu con que contó Honduras.

EL CANTOR ASESINADO

Aquel mirlo, cantando en el jardín junto a mis ventanas en los amaneceres, fue una de las cosas gratas de mi vida en Roma.

Al levantarme, veíale en la copa de un alto eucalipto desde mi cuarto piso; e inflando el buche me saludaba con una explosión de trinos cristalinos.

Quizá estuvo algún tiempo prisionero, pues con trozos de melón y de banano logré atraerlo hasta cerca de mi escritorio. Y una tarde penetró en mi estancia, dando pequeños brincos sobre los muebles y metiéndose por todos los huecos, después de mirarse en el espejo de un armario, seguro de que nada peligroso le pasaría. Para no asustarle, quedábame inmóvil, contemplando su negro plumaje, su pico amarillo, sus ojos relucientes. En un mediodía irrumpió con mayor confianza, comiendo con avidez los pedazos de pera y albaricoque colocados de antemano en una bandeja. Gustábale el agua con azúcar que bebía a sorbitos, moviendo la cola.

Luego sus visitas fueron haciéndose más continuas, llegando hasta posarse en mi hombro y a picotearme suavemente las orejas.

Nunca intenté cogerlo. Y, en ocasiones, después de servirle sus frutas, poníame a leer o a escribir, olvidándome de su presencia. Era un compañero fraterno en el radiante imperio de la música y del canto, y en su ausencia sentía como si algo esencial faltara en mi derredor.

¿Cómo pudo confiarse en sus inquietos impulsos hasta no oír los maullidos famélicos de su traidor enemigo? ¿Qué fatal imprudencia le condujo hasta los bojes de amapolas que empurpuraban las sombras de los pinos? Él, que se movía siempre en las alturas, dio unos cuantos pasos al ras de la tierra, y mientras yo le veía ir y venir entre las flores, un gatazo amarillo cayó sobre él súbitamente, destrozándole en un instante...

Fue aquello tan rápido que me dejó de pronto estupefacto; y sólo cuando el voraz felino se encaramó en un muro para devorar tranquilamente a su víctima, un frenético ímpetu de ciega cólera se apoderó de mí... De haber tenido a mano un revólver sin vacilar le hubiera disparado todos sus tiros; pero, a falta de aquel arma cogí, al acaso un redondo pisapapel de acero, lanzándolo con todas mis fuerzas sobre el odioso animal.

¿Qué poder justiciero guió mi brazo? Confieso que una intensa alegría hizo vibrar mi ser, viéndole rodar exánime, con las fauces sangrientas y la cabeza partida.

Octubre de 1938.

UN JUICIO INEXACTO

El general Carlos F. Alvarado, en su *Bosquejo histórico de la revolución de 1892*, se expresa en los términos siguientes, hablando del general Manuel Bonilla:

El general Manuel Bonilla es ignorante y de muy limitados alcances. Incapaz de coordinar una frase, necesita que todo, absolutamente todo, se lo escriban; él se limita a firmar inconscientemente aquello que le dicen que debe firmar. Este hecho ha originado no pocas burlas (en 1894) de parte de sus colegas en el Gabinete y del público en general, acostumbrado a contemplar en las altas esferas del poder a hombres competentes por su inteligencia e instrucción.

En oposición a estos dictérios transcribimos los juicios de Marco Aurelio Soto y Ramón Rosa, relativos a aquel caudillo:

... íntegro y hábil administrador, valiente y experto militar, buen patriota, abnegado caballero, leal y consecuente amigo dijo Soto.

Y Rosa: *-Puede ser la espada en la guerra, el juicio recto y despejado en la política y en la Administración y el corazón honrado para la patria hondureña.*

La pasión política, que todo lo transmuta, vibra en las frases de Alvarado, exentas de justicia y de verdad.

Nosotros conocimos, pudiéramos decir que íntimamente, desde nuestra infancia, al general Bonilla, y estamos capacitados para asegurar que era de clarísimo entendimiento y con la instrucción necesaria para no hacer jamás un papel desairado, aun discurriendo entre los grupos selectos de nuestros pro-hombres. Algunos escritos y dictámenes suyos de carácter privado, sus cartas para familiares y amigos, revelan su inteligencia y los conocimientos adquiridos en tantos años de intensa actuación en los negocios públicos. Externaba sus ideas con fácil palabra y son notorios, hasta por sus acérrimos adversarios, su singular aptitud para medir y apreciar a los hombres, su anhelo de difusión intelectual entre las masas y su criterio ecuánime y experto para resolver los más difíciles problemas nacionales.

Cuando en 1894 escribió don Carlos en Juticalpa el párrafo inserto, su animadversión por el general Bonilla había llegado a su límite extremo. Reprochábale con amargura su brillante intervención en los acontecimientos que culminaron con el triunfo del liberalismo, después de todo cuanto hizo por salvarle la vida en Comayagua. No pudo entonces Alvarado imaginarse que, a la vuelta de unos pocos años, su acerba hostilidad por aquel valiente militar iba a trocarse en profunda afección fraternal y que el mismo que tan mal lo había juzgado coadyuvaría, encabezando el Ejército de Occidente, a colocarlo en la Presidencia de la República.

Si la muerte no le tomara súbitamente de la oreja, -según la frase de un escritor inglés sobre Enrique VIII-, es indiscutible que el general Carlos F. Alvarado habría sido el primer ministro y la personalidad de mayor influencia en la situación política que se inició en abril de 1903.

Y también es seguro que habría destruido la página de su *Bosquejo* en que, con tanta acritud y parcialidad trató a su futuro jefe y amigo, quien bajó al sepulcro ignorando la existencia de ese documento histórico. Como en él abundan, entre el fondo esencial y los interesantes episodios todo un estilo de correcta sencillez- algunas apreciaciones apasionadas e inexactas sobre personajes y sucesos, pensamos que su espíritu, en plena claridad de ultratumba, *sufrió*, al aparecer por primera vez su relato en letras de molde, removiendo las violentas pasiones de nuestros partidos beligerantes.

Octubre de 1938.

UN SABIO CICERONE

I. La noche en que llegué a la Antigua (noviembre de 1908), al sentarme a la mesa en el amplio corredor del Hotel Manchén de mi amigo Rojas, vi a tres metros de distancia, mirándome, con el puño apoyado en el mentón, a un señor delgado, trigueño y de aspecto enfermizo.

Cuando alabé, hablando con el mozo que me servía, un bisteck que me pareció excelente, el hombre volvióse hacia mí, diciendo con cierta sorna:

Dentro de una semana no repetirá el elogio.

¿Por qué?

Usted mismo, al cabo de ese tiempo, o antes, se dará la respuesta.

Y, efectivamente, cuatro días después llegué a protestar de aquel bisteck, sin duda alguna exquisito, pero servido siempre en el desayuno, en el almuerzo y en la cena.

II. Aunque mi interlocutor parecióme, por su semblante adusto y la parquedad de sus palabras, hombre de pocos amigos, luego entramos en relaciones, y me invitó para que paseáramos por los alrededores de la ciudad, ofreciéndome con sonrisa entre irónica y displicente servirme de guía...

De su boca oí la historia de las grandes ruinas y las anécdotas y leyendas que con menos colorido conociera en libros y revistas. Producíase en términos claros de precisión matemática, sin literatura y sin énfasis; más bien con una simplicidad de expresión que daba singular encanto a sus frases.

Había viajado y leído mucho y de aquí, en gran parte, el atractivo de sus juicios y observaciones.

Quince días duró nuestra amistad, cada vez más cordial. Y cosa rara: ni a él ni a mí se nos ocurrió conocer hasta entonces nuestros nombres. Departíamos con mutua comprensión de nuestra mentalidad y aun de nuestra espiritualidad, y esto era suficiente.

Sólo después de su partida supe que mi sabio compañero de excursiones arqueológicas era el ilustre cirujano Julián Rosal.

Octubre de 1938.

DURAZNOS

De los duraznos de esas frutas de oro tan bellas y de un perfume tan delicado- conservo dos sonrientes recuerdos de mis primeros años.

I. Siendo todavía un niño acompañé a mi padre en un viaje a La Paz, en donde fuimos huéspedes de nuestro amigo, doctor Manuel Colindres.

Ya en la sala, en la primera hora de la llegada, púseme a leer los títulos de gran número de libros con ricas pastas, brillantes en un escaparate de caoba, cuando sentí un olor desconocido. No había allí ninguna flor, pues Chabelita, la linda niña de la casa, más o menos de mi edad, iba en ese instante por el patio como una blanca sombra.

¿Qué producía aquel aroma tierno, aquella sutil fragancia? Indagando, levanté la cabeza, y vi sobre un pequeño plato azulado, en lo alto del estante, una fruta redonda y amarilla con ligeras estrías de rosa.

Absorto hallábame mirándola cuando sentí el brazo de don Manuel sobre mi hombro.

-¿Le gustan los duraznos, amiguito?

-Nunca los he comido. En Olancho no se conocen.

Lo tomó, poniéndolo en mi mano.

-Ya verá cuánto van a gustarle.

II. Cuando yo tenía quince años estuve durante algunas semanas encargado de contestar la correspondencia personal del Ministro de Guerra, doctor Rosendo Agüero. Tenía mi pupitre cerca de su escritorio, en el pasillo del Palacio Viejo, cuyas ventanas dan a la isla y Comayagüela.

Una mañana, mientras yo hacía elegantes trazos con la hermosa letra que debo al inolvidable maestro Flores, llegó don Rosendo pelando con su cortaplumas un magnífico durazno. Mi olfato, de una extrema sutilidad, atrapó al instante el débil olor, e inconscientemente íbanse mis ojos hacia la preciosa fruta.

Al apercibirme de la comprensiva y cordial sonrisa de mi jefe y amigo, apenado bajé la cabeza y proseguí en mis tareas caligráficas. Pero él con aquel instinto generoso siempre vigilante hasta en el menor de sus actos- me ofreció el durazno ya sin su corteza. Y como me negara a cogerlo...

-Tómelo me dijo. Yo tengo otro en el bolsillo. Vienen de La Esperanza y su sabor es delicioso.

Noviembre de 1938.

LOS UNDA

Entre las compañías teatrales que actuaron en Tegucigalpa en mis años mozos no olvido nunca los de los Unda, familia mexicana que representaba operetas y zarzuelas clásicas con relativo buen éxito. Claro está que con la deficiencia de su personal y la escasez de elementos de todo género, no habría resistido al análisis de la crítica, aunque ésta hubiera calzado guantes de seda. Pero ¿qué extraordinaria novedad pudo exigirse a un grupo regocijado de amables muchachos que, dirigidos por sus padres, llegaban a nuestra capital por polvorientos caminos, expuestos a las graves contingencias de nuestras sanguinarias revueltas, para dar sus representaciones en patios abiertos, propios para saltimbanquis o en algún viejo mercado convertido en coliseo, oliendo aún a mantecas rancias y a verduras descompuestas?

Tres veces irrumpieron en la ciudad cuando menos se les esperaba y otras tantas entusiasmaron al vecindario con su presencia. Los elevados cargos en que yo me movía me permitieron ayudarlos eficazmente y en las columnas de mis diarios y revistas exalté su labor en términos rayanos en la hipérbole. Lo hacía con espontánea voluntad y claro optimismo. Lupe, en *El reyecito que rabió*, me encantaba con su mórbido cuerpo adolescente ceñido por el pintoresco traje de raso blanco lleno de encajes, con su peluca plateada, las regordetas pantorrillas en las medias finas, el calzón corto y los zapatos breves de altos tacones. Era así, deliciosa, con su picaresca sonrisa que hoyuelaba sus mejillas y sus magníficos ojos de seductora expresión, con su bastoncito de mando moviéndose en su diestra cubierta de sortijas. Su aire, su voz, su andar, atraían los corazones. Moza gentil y simpática, irradiando en todo el esplendor de su gracia primaveral. Emanaba de su persona su calor de amor y de vigorosa juventud que producía en sus amigos esa dulce y ligera embriaguez con que una copa de rubio champaña tiñe de rosa y azul nuestros íntimos pensamientos. Su imagen es de éstas, tan raras e inmunes a la acción del olvido y que con el tiempo se aclaran e intensifican en las lejanías del recuerdo.

Noviembre de 1938.

MINUTO DE ESPERANZA

La pena de muerte se restableció en Honduras a finales del primer gobierno del general Manuel Bonilla, debido a los continuos crímenes atroces que se cometían en toda la República. Decretada esta terrible sanción, el presidente declaró que la haría efectiva aun cuando fuera contra un miembro de su propia familia.

Indalecio Cruz-oriundo del pueblo de San Francisco de Becerra, en Olancho-fue el único que sufrió aquel castigo. En estado de embriaguez -cosa en él anormal- acometió una noche a varias personas de una casa vecina a la suya con quienes tenía enemistad, matando a un hombre e hiriendo gravemente a una mujer. Condenado a la última pena, fueron inútiles los esfuerzos que se hicieron para salvarlo.

Gran número de damas distinguidas entre las que iba una virtuosa señorita a quien amaba el mandatario, se presentó en palacio para suplicarle, con patéticas frases, que conmutara la atroz sentencia; pero él se negó a recibirlas para ahorrarles la aspereza de una negativa.

En el instante en que Indalecio marchaba al suplicio, con admirable valor, fumándose el último puro, al pasar la fúnebre comitiva por el puente Mallol, su madre, sollozando con horrible desesperación, acudió por quinta vez, ávida de hablar con el gobernante. Pero la guardia le impidió el paso y algunas gentes piadosas se la llevaron, procurando en vano consolarla. Yo vi a aquella infeliz gemir y gritar como una loca, con los ojos extraviados por el más cruel de los tormentos. La veo todavía con las manos implorantes, caída en tierra de hinojos, pronunciando palabras humildes y cubierta de lágrimas.

Acaeció un incidente lamentable. Por teléfono llamaron a la secretaría presidencial, pidiendo que no se fusilara al reo dentro del cementerio, lo que constituiría un sacrilegio. Con el antejo se vio entonces que el pelotón iba ya cerca del fúnebre recinto.

-Vea, Froylán-me dijo el general Bonilla. Ordene a uno de los oficiales que están en el pasillo que, a la mayor velocidad, alcance al jefe que va a mandar la ejecución para advertirle que ésta debe llevarse a término junto a las paredes exteriores del camposanto.

Partió el hombre a todo correr, llegando en el instante en que el grupo armado penetraba en la necrópolis. A sus voces todos los concurrentes volvieron hacia él la cabeza, inclusive el reo. Y, como él, todos debieron de pensar que se trataba de un indulto. ¡Era, el desventurado, todavía joven, y la vida es tan grata!

Hoy, a través de tantos años, siento, como una punzada interior, la angustia que entonces embargó mi ánimo, imaginándome aquel intenso minuto de esperanza, en la clarísima tarde, ante la negra puerta de la tumba.

Noviembre de 1938.

RAFAEL NÚÑEZ

I. En una de nuestras fraticidas revueltas pasó una tropa vencedora por la aldea de La Concepción, cerca de Juticalpa, después de cometer toda clase de abusos y violencias, entre las que figuró el robo escandaloso del estanco de aguardiente que tenía a su cargo el joven Rafael Núñez. Bebieron oficiales y soldados hasta embriagarse, destrozando a tiros los garrafones llenos y llevándose el producto de la venta de aquel mes y todos los ahorros de Núñez y de su familia que extrajeron de un viejo cofre entre brutales amenazas

Rafael era un modelo de honradez, servicial y trabajador, excelente con su madre y hermana. Y él y cuantos le conocían pensaron que no iba a deducírsele responsabilidad alguna por aquellas pérdidas ocasionadas por fuerza mayor. Pero como hasta los santos tienen enemigos, un individuo de apellido Lobo según creo recordar con la ayuda de otros léperos, y falseando por completo la verdad, lograron que afrentosamente le metieran en la cárcel, de la que salió, mucho tiempo después, loco de remate.

Su demencia era plácida e inofensiva, salvo en las crisis provocadas por la obscura emoción del origen de su desgracia o por algún súbito suceso que afectaba singularmente su roto organismo. Había jurado castigar al causante de su desventura, y como era mozo fuerte y valiente, aquél huía de su presencia con la agilidad de las liebres. Lo que no fue óbice para que una tarde, al llegar Lobo a nuestra hacienda de Las Blancas en su oficio de comprar novillos, al bajarse de su mula se halló frente a Rafael con un grueso chicote en la diestra.

¡Al fin te encuentro, malvado! gritó con ronca voz, que nadie allí le oyera antes. ¡Al fin vas a recibir el castigo de tu delito! ¡Híncate, dobla inmediatamente las rodillas si no quieres que te mate a puñaladas así como asesinaste mi honor!

Temblando arrodillóse el otro sobre las piedras; y su víctima y victimario, con airado gesto le ejecutó veinte furiosos chicotazos. Y allí mismo hubiera acabado con él sin la intervención de mi familia y de la servidumbre.

Ahora márchate en el acto y nunca olvides que siempre que te encuentre he de aplicarte otra cantidad igual de azotes.

II. Gustábale decir que era un hombre famoso, conocido en todo el mundo; que procedía de una noble stirpe en un país lejano, y que la prueba mejor de ello estaba en su traje, siempre limpio y correcto (efectivamente era así entre los de su clase).

Llevó bajo el brazo, durante algún tiempo, un libro colombiano que obtuvo no sé dónde.

Vean ustedes exclamaba, abriéndolo aquí figuro yo, Rafael Núñez. He sido Presidente de la República, y poeta y otras cosas. Vean, vean...

Y señalaba, con una sonrisa vanidosa, su nombre, en claras letras, complaciéndose en repetirlo una y diez veces con acento enfático.

III. A pesar de su locura él trabajaba en su carpintería y, a su modo, en otros menesteres, colocando pequeñas cantidades de dinero a un módico interés, sin que nunca se equivocara en nombres propios, fechas y números. Era diestro en sumas y divisiones y, en un cuadernito que mostraba con orgullo a sus amigos, tenía inscritos a sus deudores con minuciosos detalles.

Soy es-pe-cu-la-do-ri-sí-si-mo exclamaba, con circumspecta satisfacción, marcando lentamente las sílabas, cada vez que recibía los réditos de algunos dos o tres pesos prestados.

Cuando alguien le preguntaba, viéndole inmóvil durante horas enteras en el mayor silencio:

¿En qué piensas, Rafael?

¡Oh, oh! ¡En tantas cosas extrañas! Siento aquí (tocándose el cráneo) una armonía... Una gran armonía...

A mi casa de Juticalpa llegaba con mucha frecuencia. En una ocasión se quejó de un violento dolor de estómago, asegurando que nadie le obligaría en ningún caso a tomar una medicina.

Para curarle, mi hermana preparó una onza de sal de glauco y junto con ella trajo cuatro vasos de agua que entregó a los presentes.

Rafael le dijo todos van a tomar aquí un purgante porque sufren de tu misma dolencia. Aquí está el tuyo.

No, no lo tomo.

¡Sí lo tomas! Mira cómo los demás son obedientes y animosos y no dejan una gota. Sólo tú estás haciendo el papel de cobarde.

¡Cobarde yo! ¡Jamás! Soy un hombre famoso y valiente.

Y cogiendo su vaso lo apuró en un solo gesto.

Pero jamás lo volvimos a ver.

IV. En un viaje que hizo a Tegucigalpa, al doblar un recodo en la cuesta de El Salto, se encontró con el ganadero guatemalteco don Quintín Jirón, -quien como muchos deben de recordar, era cetrino y feo, jinete en poderosa mula pinolera, calzando anchas botas y con un gran sombrero mexicano puntiagudo y aparatoso.

¡El diablo! ¡El diablo! vociferó Rafael, atacado por una de sus crisis. ¡Mátenlo! ¡Mátenlo!

Y con un trozo de sogá que llevaba arrollado a la cintura le dio cinco violentos cuerazos, que hubieran sido los veinte con que castigara a Lobo si a los gritos de Jirón no acuden en su auxilio varios arrieros que por allí pasaban.

Llegó a Guaimaca a la mañana siguiente. Y viendo abierta la iglesia penetró en ella arrodillándose para rezar sus oraciones. En el templo sólo se veían una anciana y un niño junto al confesionario y pudo él pasearse por el recinto, apagando y encendiendo las luces y tocando y oliendo los cirios, estampas y flores de papel. Como sentía sed se puso a beber en la pila del agua bendita; y luego, dirigiéndose hacia el altar, subió hasta donde se hallaba la Virgen, y quitándole la alta corona de oro, se la puso, atravesando así poco después la plaza del pueblo con paso lento y solemne. Ya iba por en medio de una calle, buscando el camino de Tegucigalpa, cuando el sacristán y algunos vecinos le dieron alcance.

Costa Rica, septiembre de 1941.

GENERAL LUIS SALAMANCA

I. Desde nuestra guerra civil de 1903 este nombre fue en Honduras sinónimo de tormento y de muerte.

Correspondía a un colombiano alto, magro, negro, medio cojo, arrojado a nuestras playas como una epidemia.

Figuró primero en Olanchito, al servicio del Dr. Arias, dejando las huellas de su paso señaladas con sangre. Entre sus víctimas recordaré a un pobre joven, capturado en Campamento por suponerse desertor, a quien le destrozó la cabeza a balazos.

En la época del Presidente Miguel R. Dávila, como Director General de Policía fue el esbirro que ejecutó las órdenes drásticas contra la sociedad juvenil *La Regeneración*, arrojando su imprenta en los sótanos del cuartel de San Francisco y remitiendo engrillados a San Lorenzo, camino del destierro, a sus más importantes miembros. Al año siguiente asaltó, con las debidas instrucciones presidenciales, mi imprenta en la que yo publicaba el diario *El Heraldo*, pesadilla de Dávila. Hizo que sus agentes esparcieran los tipos de las cajas por el suelo, vaciando en el patio los barriles de tinta y conduciendo a la Tipografía Nacional todos los bultos de papel.

Conservo una lista de los atropellos que cometió de octubre de 1907 a marzo de 1909; pero es tan extensa que ocuparía gran número de páginas.

II. Mi amigo David Williams sentía por él un odio a muerte. Y de aquí, en mucha parte, su tenaz insistencia, en el Ocotal, Nicaragua, en febrero de 1911, para que se le dieran los cien rifles nuevos y los diez mil cartuchos con que contábamos (y de los que hablé en otro lugar) para atacarlo en su cuartel de San Marcos de Colón.

Salamanca tiene ochocientos hombres escogidos y bien armadosle objetábamos todos a una sola voz. ¿Qué podrás tú sólo con cien y con escaso parque, estando aquel pueblo cercado de trincheras y de toda clase de defensas?

Tengo la seguridad de que lo derrotaré contestaba enérgicamente Williams, dejándose llevar de su temerario valor y ansioso de su resonante triunfo que le colocara a la cabeza de los jóvenes jefes.

Monterroso ordenó que se le entregaran las armas, permitiéndole que escogiera, entre mil hombres audaces, los números de su tropa.

Vi a David prohibir al Dr. Carlos Williams que le siguiera.

¡No permito que vayas conmigo!le gritaba. ¡Como hermano mayor te ordeno que te quedes!

Pero Carlos, en silencio, continuaba ensillando su mula.

Sus otros hermanos, Emilio, Abraham, y Vicente, y yo, procuramos, sin conseguirlo, hacerle desistir de su propósito.

Era su destino que lo empujaba hacia la tumba. En lo más fuerte del combate cayó, unos días después, para no levantarse más, con una bala en la frente.

Como era lógico, David fue totalmente derrotado y herido en aquel sangrientísimo encuentro. Su valor rayó en la heroicidad, su anhelo de vencer fue sobrehumano, pero prácticamente negativo.

No basta la audacia decía entretanto Salamanca, con burlona sonrisa de satisfacción y haciendo crujir sus dientes, según su costumbre. Son precisos ciertos conocimientos científicos y práctica en estos manejos mortuorios. En la locura de estas funciones bélicas entrevemos un más allá que no deseo conocer, y en ella soy más cuerdo y diestro de lo que se imaginan, a pesar de mi ardor marcial. Si me hubiera dejado derrotar por esos cien muchachos, en las brillantes condiciones en que estoy, no me quedaba más salida que meterme un tiro en el trasero.

III. Siete semanas después nos atacó a traición en El Hatillo cuando estaba ya acordado un armisticio, previo a las pláticas de paz que se iniciaron en la Costa Norte. Allí volvió David a enfrentársele. Con veinticinco valientes, apostados en un paso estrecho en una altura, detuvo a los centenares de hombres de Salamanca, mientras nuestras tropas, en la semi-obscuridad del amanecer, desfilaban hacia Santa Lucía. Diez de los nuestros entre ellos el joven artillero ecuatoriano a quien me referí en mis *Memorias* quedaron en tierra, gravemente heridos. De orden de Salamanca fueron rematados a machetazos. Excepcionó al extranjero... Quizá, pensará el lector, recordando que él también era un

intruso en nuestras luchas armadas... Por el contrario, le pareció poco el machete y dispuso... que le quemaran vivo. Así ardió el infeliz entre dos flamígeros troncos de ocote.

IV. ¿Cómo pudo aquel aventurero de tan sombría historia congraciarse con un hombre tan ecuánime y honorable como el Presidente Bertrand? El doctor Francisco Mejía, Ministro de Guerra, llegó a mi oficina una mañana.

He recibido instrucciones me dijo para nombrar al general Salamanca, el asesino más cruel, la bestia más sanguinaria en nuestros últimos lustros de guerra civil, Comandante de Armas de Comayagua. Hoy te las darán a ti para que le nombres Gobernador Político. ¡Qué barbaridad!

Y salió en el instante en que Salamanca entraba por otra puerta.

Señor Ministro: vengo a pedir sus órdenes para Comayagua, en donde, como usted sabe, desempeñaré la Comandancia de Armas y la Gobernación Política. Vea en qué puedo servirle por allá.

Todavía no ha sido nombrado Gobernador.

Pero hoy me nombrará usted, según me aseguró ayer el señor Presidente.

¿Y si yo me negara, general?

No veo por qué, señor. Ha llegado para mí el tiempo de las nobles rectificaciones y mi intachable conducta en el departamento de Comayagua le convencerá de ello.

Voy a hacer su nombramiento, pero con un reparo. Si usted se porta mal en sus nuevos cargos haré cuanto pueda para que se le destituya.

Convenido exclamó, haciendo crugir los dientes.

V. Cuando empecé a recibir cartas, denunciándome los hechos delictivos de aquel bárbaro, las mostré al Presidente, quien le hizo venir a la capital. Creí que sería destituido, pero no fue así. Partió de nuevo a su destino tras de una ligera reprensión.

Semanas después continuaron las denuncias. Segunda llamada a Tegucigalpa. Explicaciones, negativas, protestas, etc. Y otra vez regresó a Comayagua, más insolente, más cínico por sus fáciles triunfos.

A las cartas anónimas o con firmas equívocas sucediéronse pronto las acusaciones enérgicas y apremiantes de personas conocidas, que con raro valor se exponían a las violencias del procónsul, citando actos suyos dignos de la horca, nombres de víctimas, fechas, lugares. Violaciones continuas de las leyes, uso de los soldados del cuartel y de las escoltas de los inspectores para raptarse de los hogares campesinos a las muchachas menores de edad, aplicación de tormentos en las cárceles, atropellos a los ciudadanos, robos en las planillas de sueldos y gastos, escandalosas bacanales, etc.

Llegó de Comayagua un inspector a recoger del Ministro de Gobernación la orden para que le entregaran un número de vestidos para su escolta.

Dígame le dije. ¿Son ciertos estos delitos de Salamanca?

Y le hablé del contenido de aquella correspondencia, sin nombrar a los firmantes.

El hombre, mirándome asustado, guardó silencio.

¡Contésteme la verdad!

Yo nada puedo decirle. ¡Desgraciado de mí si ese jefe sospechara siquiera que yo lo había mal informado! ¡Me colgaría de los testículos!

No tenga miedo, no sea gallina exclamé. Diga la verdad y yo le prometo que ningún mal le vendrá por ello. Hoy mismo le pasaré, con el mismo empleo, a otro departamento que usted elija.

En ese caso sí hablaré para descargar mi conciencia. Todo lo que en esos papeles se dice, y algunas cosas que se callan, son absolutamente ciertas. Los otros inspectores le dirían lo mismo: que bajo el dominio despótico de ese malvado hemos extraído a la fuerza de sus casas a jovencitas aldeanas inocentes, que retiene meses enteros en sitios seguros para satisfacer sus vicios, mandando flagelar a los padres y hermanos que las reclaman. Si yo le contara hasta donde llega esa fiera en sus lujurias no me daría crédito. Sólo viéndolo se puede creer todo lo que hace en sus terribles borracheras. Comayagua

bajo su mando es un desastre: el látigo, el palo, los robos, las orgías constituyen la vida de Salamanca.

Conduje a aquel hombre a presencia del Presidente Bertrand. Repitió cuanto me dijo con nuevos detalles: mostré las cartas de veraces personas...

El doctor abría y cerraba rápidamente el ojo izquierdo.

¡Qué negro tan malo! murmuró.

VI. *El negro tan malo* fue llamado por la tercera vez. Mejía y yo nos comprometimos a no permitir que aquel tigre insaciable continuara deshonrando el Gobierno y escarneciendo a la sociedad de Comayagua. Resolvimos decir al Presidente que, apresurándonos a cumplir sus deseos, ya habíamos dictado los acuerdos admitiendo a Salamanca su renuncia de los cargos que desempeñaba.

Al comunicárselo se contentó con mover la cabeza en señal afirmativa.

Para evitar sus maldades voy a tenerle cerca, nombrándole segundo jefe de la Guardia de Honor.

VII. En la tarde siguiente llegó el terrible negro al Ministerio, cojeando y moviendo, de un modo agresivo, las mandíbulas. Así que se hubo sentado exclamó con voz sorda:

El señor Ministro Mejía me destituyó de la Comandancia de Armas de Comayagua, atendiendo a los chismes de mis enemigos. Vengo a darle a usted las gracias por que no creyó nunca en tales calumnias.

Está en un error le contesté. No es al doctor Mejía sino a mí a quien debe su doble destitución. Recuerde nuestro convenio. Usted faltó a su promesa y yo he cumplido mi palabra.

Iba él a replicar, pero le contuve.

Ni una sílaba más. ¿Para qué llegar a una escena de violencia en que usted llevaría la peor parte? He dicho y nada tengo que añadir. Sólo que, si yo fuera el Presidente, estaría usted en el sitio que le corresponde.

Levantóse airado, rechinando con mayor fuerza los dientes; y, al despedirse con un saludo de cabeza, viéndome en actitud de rehuir su mano, me lanzó una mirada siniestra llena de amenazas.

Pero no encontró la oportunidad de vengarse de mí.

VIII. Murió súbitamente de un extraño mal, y su cadáver fue colocado en una fosa, en la pared del cementerio de Tegucigalpa, pocas horas después...

Alguien aseguró por la prensa que se habían oído vagas quejumbres en aquel lugar y la noticia propagóse al punto por la ciudad.

Abierta la sepultura, encontróse el cuerpo de Salamanca casi boca abajo, con las uñas de la mano derecha desgarradas sobre la madera del ataúd.

Y así se comprobó que fue enterrado vivo.

Costa Rica, septiembre de 1941.

UN GALLO CORRIDO

El general X tenía fama de valiente entre los valientes. Y lo era, sin duda alguna, hasta la temeridad, como lo probara en lances personales y colectivos.

Pero no hay valor parejo, con excepción de uno en cada mil de ases extraordinarios (Manuel y Policarpo Bonilla, Vásquez, Sierra, en Honduras, por ejemplo); y es exacto que, según las circunstancias, cada gallo célebre encuentra otro que se le impone.

Jugando a los dados una noche en *El Delmónico*, de Antonio Lardizábal, en Tegucigalpa, Maximiliano Ferrari, Ricardo Lardizábal, X y otros, éste último llegó a perder más de mil pesos. Obstinóse en dominar a la suerte doblando las apuestas. Pero inútilmente. Cuando el repique de la misa del amanecer sonó en la catedral perdió su último albur con un indecente par de cuatros, que parecía burlarse de él, inmóvil sobre el paño verde; y furioso y con la boca amarga se levantó con los fatales cubos de hueso apretados en el puño.

Me voy y nadie jugara másdijo con voz en que temblaban la cólera y el despecho, echándose los dados en el bolsillo.

En vano le rogaron los otros tahúres que los devolviera, ávidos de continuar la partida y sabiendo que allí no había otros para reponerlos. Con una risa sarcástica, él juró y dio su palabra de que no existía poder humano que pudiera obligarle a entregarlos. Obstinóse con tal firmeza en su absurdo capricho que todos callaron.

José María Godoy, administrador de *El Delmónico*, hombre de manso aspecto, lento de ademanes y manera de hablar, de quien nadie se imaginaba un impulso drástico, dormitaba, con la cabeza entre los brazos en una mesa próxima; y a las voces de los jugadores se despertó, enterándose de lo que pasaba en el instante en que X se dirigía hacia la puerta de la calle, despidiéndose con una bufonada de cuartel y con un golpe de su diestra sobre su 44 fajado en la cintura.

Pero se encontró con el adormilado José María obstruyéndole el paso, revólver en mano.

Vea, general murmuró lentamente, sin que su voz se alterase, pero vibrando en ella la más firme resolución de aquí no saldrá usted sino después de devolver los dados que no le pertenecen. Yo no permito abusos ni de usted ni de nadie en mi establecimiento.

Quedóse X como si hubiera caído un rayo a sus pies, y como clavado en el piso por el asombro de aquella amenaza.

Sacando un revólver gritó violentamente:

¡Apártese, carajo, si no quiere morir!

Déjese de fanfarronadas replicó Godoy con la mayor calma. De aquí no sale usted sino después de devolver los dados que no le pertenecen.

Y levantó su arma a la altura del pecho de su contrario.

Éste, tras un breve silencio, y entre la estupefacción de los presentes, con mano temblorosa arrojó los dados sobre la mesa.

CASOS EXTRAORDINARIOS

Felipe Juarrós, buen hombre de la alquería del Ramazón, que no mintió nunca, tuvo la pretensión de conocer por sus pasos a las gentes, hombres o mujeres, jóvenes o viejos, ya resonaran apenas sobre las alfombras, sobre la madera o sobre la piedra o cemento de la calle.

Su mujer y sus hijos, toda su parentela, sus vecinos y gran número de personas de la próxima ciudad asombrábanse ante las experiencias de Felipe.

-No me equivoco nunca, ni con los vivos ni con los muertos -exclamaba con énfasis.

Oyendo esta última palabra su mujer sonreía incrédula. Y esta sonrisa amargaba la vida del Zahorí.

Vendábanle con triples fajas de gruesa lana, colocándole en una dirección caprichosa, en una avenida repleta de transeúntes.

-¿Quién viene cerca, Felipe?

-Un hombre de treinta a cuarenta años.

-¿Y ahora?

-Un niño.

No incurría en error. Jamás se equivocó.

Adivinaba si los que producían los pasos eran doncellas o casadas, niñas o niños, hombres en plena juventud, o en el otoño o en el invierno de la vida.

¿Cómo sucedía esto? Él mismo lo ignoraba.

Su oído sutilísimo, al compás del ritmo de su corazón y de sus arterias, vibraba de un modo singular al más leve ruido de un ser humano, sintiendo, como a la luz de un relámpago, reflejadas en sus cerebro las imágenes que intentaba evocar.

Su don excepcional le hizo célebre en cincuenta leguas a la redonda; y aun de remotas ciudades y de extraños países llegaban grupos de curiosos a admirar y ratificar el prodigio.

A pesar de que el tiempo intensificaba su sobrenatural aptitud, no consintió jamás exhibirse en los teatros, ni en recibir dinero por sus experimentos. Se prestaba, sí, al análisis y observaciones de los hombres de ciencia, que no encontraban la causa de tan raro fenómeno.

Súbitamente, en un día de invierno, murió la mujer del adivino. En la madrugada del noveno de su entierro, sintió él que alguien caminaba por la escalera en dirección a su dormitorio. Puso el oído ávido en acecho y pensó en uno de sus hijos. Gritó inquieto:

-¿Qué quieres, Jaime?

-No es Jaime. Por primera vez te equivocas, querido Felipe, dijo su mujer entrando en la habitación.

Octubre, 1944

SALUD SOÑADOR

Por tercera vez intentó Alejo S. Lara librarme de las odiosas preocupaciones económicas. Te repito- me dijo un día en que conversamos en su casa- que necesitas cuanto antes hacerte de una firme situación pecuniaria, que te permita dedicarte, con todo empeño y serenidad, a producir obras de alta literatura que den renombre a tu patria. Veremos si lo que ahora se me ocurre da la solución de este problema. El caso es bien sencillo. El Congreso facultó al Ejecutivo para cambiar las constancias del crédito al tipo que se sirva fijar. Bien: yo te prestaré constancias con valor de ciento cincuenta mil pesos, que obtuve al veinte por ciento. Conozco el cariño que Pancho te profesa, y tengo la perfecta certidumbre de que, si tú le hablas de ello, ordenará que te las paguen al ochenta, con lo que te ganarás noventa mil pesos. En esta circunstancia bien sabes que has de contar con todo el apoyo del Ministro de Hacienda, tu gran amigo Córdova. No debes olvidar que la operación es absolutamente legal, y que ya esos cambios se han hecho a favor de otros que no lo merecen, y no al ochenta por ciento, sino a la par, como sucedió algún tiempo con Rafael Alavarado Guerrero, quien por cien mil pesos en constancias, recibió, en el acto, cien mil pesos en hermosos billetes del Banco de Honduras. Hoy es lunes: el jueves próximo habrá Consejo de Ministros a las nueve de la mañana. Con audacia y convicción del mejor éxito harás tu propuesta. Yo estaré por allí para explicar ampliamente lo que significa esa ayuda monetaria en relación con la gloria de nuestras letras nacionales. Triunfarás en toda la línea, con el asenso de tus colegas ministeriales; pero si nada dices en esta oportunísima ocasión; nunca te volveré a hablar, pues claramente demostrarás que pierde su tiempo quien desea ayudarte.

Nada definitivo le contesté, fuera de mis frases de gratitud; pero declaro que perdí el sueño en las próximas noches. Sabía que si lo consultaba con Lalita, el asunto se iba a pique. Ella era siempre mi consejera, y vacilaba en confiarle mi irresolución. La víspera me decidí, y tras un prólogo bien razonado y explícito le insinué, con los más oportunos términos, el favor que Alejo quería hacerme.

No me dejó concluir.

-No, no, jamás hagas tal cosa. Ese cambio de constancias será legal, pero nada tiene de honorable ni de correcto, y más bien presenta todas las apariencias de un obscuro desfalco a la hacienda pública. Que otros pierdan su crédito en ese negocio: tú no, por

ningún motivo, por muy alto y extraordinario que fuera. Es preferible la peor indigencia al bienestar adquirido en tan mala forma.

Y allí tuvo punto final el incidente.

Alejo estuvo medio año sin hablarme. Reanudó sus relaciones conmigo al darme por escrito las gracias por un paquete de magníficos libros con que le obsequié:

"Mi querido Don Quijote:

Con el alma te agradezco tu precioso envío. De la cumbre del Olimpo de tus sueños bajas a las áridas llanuras donde Sancho recoge el trigo para su hogar. Piensa en el futuro y no olvides que los laureles de los poetas, sirven a veces para dar sabor a la sopa en los días de la amarga pobreza. Piérdete en las nubes azules veintitrés horas y media de cada jornada; pero pon el pie en la realidad en los treinta minutos restantes. ¡Salud soñador!".

Octubre de 1944.